



CONFEDERACIÓN INTERAMERICANA  
DE EDUCACIÓN CATÓLICA

## Misión

Animar la evangelización de los pueblos de América a través de la educación, difundir y defender los grandes principios que conciernen a la organización y orientación de la Educación Católica, y promover la comunión y solidaridad entre sus miembros.



EDUCACIÓN HOY

# EDUCACIÓN HOY

AÑO 47 • ISSN: 0-120-8446

[www.ciec.edu.co](http://www.ciec.edu.co)

ENERO - JUNIO 2019

217-218

CLAVES PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA EN EL MAGISTERIO DE FRANCISCO



## CLAVES PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA EN EL MAGISTERIO DE FRANCISCO

No. 217-218



CONFEDERACIÓN INTERAMERICANA  
DE EDUCACIÓN CATÓLICA

## EDITORIAL

EDUCAR AL DIÁLOGO INTERCULTURAL  
EN LA ESCUELA CATÓLICA

**Vivir juntos para una  
civilización del amor**

EDUCAR HOY Y MAÑANA  
**Una pasión que se renueva**  
*Instrumentum laboris 2014*

EDUCAR AL HUMANISMO SOLIDARIO  
**Para construir una civilización del amor**  
**50 años después de la *populorum  
progressio***

VARÓN Y MUJER LOS CREÓ  
**Para una vía de diálogo sobre la  
cuestión de género en la educación**

**REVISTA DE LA CONFEDERACIÓN INTERAMERICANA DE EDUCACIÓN CATÓLICA - CIEC**

**DIRECTOR** Oscar Armando Pérez Sayago • **EDITOR** Oscar Armando Pérez Sayago

**CONSEJO EDITORIAL** Thomas Burnford (Estados Unidos), Trina Carmona (Venezuela), Hna. Antonieta García (Perú),  
Hno. Paulo Fossatti (Brasil), Hna. Neila Young (Panamá), Oscar Armando Pérez Sayago (Colombia)

**EDICIÓN** Departamento Editorial. Grupo Santillana Colombia.

Calle 147 # 50 – 92 oficina 101. PBX: 2450255 Bogotá D. C., Colombia

[asistente@ciec.edu.co](mailto:asistente@ciec.edu.co) • [secretariogeneral@ciec.edu.co](mailto:secretariogeneral@ciec.edu.co) • [www.ciec.edu.co](http://www.ciec.edu.co)

## “Reconstruir el Pacto educativo global”

Papa Francisco.

---

Por OSCAR ARMANDO PÉREZ SAYAGO  
Secretario General CIEC

---

**R**econstruir el Pacto educativo global es el tema del evento mundial, previsto para el 14 de mayo de 2020, promovido por el papa Francisco a través de un videomensaje, con el objetivo de “reavivar el compromiso por y con las jóvenes generaciones, renovando la pasión por una educación más abierta e incluyente, capaz de la escucha paciente, del diálogo constructivo y de la mutua comprensión”.

El Papa se dirige a quienes trabajan en el campo educativo y de la investigación y a las personalidades públicas que a nivel mundial ocupan cargos de responsabilidad y se preocupan por el futuro de las nuevas generaciones” instándolos a “promover juntos y a impulsar, a través de un *pacto educativo* común, aquellas

dinámicas que dan sentido a la historia y la transforman de modo positivo”.

La renovada invitación del Pontífice es a que se dialogue sobre el modo “en que estamos construyendo el futuro del planeta” conscientes de que “cada cambio requiere un camino educativo que haga madurar una nueva solidaridad universal y una sociedad más acogedora”. “Hoy más que nunca, recuerda el Pontífice, es necesario unir los esfuerzos por una *alianza educativa* amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna”.

Una alianza, explica Francisco, “entre los habitantes de la Tierra y la casa común, a la que



debemos cuidado y respeto. Una alianza que suscite paz, justicia y acogida entre todos los pueblos de la familia humana, como también de diálogo entre las religiones”.

Francisco constata que el mundo actual está “en continua transformación y se encuentra atravesado por múltiples crisis”. Un “cambio de época”, en la que la educación afronta la *rapidación* “que encarcela la existencia en el vórtice de la velocidad tecnológica y digital, cambiando continuamente los puntos de referencia”. Y en este contexto, continúa el Papa citando la encíclica *Laudato si'*, “la identidad misma pierde consistencia y la estructura psicológica se desintegra ante una mutación incesante que contrasta la natural lentitud de la evolución biológica”.

“En una aldea así es más fácil encontrar la convergencia global para una educación que sea portadora de una alianza entre todos los componentes de la persona: entre el estudio y la vida; entre las generaciones; entre los docentes, los estudiantes, las familias y la sociedad civil con sus expresiones intelectuales, científicas, artísticas, deportivas, políticas, económicas y solidarias”.

Por este motivo y para prepararnos para RECONSTRUIR EL PACTO EDUCATIVO GLOBAL presentamos en esta doble edición las CLAVES PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA que desde la Congregación de Educación Católica han propuesto en el Magisterio de Francisco. ■

# EDUCAR AL DIÁLOGO INTERCULTURAL EN LA ESCUELA CATÓLICA

## VIVIR JUNTOS PARA UNA CIVILIZACIÓN DEL AMOR

### INTRODUCCIÓN

La composición multicultural de las sociedades actuales, favorecida por la globalización, es un hecho constatable. La presencia simultánea de culturas distintas representa una gran riqueza cuando se vive el intercambio como fuente de recíproca prosperidad. Pero puede constituir un problema relevante, cuando se vive la pluralidad de culturas como una amenaza contra la cohesión social, contra la custodia y el ejercicio de los derechos individuales o de grupo. No es fácil la realización de una relación equilibrada y pacífica entre culturas preexistentes y culturas nuevas, caracterizadas a menudo por usos y costumbres que se presentan contrastantes. La sociedad multicultural es objeto, ya desde hace tiempo, de preocupación por parte de los gobiernos y organizaciones internacionales. También, en la Iglesia, instituciones y organizaciones educativas y académicas, bien en el ámbito inter-

nacional, bien en el nacional o local, se han interesado por el estudio de este fenómeno y han puesto en marcha proyectos específicos.

La educación se encuentra hoy ante un desafío que es central para el futuro: hacer posible la convivencia entre las distintas expresiones culturales[1] y promover un diálogo que favorezca una sociedad pacífica. Un itinerario de estas características pasa a través de algunas etapas que conducen a descubrir la pluralidad de culturas en el propio contexto de vida, a superar los prejuicios viviendo y trabajando juntos, a educar “a través del otro” en la mundialidad y en la ciudadanía. Promover el encuentro entre distintos ayuda a comprenderse recíprocamente, sin que esto suponga renunciar a la propia identidad.

---

[1] Cfr. UNESCO, *Convención para la protección y promoción de la diversidad de las expresiones culturales*, París (20 de octubre de 2005), art. 4.



“ La presencia simultánea de culturas distintas representa una gran riqueza cuando se vive el intercambio como fuente de recíproca prosperidad.

Es grande la responsabilidad de las escuelas, llamadas a desarrollar en sus proyectos educativos la dimensión del diálogo intercultural. Se trata de un objetivo arduo, difícil de ser alcanzado pero necesario. La educación, por su propia naturaleza, requiere apertura a las otras culturas, sin pérdida de la propia identidad; requiere el acoger al otro, evitando el riesgo de una cultura cerrada en sí misma y limitada. Por tanto, es indispensable que los jóvenes asimilen, a través de la experiencia escolar y académica, instrumentos teóricos y prácticos que les consientan un mayor conocimiento de los demás y de sí mismos, de los valores de la propia cultura y de las culturas ajenas. Además, un intercambio abierto, dinámico, ayudaría a comprender las diferencias para evitar la generación de conflictos, convirtiéndolas, antes al contrario, ocasión de enriquecimiento recíproco y de armonía.

En un contexto de estas características, las escuelas católicas están llamadas a aportar su contribución teniendo en cuenta la propia tradición pedagógica y cultural y a la luz de sólidos proyectos educativos. La atención a la dimensión intercultural no es nueva en la tradición de la escuela católica, acostumbrada a recibir alumnos procedentes de ambientes culturales y religiosos diferentes; más hoy se requiere, en este ámbito, una fidelidad valiente e innovadora al propio proyecto educativo[2]. Esto es válido en todos los contextos donde se verifica la presencia de la escuela católica, tanto en los países en que la comunidad católica representa una minoría, como en aquellos en que la tradición del catolicismo se halla más enraizada. A

los primeros, se les solicita una capacidad de testimonio y diálogo, sin caer en el riesgo de un cómodo relativismo, según el cual todas las religiones son equivalentes y representan manifestaciones de un Absoluto que nadie puede verdaderamente conocer; en los otros países se trata de dar una respuesta a los muchos jóvenes 'sin domicilio religioso' que son fruto de un contexto cada vez más secularizado.

La Congregación para la Educación Católica, fiel a la tarea que le ha sido confiada después del Concilio Ecuménico Vaticano II de profundizar en los principios de la educación católica, desea ofrecer una contribución apta para suscitar y orientar la educación al diálogo intercultural en las escuelas e institutos educativos católicos. Por tanto, los principales destinatarios del presente documento son: los padres, como responsables primeros y naturales de la educación de sus hijos; los organismos que en la escuela representan a la familia; el personal directivo, los profesores y demás dependientes de las escuelas católicas que, con los estudiantes, constituyen la comunidad educativa; las Comisiones Episcopales nacionales y diocesanas, los Institutos religiosos, los Obispos, los Movimientos, las Asociaciones de fieles y otros organismos que tienen la solicitud pastoral de la educación. Nos complace ofrecerlo también como medio de diálogo y reflexión a todos aquellos que sienten como suya la educación de la persona para la construcción de una sociedad pacífica y solidaria.

[2] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio* (28 de diciembre de 1997), n. 3.

## CAPÍTULO I EL CONTEXTO

### Cultura y pluralidad de culturas

1 La cultura es expresión peculiar del ser humano, su específico modo de ser y de organizar la propia presencia en el mundo. Gracias a los recursos del patrimonio cultural de que está dotado desde el nacimiento, el hombre se halla en condiciones de desarrollarse serena

y equilibradamente, en una sana relación con el ambiente en que vive y con los otros seres humanos. De todos modos, ese vínculo necesario y vital con la propia cultura no le obliga a cerrarse autorreferencialmente, siendo aquél plenamente compatible con el encuentro y conocimiento de las otras culturas. Las diversidades culturales representan, en realidad, una riqueza y deben ser comprendidas como expresiones de la fundamental unidad del género humano.



2 Uno de los fenómenos que marca un hito en nuestro tiempo y que de modo especial se refleja en el ámbito de la cultura es el de la globalización. Facilitando la comunicación entre las distintas áreas del mundo e implicando a todos los sectores de la existencia, la globalización ha puesto de relieve la pluralidad de culturas que caracteriza la experiencia humana. Y no se trata solamente de un aspecto teórico o general, sino que cada una de las personas se ve continuamente solicitada por informaciones y relaciones que proceden, en tiempo real, de todas las partes del mundo, y halla en su vivir cotidiano una variedad de culturas, confirmando así el sentimiento de que, cada vez más, forma parte de una especie de “aldea global”.

3 Sin embargo, esta variedad de culturas tan vasta no es demostración de ancestrales divisiones preexistentes; antes bien, es el fruto de una continua mezcla de comunidades humanas que es definido también como “mestizaje” o “hibridación” de la familia humana en el curso de la historia y que hace que no exista una cultura “pura”. Las diferentes condiciones ambientales, históricas y sociales han introducido una amplia diversidad dentro de la única comunidad humana, en la cual, por otra parte, «todo hombre es persona, esto es, naturaleza dotada de inteligencia y de libre albedrío, y que, por tanto, el hombre tiene por sí mismo derechos y deberes, que dimanen inmediatamente y al mismo tiempo de su propia naturaleza. Estos derechos y deberes son, por ello, universales e inviolables y no pueden renunciarse por ningún concepto»[3].



**Facilitando la comunicación entre las distintas áreas del mundo e implicando a todos los sectores de la existencia, la globalización ha puesto de relieve la pluralidad de culturas que caracteriza la experiencia humana.**

[3] JUAN XXIII, *Carta encíclica Pacem in terris* (11 de abril de 1963), n. 9.



**4** El fenómeno multicultural de hoy, ligado al surgimiento de la globalización, podría acentuar en términos problemáticos esa “diversidad en la unidad” que caracteriza el horizonte cultural del ser humano. En efecto, emerge una fuerte ambivalencia en la dinámica del intercambio, cada vez más cercano, entre las múltiples culturas: por un lado, se impone el impulso hacia formas de una mayor homologación; por otro, se abre espacio la exaltación de la peculiaridad de cada cultura. Ante la presión ejercida por la movilidad humana, por las comunicaciones de masa, por el Internet, las

redes sociales y, sobre todo, por la enorme extensión de los consumos y de los productos que han conducido a una “occidentalización” del mundo, es legítimo plantearse la pregunta acerca de la suerte que espera a la diferencia concreta de cada cultura. Pero al mismo tiempo, a pesar de ser fuerte esta inexorable tendencia a la uniformidad cultural, permanecen vivos y activos muchos elementos de variedad y distinción entre los grupos, que a menudo acentúan reacciones de fundamentalismo y de actitudes cerradas autorreferenciales. De esta manera, el pluralismo y la variedad de tradiciones, de costumbres y lenguas, que constituyen en sí un motivo de enriquecimiento recíproco y de desarrollo, pueden llevar a una exasperación del dato identitario que desemboque en choques y conflictos.

**5** De todos modos, sería un error el considerar que sean las diferencias étnicas y culturales la causa de los muchos conflictos que agitan el mundo. La realidad es que éstos tienen raíces políticas, económicas, étnicas, religiosas, territoriales; de ninguna manera, exclusiva o prioritariamente culturales. El elemento cultural, histórico y simbólico es utilizado, no obstante, para movilizar a las personas, hasta el punto de estimular una violencia radicada en elementos de competitividad económica, choque social, absolutismo político.

**6** La creciente caracterización multicultural de la sociedad y el riesgo de que las propias culturas —en contra de su verdadera naturaleza— sean utilizadas como elemento de contraposición y conflicto son factores que mue-

ven aún más a la tarea de construir relaciones interculturales profundas entre las personas y los grupos, y contribuyen a hacer de la escuela uno de los lugares privilegiados del diálogo intercultural.

## Cultura y religión

7 Otro aspecto que debe ser considerado es la relación entre cultura y religión. «El concepto de cultura supera en amplitud al concepto de religión. Existe una concepción según la cual la religión representa la dimensión trascendente de la cultura y, en cierto sentido, su alma. Las religiones, ciertamente, han contribuido al progreso de la cultura y a la edificación de una sociedad más humana »[4]. La religión se incultura y la cultura se hace terreno fértil para una humanidad más rica y que esté a la altura de su específica e íntima vocación de apertura a los demás y a Dios. Por tanto, «es tiempo de comprender más profundamente que el núcleo generador de toda auténtica cultura está constituido por su orientación al misterio de Dios, en el cual solamente encuentra su fundamento inquebrantable un orden social centrado en la dignidad y responsabilidad personal»[5].

8 La religión se ofrece en general como respuesta de sentido a las preguntas fundamentales del hombre y la mujer: «Los hombres esperan de las diversas religiones la respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana, que hoy como ayer, conmueven íntimamente su corazón»[6]. Un estatuto de estas características pone necesariamente a las

religiones no sólo en diálogo entre sí, sino también con las distintas formas de interpretación atea o no religiosa de la persona humana y de la historia, que han de confrontarse con las mismas preguntas sobre el sentido. La exigencia del diálogo inter—religioso, en la más amplia acepción de cotejo entre sujetos y comunidades portadores de distintas visiones, hoy se percibe como fundamental incluso por parte de los estados y de la sociedad civil. Con el fin de evitar, en este delicado ámbito de reflexión, fáciles reduccionismos e instrumentalizaciones, consideramos oportuno recordar algunas indicaciones.

9 El avance del proceso de secularización en la sociedad occidental, caracterizada cada vez más por el multiculturalismo, podría producir una fuerte marginación de la experiencia religiosa, admitiéndola como lícita solamente dentro de la esfera privada. Más en general, en la concepción dominante, se asiste hoy a un tácito descarte de la cuestión antropológica, o sea, de la cuestión relativa a la plena dignidad y al destino del ser humano. Se abre paso así la pretensión de arrancar totalmente de la cultura cualquier expresión religiosa. Con ello,

[4] PONTIFICIO CONSEJO PARA EL DIÁLOGO INTER-RELIGIOSO; CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Instrucción Diálogo y anuncio. Reflexiones y líneas acerca del anuncio del evangelio y el diálogo inter-religioso* (19 de mayo de 1991), n. 45.

[5] JUAN PABLO II, *Discurso a la Asamblea general de la Iglesia italiana, Palermo* (23 de noviembre de 1995), n. 4.

[6] CONCILIO VATICANO II, *Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas Nostra aetate* (28 de octubre de 1965), n. 1.



se pierde la conciencia del valor precioso de la dimensión religiosa en orden a un fructífero e incitante diálogo intercultural. Junto a esta línea general, hay que registrar la presencia de otros fenómenos que también amenazan con infravalorar la importancia que para la cultura tiene la experiencia religiosa. Pensemos en la difusión de las sectas y del *New Age*, el cual se ha identificado tanto con la cultura moderna que ya casi no se le considera una novedad[7].

**10** Con su referencia a verdades últimas y definitivas y, por tanto, a verdades que dan sentido —verdades de las que la cultura occidental difundida parece alejarse—, la religión representa, en todo caso, un decisivo

aporte a la construcción de la comunidad social en el respeto del bien común y en la búsqueda de la promoción de todo ser humano. Quienes detentan el poder político están, por tanto, llamados a un efectivo discernimiento de las posibilidades de emancipación y de inclusión universal que toda cultura y toda religión manifiestan y realizan. Un criterio importante para esa valoración resulta ser la efectiva capacidad que éstas poseen para valorar *todo*

[7] Cfr. PONTIFICIO CONSEJO DE LA CULTURA; PONTIFICIO CONSEJO PARA EL DIÁLOGO INTER-RELIGIOSO, *Jesucristo, portador del agua viva. Una reflexión cristiana sobre el "New Age"*, Ciudad del Vaticano 2003.

el hombre y todos los hombres. El cristianismo, religión del Dios *con rostro humano*[8], porta en sí mismo un criterio de estas características.

**11** La religión puede contribuir al diálogo intercultural «*solamente si Dios tiene un lugar en la esfera pública*»[9]. «La negación del derecho a profesar públicamente la propia religión y a trabajar para que las verdades de la fe inspiren también la vida pública, tiene consecuencias negativas sobre el verdadero desarrollo. La exclusión de la religión del ámbito público, así como, el fundamentalismo religioso por otro lado, impiden el encuentro entre las personas y su colaboración para el progreso de la humanidad. [...] En el laicismo y en el fundamentalismo se pierde la posibilidad de un diálogo fecundo y de una provechosa colaboración entre la razón y la fe religiosa. *La razón necesita siempre ser purificada por la fe*, y esto vale también para la razón política, que no debe creerse omnipotente. A su vez, *la religión tiene siempre necesidad de ser purificada por la razón* para mostrar su auténtico rostro humano. La ruptura de este diálogo comporta un coste muy gravoso para el desarrollo de la humanidad»[10]. Fe y razón deben, por tanto, reconocerse recíprocamente, y recíprocamente fecundarse.

**12** Una cuestión importante en el diálogo entre cultura y religiones atañe al debate entre la fe y las distintas formas de ateísmo o concepciones humanísticas no religiosas. Este debate requiere colocar en su centro la búsqueda de aquello que favorece el desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres, evitando paralizarse en un estéril choque

**En el laicismo y en el fundamentalismo se pierde la posibilidad de un diálogo fecundo y de una provechosa colaboración entre la razón y la fe religiosa.**

de partes contrarias. Requiere, asimismo, una sociedad que reconozca el derecho a la propia identidad. Por su parte, la Iglesia, con el amor que extrae de las fuentes del Evangelio, a la luz del misterio de la Encarnación del Verbo, proclamando que «el hombre merece honor y amor para sí mismo y debe ser respetado en su dignidad. Así los hermanos deben volver a aprender a hablarse como hermanos, respetarse y comprenderse para que el hombre mismo pueda sobrevivir y crecer *en la dignidad, la libertad, y el honor*. En la medida en que sofoca el diálogo con las culturas, el mundo moderno se precipita hacia *conflictos* que corren el riesgo de ser mortales para el porvenir de la civilización humana. Más allá de los prejuicios y de las barreras culturales y de las diferencias raciales, lingüísticas, religiosas e ideológicas, los humanos deben reconocerse como hermanos y hermanas y aceptarse en su diversidad»[11].

[8] Cfr. BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Caritas in veritate* (29 de junio de 2009), nn. 55-56.

[9] *Ibid.*, n. 56.

[10] *Ibid.*

[11] JUAN PABLO II, *Discurso a la plenaria del Pontificio Consejo de la Cultura* (18 de enero de 1983), n. 7.



## Religión católica y otras religiones

**13** En este contexto, el diálogo entre las distintas religiones asume especial relieve. Posee un perfil específico y pone de manifiesto, ante todo, la competencia de las autoridades de cada religión. Naturalmente, el diálogo inter—religioso, colocándose en la dimensión religiosa de la cultura, se entrelaza con aspectos de la educación intercultural, aunque en ella no se agote, ni se identifique totalmente con ella.

La mundialización ha aumentado la interdependencia de los pueblos, con sus diferentes tradiciones y religiones. A este respecto,

no falta quien afirma que las diferencias son necesariamente causa de división y, por tanto, al máximo, pueden ser toleradas; mientras que otros llegan a sostener que las religiones, simplemente, deben ser reducidas al silencio. «Por el contrario, [las diferencias] ofrecen a personas de diversas religiones una espléndida oportunidad para convivir en profundo respeto, estima y aprecio, animándose unos a otros por los caminos de Dios»[12].

[12] BENEDICTO XVI, *Discurso a los exponentes religiosos en el centro Notre Dame of Jerusalem*, Jerusalén (11 de mayo de 2009).



A este respecto, la Iglesia católica siente cómo va siendo cada vez más importante la necesidad de un diálogo que, a partir de la conciencia de la identidad de la propia fe, pueda ayudar a las personas a entrar en contacto con las otras religiones. Diálogo indica no sólo el coloquio, sino también el conjunto de las relaciones inter-religiosas, positivas y constructivas, con personas y comunidades de otras creencias, para un conocimiento mutuo[13].

El motivo del diálogo con personas y comunidades de otras religiones radica en el hecho de que todos somos criaturas de Dios, que actúa en toda persona humana, que a través de la razón, percibe el misterio de Dios y reconoce los valores universales. Además, el diálogo encuentra en la búsqueda del patrimo-

nio de valores éticos comunes y presentes en las distintas tradiciones religiosas otra razón para contribuir como creyentes a la afirmación

---

[13] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Declaración Dominus Iesus acerca de la unicidad y universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia* (6 de agosto de 2000), n. 7. La Comisión Teológica Internacional ha subrayado que el diálogo inter-religioso, siendo «connatural a la vocación cristiana: se inscribe en el dinamismo de la Tradición viva del misterio de la salvación, del cual la Iglesia es sacramento universal» (*El cristianismo y las religiones*, 30 de septiembre de 1996, n. 114). En cuanto expresión de esta Tradición, no constituye una iniciativa individual y privada, porque «no son los cristianos los que son enviados, sino la Iglesia; no son sus ideas las que presentan, sino a Cristo; no será su retórica la que tocará los corazones, sino el Espíritu Paráclito. Para ser fiel al “sentido de la Iglesia” el diálogo interreligioso pide la humildad de Cristo y la transparencia del Espíritu Santo» (*Idem*, n. 116).

del bien común, de la justicia y de la paz. Por tanto, «mientras que muchos están siempre dispuestos a subrayar las diferencias inmediatamente perceptibles entre las religiones, nosotros, como creyentes o personas religiosas, nos vemos puestos ante el reto de proclamar con claridad lo que tenemos en común»[14].

El diálogo que la Iglesia católica cultiva con las otras Iglesias y Comunidades cristianas no se detiene en aquello que tenemos en común, sino que tiende hacia el objetivo más alto de volver a recobrar la unidad perdida[15]. El ecumenismo tiene como fin la unidad visible de los cristianos, que Jesús pidió para sus discípulos: *Ut omnes unum sint*, que todos sean una cosa sola (Jn 17, 21).

**14** Las modalidades del diálogo entre los creyentes pueden ser diversas: hay un diálogo de la vida, compartiendo alegrías y dolores; existe un diálogo de las obras, colaborando en orden a la promoción del desarrollo del hombre y la mujer; existe un diálogo teológico, cuando es posible, con el estudio de las respectivas herencias religiosas; existe el diálogo de la experiencia religiosa.

**15** Este diálogo no es un acuerdo, sino un espacio para el testimonio recíproco entre creyentes que pertenecen a religiones distintas, para conocer más y mejor la religión del otro y los comportamientos éticos que ésta conlleva. Por el conocimiento directo y objetivo del otro y de las instancias religiosas y éticas que especifican su credo y praxis, se acrecientan el respeto y la estima recíprocos, la mutua comprensión, la confianza y la amistad. «Este

diálogo, para ser auténtico, debe ser claro, evitando relativismos y sincretismos, pero animado de un respeto sincero por los otros y de un espíritu de reconciliación y de fraternidad»[16].

**16** La claridad del diálogo comporta, ante todo, la fidelidad a la propia identidad cristiana. «Los cristianos proponen a Jesús de Nazaret. Él es, así lo creemos, el *Logos* eterno, que se hizo carne para reconciliar al hombre con Dios y revelar la razón que está en el fondo de todas las cosas. Es a Él a quien llevamos al *forum* del diálogo interreligioso. El deseo ardiente de seguir sus huellas impulsa a los cristianos a abrir sus mentes y sus corazones al diálogo (cf. Lc 10,25—37; Jn 4,7—26)»[17]. La Iglesia católica anuncia que «Jesucristo tiene, para el género humano y su historia, un significado y un valor singular y único, sólo de él propio, exclusivo, universal y absoluto. Jesús es, en efecto, el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos»[18].

Por tanto, si ésta es la condición indispensable para el diálogo inter-religioso, lo es también para una adecuada educación intercultural que no prescinda de la identidad religiosa.

[14] BENEDICTO XVI, *Discurso a los exponentes religiosos en el centro Notre Dame of Jerusalem*.

[15] Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Decreto sobre el ecumenismo Unitatis redintegratio*(24 de noviembre de 1964), n. 4.

[16] BENEDICTO XVI, *Discurso al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede* (7 de enero de 2008).

[17] BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en el encuentro inter-religioso, Washington* (17 de abril de 2008).

[18] CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Dominus Iesus acerca de la unicidad y universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia*, n. 15.

**17** Para una educación así concebida, son lugares significativos las escuelas y los institutos de educación superior católicos. Aquello que define “católica” a una institución educativa es el hecho de referirse a la concepción cristiana de la realidad. «Jesucristo es el centro de tal concepción»[19]. Por tanto, «las escuelas católicas son contemporáneamente lugares de evangelización, educación integral, inculturación y aprendizaje del diálogo entre jóvenes de religiones y ambientes sociales diferentes»[20]. El Papa Francisco ha declarado, refiriéndose a un centro escolar de Albania, que «después de largos años de represión de las instituciones religiosas, desde 1994 ha retomado su actividad, acogiendo y educando a jóvenes católicos, ortodoxos, musulmanes y también algunos alumnos nacidos en contextos familiares agnósticos. Así, la escuela se convierte en espacio de diálogo y de serena confrontación, para promover actitudes de respeto, escucha, amistad y espíritu de colaboración»[21].

**18** En este contexto, la responsabilidad de la educación es «transmitir a los sujetos la conciencia de las propias raíces y ofrecerles puntos de referencia que les permitan encontrar su situación personal en el mundo»[22]. Todos los niños y los jóvenes, deben tener la misma posibilidad de acceder al *conocimiento de la religión* propia y de los elementos que caracterizan a las otras religiones. El conocimiento de otros modos de pensar y de creer disipa los miedos y enriquece a todos con los modos de pensar del otro y con sus tradiciones espirituales. Por eso, los profesores tienen la responsabilidad de respetar siempre a la persona hu-

La escuela se convierte en espacio de diálogo y de serena confrontación, para promover actitudes de respeto, escucha, amistad y espíritu de colaboración.

mana que busca la verdad de su propio ser; de apreciar y difundir las grandes tradiciones culturales abiertas a la transcendencia y que expresan la aspiración a la libertad y a la verdad.

**19** Este *conocimiento* no se agota en sí mismo, sino que se *abre al diálogo*. Cuanto más rico es el conocimiento, más capacitado está uno para realizar ese diálogo y para convivir con quien profesa otras religiones. Las diferentes religiones, en el contexto de un diálogo abierto entre las culturas, pueden y deben aportar una riqueza decisiva para la formación de la conciencia acerca de los valores comunes.

**20** A su vez, *el diálogo*, fruto del conocimiento, debe ser cultivado *para vivir juntos y construir una civilización del amor*. No se trata de rebajar

[19] CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La escuela católica* (19 de marzo de 1977), n. 33.

[20] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Ecclesia in Africa* (14 de septiembre de 1995), n. 102.

[21] PAPA FRANCISCO, *Discurso a los estudiantes de las escuelas dirigidas por los Jesuitas en Italia y Albania* (7 de junio de 2013).

[22] JUAN PABLO II, *Diálogo entre las culturas para una civilización del amor y la paz. Mensaje para la jornada mundial de la paz* (2001), n. 20.

la verdad, sino de cumplir con la finalidad de la educación, la cual «tiene una función particular en la construcción de un mundo más solidario y pacífico. La educación puede contribuir a la consolidación del humanismo integral, abierto a la dimensión ética y religiosa, que atribuye la debida importancia al conocimiento y a la estima de las culturas y de los valores espirituales de las diversas civilizaciones»[23]. Este diálogo, en la educación intercultural, tiene el objetivo «de eliminar las tensiones y conflictos, e incluso los posibles choques, para una mejor comprensión entre las distintas culturas religiosas existentes en una determinada región. Podrá contribuir a purificar las culturas de todos los elementos deshumanizadores, para, de este modo, ser agente de transformación. Podrá también ayudar a promover los valores culturales tradicionales amenazados por la modernidad y por la nivelación que una internacionalización indiscriminada puede comportar»[24]. «El diálogo es muy importante para la propia madurez, porque en la confrontación con otra persona, en la confrontación con las demás culturas, incluso en la confrontación con las demás religiones, uno crece: crece, madura. [...] Este diálogo es lo que construye la paz», ha afirmado el Papa Francisco[25].

[23] JUAN PABLO II, *Diálogo entre las culturas para una civilización del amor y la paz*, n. 20.

[24] PONTIFICIO CONSEJO PARA EL DIÁLOGO INTER-RELIGIOSO; CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Instrucción Diálogo y anuncio. Reflexiones y orientaciones sobre el anuncio del evangelio y el diálogo inter-religioso*, n. 46.

[25] PAPA FRANCISCO, *Discurso a un grupo de estudiantes y profesores del Colegio Japonés Seibu Gakuen Bunry Junior High School de Saitama (Tokyo)*, 21 de agosto de 2013.



## CAPÍTULO II ACTITUDES ANTE EL PLURALISMO

### Diversas interpretaciones

**21** Siendo así que el pluralismo es un dato indiscutible del mundo de hoy, el problema que se plantea es el de saber valorar el potencial presente en el diálogo y la integración entre las distintas culturas. La vía del diálogo se hace posible y fructífera cuando se apoya en una toma de conciencia de la dignidad de cada una de las personas, y en la unidad de todos en una humanidad común, para compartir y construir juntos un mismo destino[26]. Por otra parte, la opción del diálogo intercultural, necesaria en la situación del mundo actual y por la misma vocación de toda cultura, se presenta como una idea-guía abierta al futuro como respuesta a diversas interpretaciones del pluralismo propuestas y realizadas en el campo social, político y —en nuestro horizonte de interés— educativo.

Las dos principales actitudes ante la realidad del pluralismo, la relativista y la asimilacionista, que han pretendido responder a estas problemática, aun presentando aspectos positivos, se manifiestan incompletas.

### Actitud relativista

**22** ‘Tomar conciencia del carácter relativo de las culturas’ y ‘optar por el relativismo’ son dos posiciones profundamente diversas. Reconocer que la realidad es histórica y mutable no lleva necesariamente a una pos-

tura relativista. El relativismo, por el contrario, aun respetando las diferencias, al mismo tiempo las separa dentro de un mundo autónomo, considerándolas como aisladas e impermeables y haciendo imposible el diálogo. En efecto, la “neutralidad” relativista sanciona el carácter absoluto de cada una de las culturas en su propio ámbito e impide ejercer un criterio de juicio metacultural y alcanzar interpretaciones universalistas. Es un modelo que se fundamenta en el valor de la tolerancia; que se limita a aceptar al otro, sin que ello implique un intercambio y un reconocimiento en la recíproca transformación.

Semejante idea de tolerancia es portadora de un significado substancialmente pasivo de la relación con quienes poseen una cultura diferente; no requiere necesariamente preocuparse de las necesidades y los sufrimientos del prójimo, ni escuchar sus razones, ni confrontarse con sus valores, ni —menos aún— desarrollar el amor hacia él.

**23** Esta postura subyace a un modelo político y social *multicultural* sin soluciones adecuadas para la convivencia, y sin ayuda al verdadero diálogo intercultural. «Se nota, en primer lugar, un *eclecticismo cultural* asumido con frecuencia de manera acrítica: se piensa en las

[26] Cfr. CONSEJO EUROPEO, *Libro blanco sobre el diálogo intercultural «Vivir juntos con igual dignidad»*, Estrasburgo (mayo de 2008), p. 3: «El enfoque intercultural ofrece un modelo con visión de futuro para gestionar la diversidad cultural. Se propone también una concepción basada en la dignidad humana de cada persona (y en la idea de una humanidad y un destino comunes)».



culturas como superpuestas unas a otras, sustancialmente equivalentes e intercambiables. Eso induce a caer en un relativismo que en nada ayuda al verdadero diálogo intercultural; en el plano social, el relativismo cultural provoca que los grupos culturales estén juntos o convivan, pero separados, sin diálogo auténtico y, por lo tanto, sin verdadera integración»[27].

### Actitud de asimilación

**24** No es, de ninguna manera, más satisfactoria la llamada actitud de asimilación, caracterizada no ya por la indiferencia hacia la otra cultura, sino por un intento de adaptación.

Un ejemplo de esta actitud se observa cuando en un país de fuerte inmigración se acepta la presencia del *extranjero*, pero sólo con la condición de que renuncie a su propia identidad, a sus raíces culturales, para abrazar la identidad del país que lo recibe. En los modelos educativos basados en la asimilación, *el otro* debe abandonar sus referencias culturales para hacer propias las del grupo o el país que lo acoge; el intercambio se reduce a una mera inserción de las culturas minoritarias con ausente o escasa atención a las culturas de origen.

[27] BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Caritas in veritate*, n. 26.

**25** A nivel más general, la actitud de asimilación aparece concretamente en el caso de una cultura con ambiciones universalistas, que trata de imponer sus valores culturales a través de su influencia económica, comercial, militar, cultural. Se hace evidente, entonces, el peligro «de rebajar la cultura y homologar los comportamientos y estilos de vida»[28].

### Actitud intercultural

**26** La propia comunidad internacional reconoce que las actitudes tradicionales ante la gestión de las diferencias culturales en nuestras sociedades no han resultado adecuadas. Pero ¿cómo superar los obstáculos de posturas incapaces de interpretar positivamente la dimensión multicultural? Elegir la perspectiva del diálogo intercultural significa no limitarse solamente a estrategias de inserción funcional de los inmigrados, ni a medidas compensatorias de carácter especial, incluso considerando que el problema se plantea no sólo ante emergencias migratorias, sino también como consecuencia de la elevada movilidad humana.

**27** De hecho es significativo de cara a la educación que «hoy, las posibilidades de interacción entre las culturas han aumentado notablemente, dando lugar a nuevas perspectivas de diálogo intercultural, un diálogo que, para ser eficaz, ha de tener como punto de partida una toma de conciencia de la identidad específica de los diversos interlocutores»[29]. Con esta visión, la diversidad ya no es percibida como un problema; antes bien, como la

riqueza de una comunidad caracterizada por el pluralismo, como una ocasión para abrir el sistema entero a todas las diferencias referentes a la procedencia, a la relación hombre-mujer, al nivel social, a la historia escolar.

**28** Esta actitud se basa en una concepción dinámica de la cultura, que evita tanto la clausura como la manifestación de las diferencias solamente a nivel de representaciones estereotipadas o folclóricas. Las estrategias interculturales son eficaces si evitan separar a los individuos en mundos culturales autónomos e impermeables, promoviendo, por el contrario, el conocimiento mutuo, el diálogo y la recíproca transformación, para hacer posible la convivencia y afrontar los posibles conflictos. En definitiva, se trata de construir una nueva actitud intercultural orientada a una integración de las culturas en recíproca aceptación.

**Las estrategias interculturales son eficaces si evitan separar a los individuos en mundos culturales autónomos e impermeables, promoviendo, por el contrario, el conocimiento mutuo, el diálogo y la recíproca transformación, para hacer posible la convivencia y afrontar los posibles conflictos.**

[28] *Ibid.*

[29] *Ibid.*

### CAPÍTULO III

## ALGUNOS FUNDAMENTOS DE LA INTERCULTURA

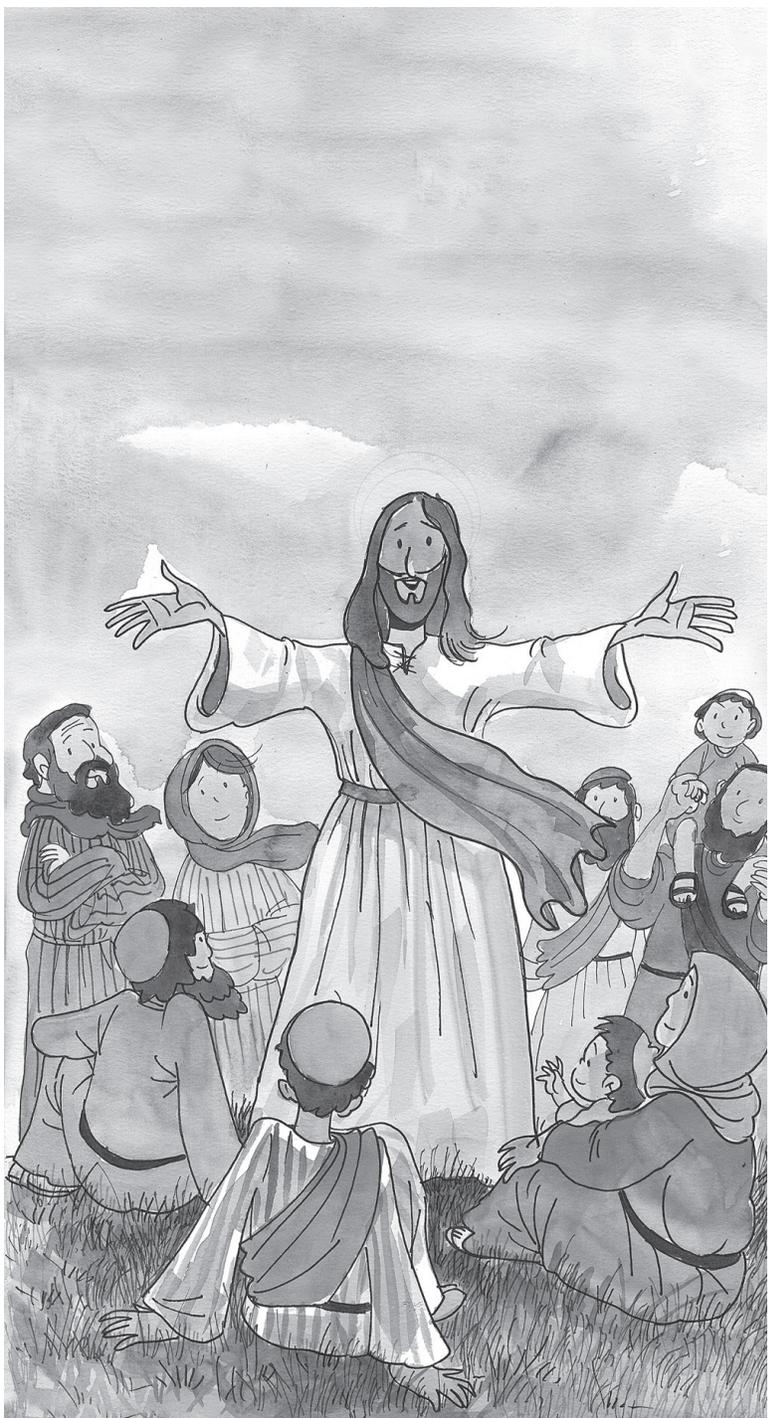
### La enseñanza de la Iglesia

**29** La dimensión intercultural es, en cierto modo, parte del patrimonio del cristianismo con vocación “universal”. En la historia del cristianismo se lee un proceso de diálogo con el mundo, en búsqueda de una fraternidad entre los hombres cada vez más intensa. El punto de vista intercultural, en la tradición de la Iglesia, no se limita a valorar las diferencias, sino que contribuye a la construcción de la convivencia humana. Ello se hace particularmente necesario dentro de las sociedades complejas en las que hay que superar el riesgo del relativismo y de la uniformación cultural.

**30** La reflexión sobre la *cultura* y sobre su importancia en orden al pleno desarrollo de las potencialidades del hombre y la mujer ha sido objeto de innumerables intervenciones eclesiales, sobre todo, en el Concilio Vaticano II y en el magisterio subsiguiente.

El Concilio Vaticano II, al considerar la importancia de la cultura, afirmaba que no se da una experiencia verdaderamente humana sin la inserción en una determinada cultura. En efecto, «es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura»[30]. Toda

[30] CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), n. 53.



cultura, que comporta una reflexión sobre el misterio del mundo y, en modo particular, sobre el misterio del hombre y de la mujer, es un modo de dar expresión a la dimensión trascendental de la vida. La significación esencial de la cultura consiste «en el hecho de ser una característica de la vida humana como tal. La vida humana es cultura también en el sentido de que el hombre, a través de ella, se distingue y se diferencia de todo lo demás que existe en el mundo visible: el hombre no puede prescindir de la cultura. La cultura es un modo específico del “existir” y del “ser” del hombre. El hombre vive siempre según una cultura que le es propia, y que, a su vez, crea entre los hombres un lazo que les es también propio, determinando el carácter inter-humano y social de la existencia humana»[31].

**31** Además, el término ‘*cultura*’ indica todos aquellos medios con los que «hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano»[32]. Por tanto, quedan comprendidas, sea la dimensión *subjetiva* —comportamientos, valores, tradiciones que cada uno hace propios—, sea la que es más *objetiva*, es decir, las obras del hombre y la mujer.

**32** Por consiguiente «la cultura humana presenta necesariamente un aspecto histórico y social y [...] asume con frecuencia un sentido sociológico y etnológico. En este sentido se habla de la pluralidad de culturas. Estilos de vida común diversos y escala de valor diferentes encuentran su origen en la distinta manera de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practicar la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de desarrollar las ciencias, las artes y de cultivar la belleza. Así, las costumbres recibidas forman el patrimonio propio de cada comunidad humana. Así también es como se constituye un medio histórico determinado, en el cual se inserta el hombre de cada nación o tiempo y del que recibe los valores para promover la civilización humana»[33].

Las culturas manifiestan una dinamicidad e historicidad profundas, por lo cual sufren cambios en el tiempo. No obstante, bajo sus modulaciones más externas, muestran significativos elementos comunes. «Las diferencias culturales han de ser comprendidas desde la perspectiva fundamental de la unidad del género humano», bajo cuya luz es posible entender el significado profundo de las mismas diversidades, contrariamente a una «la radicalización de las identidades culturales que se

[31] JUAN PABLO II, *Discurso en la UNESCO, París (2 de junio de 1980)*, n. 6.

[32] CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium et spes*, n. 53.

[33] *Ibid.*



vuelven impermeables a cualquier influjo externo beneficioso»[34].

**33** La *interculturalidad* nace, pues, no de una idea estática de la cultura; antes bien, de su apertura. Lo que da fundamento al diálogo entre las culturas es, sobre todo, la potencial *universalidad*, propia de todas ellas[35]. Como consecuencia: «el diálogo entre las culturas [...] surge como una exigencia intrínseca de la *naturaleza misma del hombre* [y] se apoya en la certeza de que hay valores comunes a todas las culturas, porque están arraigados en la naturaleza de la persona. [...] Hace falta cultivar en las almas la conciencia de estos valores, dejando de lado prejuicios ideoló-

gicos y egoísmos partidarios, para alimentar ese humus cultural, universal por naturaleza, que hace posible el desarrollo fecundo de un diálogo constructivo»[36]. La apertura a los valores supremos que son comunes al entero género humano, fundados en la verdad y, en todo caso, universales, como la justicia, la paz, la dignidad de la persona humana, la apertura

[34] JUAN PABLO II, *Diálogo entre las culturas para una civilización del amor y la paz*, n. 7 y n. 9.

[35] Cfr. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Fe e Inculturación*, (8 de octubre de 1988), Cap. I *Naturaleza, Cultura y Gracia*, n. 7.

[36] JUAN PABLO II, *Diálogo entre las culturas para una civilización del amor y la paz*, n. 10 y n. 16.

a lo trascendente, la libertad de conciencia y religión, implica una idea de cultura entendida como aportación a una consciencia más amplia de la humanidad, en oposición a la tendencia, presente en la historia de las culturas, a construir mundos particularistas, cerrados en sí mismos y autorreferentes.

### Fundamentos teológicos

**34** La definición del ser humano en sus relaciones con los otros seres humanos y con la naturaleza no satisface la pregunta ineludible y fundamental: *¿quién es verdaderamente el hombre?* La antropología cristiana pone el fundamento del hombre y de la mujer, y de su capacidad de hacer cultura, en el hecho de estar creados a imagen y semejanza de Dios, Trinidad de personas en comunión. Ya desde la creación del mundo, nos es revelada la paciente pedagogía de Dios. A lo largo de la historia de la salvación, Dios educa a su pueblo en orden a la Alianza —es decir, a una relación vital— y a que se abra progresivamente a todos los pueblos. Esta Alianza tiene su vértice en Jesús, quien a través de su muerte y resurrección la ha hecho “nueva y eterna”. Desde entonces, el Espíritu Santo continúa enseñando la misión que Cristo confió a su Iglesia: «Id y amaestrada todas las naciones... enseñándoles a observar todo lo que os he mandado» (Mt, 28, 19-20).

«Cada ser humano está llamado a la comunión en razón de su naturaleza creada, a imagen y semejanza de Dios (cfr Gén 1, 26—27). Por tanto, en la perspectiva de la antropología bíblica, el hombre no es un individuo aislado,



sino una *persona*: un ser esencialmente relacional. La comunión a la que el hombre está llamado implica siempre una doble dimensión: vertical (comunión con Dios) y horizontal (comunión entre los hombres). Resulta esencial reconocer la comunión como don de Dios y como fruto de la iniciativa divina realizada en el misterio pascual»[37].

**Dios educa a su pueblo en orden a la Alianza –es decir, a una relación vital– y a que se abra progresivamente a todos los pueblos.**

**35** La dimensión vertical de la comunión de la persona con Dios se realiza en modo auténtico, siguiendo el camino que es Jesucristo. En efecto, «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado [...]. Cristo [...] manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»[38]. Al mismo tiempo, esta dimensión vertical crece en la Iglesia, que «es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»[39]. «Ante la riqueza de la salvación realizada por Cristo, caen las barreras que separan las diversas culturas. La promesa de Dios en Cristo llega a ser [...] una oferta universal [...] extendida a todos como un patrimonio del que cada uno puede libremente participar. Desde

lugares y tradiciones diferentes todos están llamados en Cristo a participar en la unidad de la familia de los hijos de Dios»[40].

**36** La dimensión horizontal de la comunión a la que el hombre y la mujer están llamados se efectúa en las relaciones interpersonales[41]. Cuanto más uno vive estas relaciones en modo auténtico, su identidad personal madurará más. Las relaciones con los demás y con Dios son, pues, fundamentales, porque en ellas el hombre y la mujer se valorizan a sí mismos. También las relaciones entre los pueblos, culturas y naciones potencian y valorizan a quien se pone en relación. Efectivamente, «la comunidad de los hombres no absorbe en sí a la persona anulando su autonomía, como ocurre en las diversas formas del totalitarismo, sino que la valoriza más aún porque la relación entre persona y comunidad es la de un todo hacia otro todo. De la misma

[37] CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Educación juntos en la escuela católica. Misión compartida de personas consagradas y fieles laicos* (8 de septiembre de 2007), n. 8.

[38] CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium et spes*, n. 22.

[39] CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática Lumen gentium* (21 de noviembre de 1964), n. 1.

[40] JUAN PABLO II, *Carta encíclica Fides et ratio* (14 de septiembre de 1998), n. 70.

[41] Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana* (27 de mayo de 2010): «Para la persona humana es esencial el hecho de que llega a ser ella misma sólo a partir del otro, el “yo” llega a ser él mismo sólo a partir del “tú” y del “vosotros”; está creado para el diálogo, para la comunión sincrónica y diacrónica. Y sólo el encuentro con el “tú” y con el “nosotros” abre el “yo” a sí mismo».

manera que la comunidad familiar no anula en su seno a las personas que la componen, y la Iglesia misma valora plenamente la “criatura nueva” (Ga 6,15; 2 Co 5,17), que por el bautismo se inserta en su Cuerpo vivo, así también la unidad de la familia humana no anula de por sí a las personas, los pueblos o las culturas, sino que los hace más transparentes los unos con los otros, más unidos en su legítima diversidad»[42].

**37** La experiencia de la intercultural, a la par del desarrollo humano, se comprende profundamente sólo a la luz de la inclusión de las personas y los pueblos en la *única familia humana*, fundada en la solidaridad y en los valores fundamentales de la justicia y la paz. «Esta perspectiva se ve iluminada de manera decisiva por la relación entre las Personas de la Trinidad en la única Sustancia divina. La Trinidad es absoluta unidad, en cuanto las tres Personas divinas son relacionalidad pura. La transparencia recíproca entre las Personas divinas es plena y el vínculo de una con otra total, porque constituyen una absoluta unidad y unicidad. Dios nos quiere también asociar a esa realidad de comunión: “para que sean uno, como nosotros somos uno” (Jn 17,22). La Iglesia es signo e instrumento de esta unidad. También las relaciones entre los hombres a lo largo de la historia se han beneficiado de la referencia a este Modelo divino. En particular, a

la luz del misterio revelado de la Trinidad, se comprende que la verdadera apertura no significa dispersión centrífuga, sino compenetración profunda»[43]. El fundamento que la tradición cristiana da a la unidad del género humano se coloca primariamente en una interpretación metafísica y teológica de lo *humanum* donde la relacionalidad es elemento esencial[44].



[42] BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Caritas in veritate*, n. 53.

[43] *Ibid.*, n. 54.

[44] *Cfr. Ibid.*, n. 55.

La transparencia recíproca entre las Personas divinas es plena y el vínculo de una con otra total, porque constituyen una absoluta unidad y unicidad.



## Fundamentos antropológicos

38 Perseguir la dimensión auténticamente intercultural es posible gracias a su fundamento antropológico. En efecto, el encuentro se realiza siempre entre hombres concretos. Las culturas toman vida y se reformulan una y otra vez a partir del encuentro con el otro. Salir de sí mismos y considerar el mundo desde un punto de vista diverso no es negación de sí, antes al contrario es un necesario proceso de valorización de la propia identidad. En otros términos, la interdependencia y la globalización entre pueblos y culturas deben estar centradas en la persona. El final de las ideologías del siglo pasado, y lo mismo la difusión actual de aquellas que se cierran a la realidad trascendente y religiosa, hacen sentir la dramática necesidad de poner nuevamente la cuestión del hombre y de las culturas en el centro. Es innegable que junto a innumerables progresos, el hombre y la mujer de nuestra época experimentan en grado mayor la dificultad para definirse a sí mismos. El Concilio Vaticano II describió muy bien esta situación: «Muchas son las opiniones que el hombre se ha dado y se da sobre sí mismo. Diversas e incluso contradictorias. Exaltándose a sí mismo como regla absoluta o hundiéndose hasta la desesperación. La duda y la ansiedad se siguen en consecuencia»[45]. El signo más elocuente de este estado de desconcierto es la soledad del hombre y la mujer modernos.

[45] CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium et spes*, n. 126.

«Una de las pobreza más hondas que el hombre puede experimentar es la soledad. Ciertamente, también las otras pobreza, incluidas las materiales, nacen del aislamiento, del no ser amados o de la dificultad de amar. Con frecuencia, son provocadas por el rechazo del amor de Dios, por una tragedia original de cerrazón del hombre en sí mismo, pensando ser autosuficiente, o bien un mero hecho insignificante y pasajero, un “extranjero” en un universo que se ha formado por casualidad. El hombre está alienado cuando vive solo o se aleja de la realidad, cuando renuncia a pensar y creer en un Fundamento. Toda la humanidad está alienada cuando se entrega a proyectos exclusivamente humanos, a ideologías y utopías falsas. Hoy la humanidad aparece mucho más interactiva que antes: esa mayor vecindad debe transformarse en verdadera comunión. *El desarrollo de los pueblos depende sobre todo de que se reconozcan como parte de una sola familia, que colabore con verdadera comunión y está integrada por seres que no viven simplemente uno junto al otro*»[46].

**39** Para un correcto planteamiento de la intercultural se requiere, pues, un sólido fundamento antropológico, que se base en la íntima naturaleza de *ser relacional* de la persona humana, la cual, sin las relaciones con los demás no puede vivir ni desplegar sus potencialidades. El hombre y la mujer no son solamente individuos, una especie de mónadas autosuficientes, sino que están abiertos y orientados hacia aquello que es diverso de ellos mismos. El hombre es persona, un ser en relación, y que se comprende en relación con

el otro. Sus relaciones alcanzan su naturaleza profunda si se fundan en el amor, al cual aspira toda persona para sentirse plenamente realizada, tanto respecto al amor recibido como, a su vez, a la capacidad de donar amor. «El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente [...]. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad»[47].

**40** El concepto de amor ha acompañado, bajo formas diversas, la historia de las diferentes culturas. En la antigua Grecia, el término más usado era el de *eros*, el amor—pasión, asociado en general con el deseo sensual. También eran usados los términos de *philia*, a menudo entendido como amor de amistad, y el de *ágape*, para designar una alta estima hacia el objeto o la persona amados. En la tradición bíblica y cristiana se subraya el aspecto oblativo del amor. Pero, al margen de estas distinciones y a pesar de la diversidad de dimensiones, hay en la realidad del amor una profunda unidad que impulsa a un «camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el

[46] BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Caritas in veritate*, n. 53.

[47] JUAN PABLO II, *Carta encíclica Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979), n. 10.

[48] BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005), n. 6.

reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios»[48].

**4** El amor, liberado del egoísmo, es la vía por excelencia de la fraternidad y de la ayuda mutua hacia la perfección entre los hombres. En cuanto anhelo imborrable inscrito en la naturaleza de todos los hombres y las mujeres de la tierra, el hecho de no acogerlo comporta necesariamente el sinsentido y la desesperación, y puede llevar a comportamientos destructivos. El amor es la verdadera nobleza de la persona, más allá de su adscripción

cultural, étnica o patrimonial, más allá de la posición social. Es el vínculo más fuerte, auténtico y acepto, que une a los hombres entre sí y los capacita para escuchar al otro, para otorgarle la atención y estima que merece. Del amor se puede decir que es método y fin de la vida misma. Es el verdadero tesoro, buscado y testificado en maneras y contextos diferentes por pensadores, santos, hombres de fe, figuras carismáticas que a través de los siglos han sido ejemplos vivos del sacrificio de sí, como sublime, necesaria vía de cambio y renovación espiritual y social.



## Fundamentos pedagógicos

**42** Los fundamentos teológicos y antropológicos expuestos más arriba ponen sólidas bases para una auténtica pedagogía intercultural que, en cuanto tal, no puede prescindir de una concepción personalista del hombre, en virtud de la cual no son primariamente las culturas, sino las personas, radicadas en sus redes históricas y relacionales, las que entran en contacto. Se trata, pues, de asumir la relacionalidad como paradigma pedagógico fundamental, medio y fin para el desarrollo de la propia identidad de la persona. Tal concepción guía una idea de diálogo no abstracto o ideológico; antes bien, forjado en el respeto, la comprensión y el servicio mutuo. Se nutre de la idea de cultura enmarcada en la historia, y dinámica, mientras rechaza condenar a los demás a una especie de cárcel cultural. Finalmente, descansa en la conciencia del hecho de que la relatividad de las culturas no significa relativismo (el cual, a pesar de que respete las diferencias, aparta las distintas culturas a su cosmos autónomo, considerándolas aisladas e impermeables); antes al contrario, trata por todos los medios de alimentar una cultura del diálogo, del acuerdo y de la mutua transformación en vistas a alcanzar el bien común.

**43** En este horizonte, la concepción de la interculturalidad, lejos de ponerse en actitud diferencialista y relativista, considera a las culturas como insertadas en el orden moral, dentro del cual el valor fundamental está representado, sobre todo, por la persona humana. Con el supuesto de este reconocimien-

to básico, las personas de diversos universos culturales, en contacto unas con otras, pueden superar el sentimiento foráneo inicial. Dado que no se trata solamente de un respetarse, el proceso implica poner en tela de juicio la precomprensión del intérprete, y que cada una de las personas pueda comprender y debatir el punto de vista del otro.

**44** Desarrollar desde el punto de vista pedagógico un tema tan arduo requiere el coraje de empeñarse en una toma de conciencia progresiva de la complejidad y necesidad de la realidad multicultural. En particular, es necesario reavivar la reflexión sobre la búsqueda, más apasionada y amplia, de un común denominador de la idea de educación, y más concretamente de educación al diálogo intercultural, entendida como un itinerario de la persona hacia el deber ser, desde la óptica del diálogo y del recíproco aprendizaje para toda la vida.

**Se debe asumir la relacionalidad como paradigma pedagógico fundamental, medio y fin para el desarrollo de la propia identidad de la persona.**



## CAPÍTULO IV LA EDUCACIÓN CATÓLICA A LA LUZ DEL DIÁLOGO INTERCULTURAL

### Contribución de la educación católica

**45** De la visión dialógica de las culturas nace la necesidad de un esfuerzo común para superar la fragmentación, sabiendo entrar concretamente en lo específico de la dialéctica provocada por algunas realidades fundamentales, ora de la vida asociada, ora de la cultura (“oposición/acuerdo”, “clausura/apertura”, “monólogo/diálogo”...), en una óptica de mutuo aprendizaje.

En este proceso educativo, el interés por una convivencia pacífica y enriquecedora debe apoyarse en el concepto más amplio de ser humano, caracterizado por una continua búsqueda de autotranscendencia, vista no sólo como moción psicológica y cultural, más allá de toda forma de egocentrismo y etnocentrismo, sino también como impulso espiritual y religioso, según una concepción de desarrollo integral y trascendente de la persona y de la sociedad.

**46** Es necesario, por tanto, que en las comunidades inspiradas en los valores de la fe católica (familias, escuelas, asociaciones y grupos juveniles...) se dé voz y consistencia a una educación verdaderamente personalista

en línea con la cultura y la tradición humanístico—cristiana: nuevo empuje y ciudadanía a la persona como “persona—comunidad”, sin la cual un intento de sociedad de individuos libres e iguales oculta, ciertamente, riesgos de conflictos y prevaricaciones sin límite ni control.

Por otra parte, la centralidad del vínculo de las personas que se constituyen en sociedad o comunidad «obliga a una *profundización crítica y valorativa de la categoría de la relación*. Es un compromiso que no puede llevarse a cabo sólo con las ciencias sociales, dado que requiere la aportación de saberes como la metafísica y la teología, para captar con claridad la dignidad trascendente del hombre»[49].

A la luz del misterio trinitario de Dios, la relacionalidad debe ser contemplada no sólo en su procesualidad comunicativa, sino como Amor, ley fundamental del Ser; un amor no genérico, indistinto y puramente apoyado en las emociones, ligado a la conveniencia y a las reglas de intercambio, sino “gratuito”, tan fuerte y generoso como el amor con que Jesús ha amado. En este sentido, el amor es voluntad de “promoción”, confianza en el otro y, como consecuencia, acto fundamentalmente educativo.

**47** El concepto de “amor” en educación alude directamente al de “don” y “reciprocidad”, que son dimensiones fundantes de la educación misma. Se trata de promover en las escuelas, entre alumnos y profesores, en las familias, en la comunidad, aquel movimiento bidireccional de ida y vuelta del amor, que podríamos plásticamente sintetizar en

un dúplice movimiento: del amor recibido al amor dado, donde la reciprocidad se entiende no simplemente en su resultado final, como correspondencia, sino, sobre todo, como acción pro-activa del educador, llamado a ser el primero en el amor.

Habrá que rehabilitar con valentía estos conceptos en la perspectiva de una pedagogía de comunión, de un ideal educativo que mueva a los educadores a ser testigos creíbles ante los ojos de los jóvenes y que lleve a reflexionar sobre el nexo crucial y estratégico que vincula “amor de la educación” y “educación al amor” como elementos esenciales, unidos entre sí en modo indisoluble, donde la mirada del educador y del educando estén mutuamente orientadas al bien, al respeto y al diálogo.

### La presencia en la escuela

48. Juan Pablo II ha retomado con fuerza este pensamiento y ha individuado en la espiritualidad de comunión[50] el reto más importante, que ha de ser promovido en la cultura, en la vida cotidiana, en la familia, en las escuelas, en la Iglesia.

El espíritu de unidad entre personas y grupos, que tiene la prioridad respecto a cualquier otra iniciativa concreta, es el horizonte donde todo valor halla fundamento; es el elemento vital, fundante de todos los demás. No se trata sólo de un desafío espiritual, sino también cultural, válido para todos los hombres y

[49] BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Caritas in veritate*, n. 53b.

[50] Cfr. JUAN PABLO II, *Carta apostólica Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001), n. 43.



mujeres de buena voluntad. Por tanto, se trata de una propuesta que debe ser vivida también por parte de educadores, profesores y alumnos católicos pertenecientes a todos los tipos de escuelas, unidos en el mismo arte de amar.

**49** De esto se sigue que no son la ley en sí ni la forma jurídica las que constituyen y mantienen viva una comunidad; antes bien, es el espíritu mismo de la ley, que es justa en la medida en que se pone al servicio del bien común y pone a todos en las condiciones de reciprocidad para ser ciudadanos conscientes y responsables. La identidad de una comuni-

dad será más madura cuanto más fiel sea a los valores de cooperación y solidaridad que aquella se ha propuesto y que continuamente trata de renovar.

**50** La escuela está investida de una gran responsabilidad respecto a la educación intercultural. El estudiante, a lo largo de su itinerario formativo, se encuentra en interacción con culturas diversas, y necesita disponer de los instrumentos necesarios para comprenderlas y ponerlas en relación con la propia. A la escuela, abierta al encuentro con las otras culturas, le compete la tarea de suministrar el

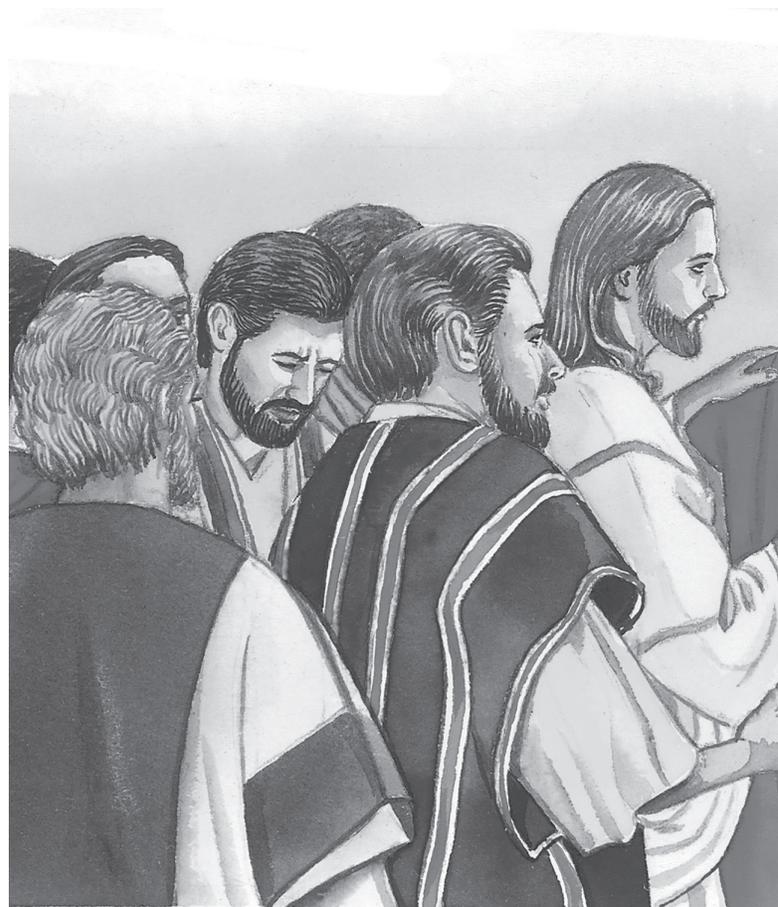
respaldo necesario para que cada una de las personas desarrolle una identidad consciente de la propia riqueza y tradición cultural.

En una óptica pedagógico-intercultural, lo más hermoso que la educación católica puede aportar a la escuela es el testimonio del continuo, íntimo entramado vivido entre identidad y alteridad, en su dinámica compenetración, en las distintas relaciones entre adultos (profesores, padres, educadores, responsables de las instituciones...), entre profesores y alumnos, entre los alumnos unos con otros, sin prejuicios respecto a la cultura, al sexo, a la clase social o a la religión.

### Realidades donde se ve negada la libertad educativa

**5**1 En muchas realidades del mundo, por razones políticas o culturales, no siempre es posible la presencia de la escuela católica; a veces se trata de una presencia muy limitada y hacia la cual hay hostilidad. La cuestión se plantea no solamente en términos de reivindicación de un derecho, el de la libertad de enseñanza y de escuela, sino en términos de oferta cultural más rica para todos. Es necesario, por ello, preguntarse acerca de lo que la educación católica puede ofrecer, también en estas situaciones.

Un punto de referencia fundamental es el de reconocer en los demás el mismo anhelo que se encuentra en un importante precepto de muchas religiones y culturas, la llamada regla de oro de la humanidad: "Haz a los demás aquello que quisieras que te hicieran a ti; no hagas a los demás lo que no quisieras que



te hicieran". Es una ley moral, una necesidad imprescindible para la vida asociada: el amor llevado a todos, como fuente de nueva civilización, de verdadera humanización del hombre y la mujer, contra todo instinto egoísta, de violencia y guerra[51].

[51] Cfr. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *En busca de una ética universal: nueva perspectiva sobre la ley natural* (2009), n. 51: «"No hagas a los otros lo que no quisieras que te hicieran a ti". Encontramos de nuevo la regla de oro que se pone hoy en el mismo comienzo de una moral de la reciprocidad».



**Haz a los demás aquello que quisieras que te hicieran a ti; no hagas a los demás lo que no quisieras que te hicieran.**

**52** Ésta es la novedad de la educación que también brota de la pedagogía cristiana, la cual halla su fundamento en las palabras de Jesús: «Que todos sean una sola cosa» (Jn 17, 21). Ella manifiesta el corazón de todo el cristianismo, portador del misterio de Dios, que es Ser en relación, puro acto de amor. Aquí se encuentra la novedad del Evangelio, cuya plena aceptación implica ciertamente la fe, pero cuyos efectos transforman el sentido del encuentro entre personas, grupos, culturas e instituciones.

**53** Sólo este espíritu de búsqueda de unidad podrá reconstruir el orden social, la solidaridad en la colectividad, en todos los sentidos (religioso, político, social, económico, profesional), como alternativa al estado de permanente rivalidad que condena a los hombres, a pesar de estar en un mundo globalizado, a ser cada vez menos comunicativos, en un creciente indiferentismo, tanto en relación al Dios anunciado por el cristianismo, como a cualquier otra forma de Absoluto.

Por tanto, las nuevas generaciones, privadas de una cultura y una fe, de su verdadero sentido, de un fin justo a que tender, corren el peligro de deshumanizar la vida misma en sus múltiples expresiones. Y precisamente en estas múltiples situaciones “de frontera”, en que la fe se ve cotidianamente probada, es donde, a menudo, el ir contra corriente es más que nunca preferencia evangélica, hasta llegar a la suprema donación de sí mismo, a dar la vida por el otro, cuando se ven violadas la justicia y la verdad.

Sólo el espíritu de búsqueda de unidad podrá reconstruir el orden social, la solidaridad en la colectividad, en todos los sentidos (religioso, político, social, económico, profesional)

**54** Se hace, pues, necesario en estos contextos tan diversos entre sí (desde el ateísmo al fundamentalismo, al relativismo, al laicismo) poner de nuevo en el centro aquella “prioridad de valor” que consiste, antes de nada, en el testimonio y la coherencia, en el donarse a sí mismo, en la capacidad de pedir y conceder perdón —no por exhibicionismo o falso moralismo, sino “por amor”— para contribuir al desarrollo del mundo.

«Es propio del hombre el deseo de hacer que los demás participen de los propios bienes. Acoger la Buena Nueva en la fe empuja de por sí a esa comunicación», especialmente con aquellos a quienes les «falta un bien grandísimo en este mundo: conocer el verdadero rostro de Dios y la amistad con Jesucristo, el Dios-con-nosotros. En efecto, “nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con Él”»[52].

## CAPÍTULO V LA CONTRIBUCIÓN DE LA ESCUELA CATÓLICA

### Responsabilidad de la escuela católica

**55** En el actual contexto cultural, la escuela católica se ve cuestionada en la contribución específica que puede ofrecer. Pero se trata de una tarea no fácil, que está encontrándose progresivamente con mayores obstáculos. La escuela católica ve en su interior una presencia cada vez más relevante de alumnos de diferentes nacionalidades y confesiones religiosas; en muchos países del mundo, la mayoría de los estudiantes profesa un credo distinto y la cuestión del intercambio religioso se presenta ya ineludible. Para evitar clausurarse en un “identicismo” con fin en sí mismo, un proyecto educativo debe contar con el creciente grado de pluri-religiosidad de la sociedad, y con la consiguiente necesidad de saber conocer y dialogar con las distintas creencias y con los no creyentes.

**56** Es importante que la escuela católica sea consciente de los riesgos que conlleva el perder de vista las razones de la propia presencia. Ello sucede, por ejemplo, cuando aquélla se adecua sin sentido crítico a las expectativas de una sociedad configurada por los valores del individualismo y la competencia,

[52] CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización* (3 de diciembre de 2007), n. 7.



por el formalismo burocrático, por la demanda consumista de las familias o por la búsqueda exasperada de la aprobación ajena. Con mayor razón, en una cultura que afirme una pretendida neutralidad de la escuela y elimine del campo educativo toda referencia religiosa, la escuela católica está llamada a un compromiso testimonial, a través de un proyecto educativo claramente inspirado en el Evangelio[53]. La escuela así concebida, como católica, no se queda en una genérica inspiración cristiana o de valores humanos. Tiene, más bien, la responsabilidad de ofrecer a los estudiantes católicos, además de un sólido conocimiento de la religión, la posibilidad de crecer en la adhesión personal a Cristo en la Iglesia. En efecto, «entre los derechos humanos fundamentales,

también para la vida pacífica de los pueblos, está el de la libertad religiosa de las personas y las comunidades. [...] Es cada vez más importante que este derecho sea promovido no sólo desde un punto de vista negativo, como *libertad frente* –por ejemplo, frente a obligaciones o constricciones de la libertad de elegir la propia religión–, sino también desde un punto de vista positivo, en sus varias articulaciones, como *libertad de*, por ejemplo, testimoniar la propia religión, anunciar y comunicar su enseñanza, organizar actividades educativas, bené-

[53] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, n. 3.

ficas o asistenciales que permitan aplicar los preceptos religiosos, ser y actuar como organismos sociales, estructurados según los principios doctrinales y los fines institucionales que les son propios»[54].

**57** La primera responsabilidad de la escuela católica es la del testimonio[55]. La presencia cristiana en la realidad multiforme de las distintas culturas debe ser mostrada y demostrada, es decir, debe hacerse visible, susceptible de ser encontrada, y debe ser actitud consciente. Hoy día, a causa del avanzado proceso de secularización, la escuela católica se halla en situación misionera, incluso en países de antigua tradición cristiana. El aporte que el catolicismo puede dar a la educación y al diálogo intercultural es su referencia a la centralidad de la persona humana, que tiene en la relación su dimensión constitutiva. La escuela católica, que tiene en Jesucristo el fundamento de su concepción antropológica y pedagógica, debe practicar “la gramática del diálogo”, no como un expediente tecnicista, sino como modalidad profunda de relación. La escuela católica debe reflexionar sobre su propia identidad, porque lo primero que puede “dar” es, ante todo, aquello que ella es[56].

### Comunidad educativa, laboratorio de intercultural

**58** El modelo en que debe inspirarse la organización escolástica es el de la *comunidad educativa*, espacio agápico de las diferencias[57]. La escuela-comunidad es lugar de intercambio, promueve la participación, dia-

loga con la familia, que es la primera comunidad a la que pertenecen los alumnos; todo ello respetando su cultura y poniéndose en actitud profunda de escucha respecto a las necesidades que le salen al paso y a las expectativas de que es destinataria. Trabajando así, puede ser considerada un auténtico laboratorio de una actitud intercultural, más que proclamada, vivida.

**59** La participación no se desarrolla en una sociedad ni en una escuela neutrales, privadas de valores de referencia y ajenas a toda formación moral, y tampoco en las penetradas de visión fundamentalista; antes al contrario, florece en un clima de diálogo y de respeto recíproco, en un ambiente en el que a todos y a cada uno se les asegure la posibilidad de incrementar al máximo nivel las propias capacidades, siempre en vistas a conseguir el bien de todos. Sólo así, se puede desarrollar ese constante clima de mutua confianza, de disponibilidad, de actitud de escucha, de fecundo intercambio que debe signar todo el itinerario formativo. Las propias lecciones, para hacerse expresión de vida y pensamiento

[54] BENEDICTO XVI, *Bienaventurados los que trabajan por la paz. Mensaje para la jornada mundial de la paz* (2013), n. 4.

[55] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Educación juntos en la escuela católica. Misión compartida de personas consagradas y fieles laicos*, n. 38.

[56] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La escuela católica*, nn. 33-37.

[57] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico, testigo de la fe en la escuela* (15 octubre 1982), n. 22; ID. *Educación juntos en la escuela católica. Misión compartida de personas consagradas y fieles laicos*, n. 13.



**La presencia cristiana en la realidad multiforme de las distintas culturas debe ser mostrada y demostrada, es decir, debe hacerse visible, susceptible de ser encontrada, y debe ser actitud consciente.**

al mismo tiempo, están orientadas a instaurar un diálogo entre docentes y estudiantes, a valorar el aporte personal de éstos últimos en la común aplicación y a dar vida a una enseñanza “plurivocal” por parte de los docentes de varias disciplinas.

**60** En la escuela, entendida como comunidad educativa, la familia ocupa un lugar y una función muy importantes. La escuela católica la considera un valor y promueve su participación y la asunción de formas de coresponsabilidad. Aun en los casos en que se

encuentre frente a realidades familiares que atraviesen situaciones difíciles, y a padres que no respondan a las propuestas del centro escolar, la familia será vista siempre como referencia indispensable, como portadora de un potencial constantemente valorizable: «la escuela católica tiene interés en proseguir e intensificar la colaboración con las familias. Esta colaboración tiene por objeto no sólo las cuestiones escolares, sino que tiende, sobre todo, a la realización del proyecto educativo»[58].

### Proyecto educativo para una educación al diálogo intercultural

**61** La propuesta educativa de la escuela católica brota del testimonio del Evangelio y de la apertura gratuita al amor hacia el prójimo. La escuela católica se preocupa de desarrollar un enfoque intercultural que toque todos los ámbitos de la experiencia escolar: las relaciones entre las personas, la perspectiva de visión sobre el saber humano y las distintas disciplinas, la integración y los derechos de todos.

La apertura a la pluralidad y a las diferencias es condición indispensable para la colaboración. La experiencia demuestra que la religión católica sabe encontrar, respetar, valorar las distintas culturas. El amor hacia el hombre y la mujer es, inevitablemente, amor hacia su cultura. La escuela católica es, por su misma vocación, intercultural.

**62** El proyecto educativo de la escuela católica prevé que estudio y vida converjan y se funden armónicamente, de mane-



ra que los estudiantes puedan realizar una experiencia formativa cualificada, alimentada por la investigación científica en las diversas articulaciones del saber y, al mismo tiempo, investida de sabiduría gracias al injerto en la vida nutrida por el Evangelio. Se quiere, de este modo, superar el riesgo de una instrucción que no sea —sobre todo— una formación integral de la persona. En efecto, «la escuela es uno de los ambientes educativos en los que se crece para aprender a vivir, para llegar a ser hombres y mujeres adultos y maduros,

[58] CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA. *Dimensión religiosa de la educación en la escuela católica* (7 de abril de 1988), n. 42.



capaces de caminar, de recorrer el camino de la vida. [...] Os ayuda no sólo en el desarrollo de vuestra inteligencia, sino para una formación integral de todos los componentes de vuestra personalidad»[59].

**63** Las principales líneas de trabajo son las siguientes:

*El criterio de la identidad católica.* La escuela católica, en todas sus manifestaciones, se aplica a vivir la identidad del proyecto educativo que halla en Cristo su fundamento. «Precisamente por la referencia explícita, y compartida por todos los miembros de la comunidad escolar, a la visión cristiana —aunque sea en grado diverso— es por lo que la escuela es “católica”,

porque los principios evangélicos se convierten para ella en normas educativas, motivaciones interiores y al mismo tiempo metas finales»[60]. De esta explícita identidad extraen su sentido las otras tareas.

*Construcción de un horizonte común.* La educación puede contribuir a individuar lo que hay de universal, lo que une a las personas diferentes. El papel de la educación hoy día consiste precisamente en promover aquel diálogo que hace posible la comunicación entre diversos, ayudando a “traducir” los diferentes modos de pensar y sentir. No se trata de llevar a cabo un diálogo como mero expediente o como método; antes bien, se trata de ayudar a las personas a volver a la propia cultura a partir de las otras culturas, es decir a reflexionar sobre sí mismos en un horizonte de “pertenencia a la humanidad”.

*Apertura razonada a la mundialidad.* La escuela, comunidad educadora, no formará a los particularismos, sino que ofrecerá los conocimientos necesarios para comprender la actual condición del hombre planetario, definida por múltiples interdependencias.

*Formación de identidades fuertes* no en cuanto contrapuestas, sino porque, a partir de la conciencia de la propia tradición y cultura, se es capaz de dialogar y reconocer la pareja dignidad del otro.

---

[59] PAPA FRANCISCO, *Discurso a los estudiantes de las escuelas dirigidas por los Jesuitas en Italia y Albania.*

*Desarrollo de auto-reflexividad* a través del hábito de meditar sobre las propias experiencias, de reflexionar sobre los propios comportamientos, de ir creciendo en la conciencia de sí, ni incluso mediante estrategias cognoscitivas y de formación a la descentralización.

*Respeto y comprensión de los valores de las otras culturas y religiones.* La escuela debe ser un espacio de pluralismo donde aprender a dialogar sobre los significados que las personas de las distintas religiones atribuyen a sus respectivos signos, para poder compartir valores universales como la solidaridad, la tolerancia, la libertad.

*Educación a la participación y a la responsabilidad.* La escuela no debe representar un paréntesis en la vida, un lugar puramente artificial o simplemente dedicado a desarrollar la dimensión cognitiva. Respetando los tiempos de maduración de los alumnos y de su libertad personal, la escuela asume la tarea de ayudarlos, no solamente a comprender la realidad social y cultural de su vida, sino también a favorecer la asunción de responsabilidades para mejorarla. Además, precisamente en atención al carácter de completitud de la persona y la experiencia, no limita su compromiso a una enseñanza directa, sino que se preocupa también de la multiplicidad de las dimensiones de la experiencia de los estudiantes, según modalidades informales (fiestas, momentos agápicos), formales (reuniones para escuchar testimonios, momentos de debate...), experiencias religiosas (asambleas litúrgicas, reuniones de espiritualidad...)[61].

## El proyecto curricular, expresión de la identidad de la escuela

**64** El currículo representa el instrumento a través del cual la comunidad escolar explicita las finalidades, los objetivos, los contenidos, las modalidades, para conseguirlos en manera eficaz. En el currículo se manifiesta la identidad cultural y pedagógica del centro. Su elaboración es una de las tareas más arduas, porque se propone definir los valores de referencia, las prioridades temáticas, las opciones concretas.

**65** Para la escuela católica, reflexionar sobre el currículo significa profundizar los propios elementos de especificidad, el peculiar modo de ser servicio a la persona a través de los instrumentos de la cultura, para que lo que se proyecta pueda ser efectivamente adecuado a su misión original. No cabe conformarse con ofrecer una didáctica actualizada, capaz de responder a las exigencias procedentes de la economía en transformación.

El proyecto curricular de la escuela católica pone en el centro a la persona y su búsqueda de significado. A partir de este valor de referencia, las distintas disciplinas constituyen importantes recursos y asumen un valor

[60] CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La escuela católica*, n. 34. Cfr. Código de Derecho Canónico, can. 803§2.

[61] El Papa Francisco, *dirigiéndose a los jesuitas que dirigen escuelas*, los exhortó «a buscar nuevas formas de educación no convencional según las necesidades de los lugares, los tiempos y las personas» (7 de junio de 2013).



más pleno si saben proponerse como medios de educación. Desde este punto de vista, los contenidos no son indiferentes, como tampoco puede ser indiferente el modo de presentarlos.

**66** Se ha dicho que vivimos en la sociedad del conocimiento, pero la escuela católica desea promover la sociedad de la sabiduría, a ir más allá del conocer para educar a pensar, a ponderar los hechos a la luz de los valores, a educar para la asunción de responsabilidades y de compromisos, al ejercicio de una ciudadanía activa. Entre los contenidos caracterizadores, debe reservarse un lugar relevante al conocimiento de las distintas culturas, poniendo la atención en favorecer el acercamiento

to y el intercambio entre los muchos puntos de vista que las califican. El currículo debe ayudar a reflexionar sobre los grandes problemas de nuestro tiempo, no eludiendo aquellos en que el dramatismo de las condiciones de vida de buena parte de la humanidad más se pone de manifiesto, como son la desigual distribución de los recursos, la pobreza, la injusticia, los derechos humanos negados. La pobreza implica una atenta consideración del fenómeno de la globalización y pide una visión amplia y articulada de la pobreza, de sus diversas manifestaciones y de sus causas[62].

---

[62] Cfr. BENEDICTO XVI, *Combatir la pobreza, construir la paz. Mensaje para la Jornada mundial de la Paz* (2009), n. 2.

**67** Un buen proyecto curricular sabe entrelazar lecciones teóricas con momentos de testimonio, o con la presentación de experiencias de vida a la luz de la visión de la fe, o con prácticas de participación y de asunción de responsabilidades.

Los distintos momentos hacen referencia el uno al otro: las lecciones nacen de los espacios abiertos por la experiencia de la vida, el saber se hace experiencia, y ésta adquiere la fuerza de propuesta cultural, de anuncio.

Por lo que respecta a la enseñanza de las disciplinas, la prospectiva metodológica compartida y promovida por los profesores es la de la correlación dinámica de las diversas ciencias en un horizonte sapiencial. El estatuto epistémico de cada una de las ciencias posee una identidad propia de contenido y metodológica, pero no presta atención solamente a las condiciones “internas” relativas a su correcto funcionamiento; las disciplinas no son una isla habitada por un saber distinto y circunscrito, sino que se relacionan en modo dinámico con todas las otras formas del saber, cada una de las cuales expresan algo de la persona y de la verdad.

**68** La composición multicultural de las aulas es un desafío para la escuela, que debe ser capaz de repensar los contenidos de su enseñanza, los modos de aprendizaje, la propia organización interna, los roles, las relaciones con las familias y el contexto social y cultural de origen. Un proyecto curricular abierto a la perspectiva intercultural propone a la atención de los estudiantes el estudio de civilizaciones antes ignoradas o remotas y que

ahora se muestran a nuestra atención y aparecen mucho más “cercanas” gracias a la globalización y a los medios de comunicación, franqueando fronteras espaciales y defensas ideológicas. Un sistema de enseñanza que quiera ayudar a los estudiantes a comprender la realidad en que viven no puede ignorar la dimensión del cotejo, sino que, al contrario, se compromete a favorecer el diálogo y el intercambio cultural y espiritual.



**69** En el plano didáctico, la escuela debe articular su preocupación intercultural teniendo presentes las dos dimensiones del aprendizaje: cognitiva y relacional-afectiva. En cuanto a lo primero, la escuela trabaja en los contenidos del currículo, en los conocimientos que debe transmitir y en las competencias que debe promover. En cuanto a lo segundo, trabaja en el campo de las actitudes y representaciones, enseñando a respetar las diversidades,



a tener en cuenta los distintos puntos de vista, a cultivar la empatía, a colaborar.

### **Enseñanza de la religión católica**

**70** En el contexto actual, las sociedades humanas están tratando de darse estructuras más amplias y supranacionales, y de avanzar hacia un sistema planetario de *governance*. Además, los inmensos *patrimonios simbólicos*, que los distintos pueblos han construido, defendido y transmitido durante siglos mediante sus específicas tradiciones culturales y religiosas, parecen ser ignorados en su verdadera valencia humanizadora, para transformarse en motivo de separación, en la desconfianza recíproca. Por eso, el reto mayor en la educación intercultural siempre está en el diálogo entre la propia identidad y las otras visiones de la vida.

**71** El cambio cultural de nuestros días presenta evidentes signos de oscilación entre diálogo y desencuentro. Pues bien, sobre todo en presencia de esta crisis de orientación, el aporte de los cristianos se revela factor indispensable. Es fundamental que la religión católica, por parte suya, sea signo inspirador del diálogo, porque se puede afirmar, ciertamente, que el mensaje cristiano nunca ha sido tan universal y fundamental como hoy día.

**72** A través de la religión, pues, puede pasar el testimonio—mensaje de un humanismo integral, alimentado por la propia identidad y por la valorización de sus grandes tradiciones, como la fe, el respeto de la vida hu-

mana desde la concepción hasta su fin natural, de la familia, de la comunidad, de la educación y del trabajo: ocasiones e instrumentos que no son de clausura sino de apertura y diálogo con todos y con todo lo que conduce hacia el bien y la verdad. El diálogo sigue siendo la única solución posible, incluso frente a la negación de lo religioso, al ateísmo, al agnosticismo.

**73** En esta perspectiva, asume un papel significativo la enseñanza escolar de la religión católica[63], que es, ante todo, un aspecto del derecho a la educación, que tiene como base una concepción antropológica abierta a la dimensión trascendente del hombre y la mujer. Unida a una formación moral, la enseñanza escolar de la religión católica favorece también el desarrollo de la responsabilidad personal y social y las demás virtudes cívicas para el bien común de la sociedad. El Concilio Vaticano II recuerda que: «[a los padres] corresponde el derecho de determinar la forma de educación religiosa que se ha de dar a sus hijos, según sus propias convicciones religiosas. [...] Se violan, además, los derechos de los padres, si se obliga a los hijos a asistir a lecciones escolares que no corresponden a la persuasión religiosa de los padres, o si se impone un único sistema de educación del que se excluye totalmente la formación religiosa»[64]. Esta afirmación halla corroboración en la *Declaración universal de derechos humanos*[65] y en otras declaraciones y convenciones de la comunidad internacional[66].

**74** Se debe subrayar que la enseñanza escolar de la religión católica tiene finali-

dades específicas, que la distingue de la catequesis. Mientras que esta última promueve la adhesión personal a Cristo y la maduración de la vida cristiana, la enseñanza escolar transmite a los alumnos los conocimientos sobre la identidad del cristianismo y de la vida cristiana. De este modo, se propone «ensanchar los espacios de nuestra racionalidad, volver a abrirla a las grandes cuestiones de la verdad y del bien, conjugar entre sí la teología, la filosofía y las ciencias, respetando plenamente sus métodos propios y su recíproca autonomía, pero siendo también conscientes de su unidad intrínseca. En efecto, la dimensión religiosa es intrínseca al hecho cultural, contribuye a la formación global de la persona y permite transformar el conocimiento en sabiduría de vida». Por tanto, con la enseñanza de la religión católica «la escuela y la sociedad se enriquecen con verdaderos laboratorios de cultura y de humanidad, en los cuales, descifrando la aportación significativa

[63] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Carta circular a los Presidentes de las Conferencias Episcopales* (5 de mayo de 2009).

[64] CONCILIO VATICANO II, *Declaración sobre la libertad religiosa Dignitatis humanae* (7 de diciembre de 1965), n. 5; cfr. *Código de Derecho Canónico*, can. 799; SANTA SEDE, *Carta de los derechos de la familia* (24 de noviembre de 1983), art. 5, c-d.

[65] Cfr. NACIONES UNIDAS, *Declaración universal de derechos humanos* (1948), art. 26.

[66] Cfr., por ejemplo, *Protocolo adicional n. 1 a la Convención cultural Europea para la custodia del hombre y de las libertades fundamentales* (1952), art. 2; NACIONES UNIDAS, *Declaración de los derechos del niño* (1959), principio 7, 2; UNESCO, *Convención contra la discriminación en la educación* (1960), art. 5, b; NACIONES UNIDAS, *Convención sobre los derechos de la infancia* (1989), art. 18, 1.



del cristianismo, se capacita a la persona para descubrir el bien y para crecer en la responsabilidad; para buscar el intercambio, afinar el sentido crítico y aprovechar los dones del pasado a fin de comprender mejor el presente y proyectarse conscientemente hacia el futuro»[67].

En fin, el *status* de disciplina escolar coloca la enseñanza de la religión en el currículo junto a las otras disciplinas, no con carácter accesorio, sino en el contexto de un necesario diálogo interdisciplinar.

**75** Como consecuencia, para alcanzar los objetivos de un ensanchamiento de los espacios de nuestra racionalidad y para sostener calificadamente el diálogo interdisciplinar y el diálogo intercultural, se muestra eficaz la enseñanza confesional de la religión. En efecto, «podría crear confusión, o generar relativismo o indiferentismo religioso, el hecho de que la enseñanza de la religión quedara circunscrita a una exposición de las distintas religiones en manera comparativa y ‘neutra’»[68].

### **La formación del personal docente y directivo**

**76** La formación del personal docente y directivo tiene importancia crucial. La mayor parte de los estados provee a la formación inicial del personal escolar. Pero, por muy

---

[67] BENEDICTO XVI, *Discurso a los profesores de religión católica* (25 de abril de 2009).

[68] CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Carta circular a los Presidentes de las Conferencias Episcopales*, n. 12.

calificada que ésta sea, no se la puede considerar suficiente; y es que hay una especificidad de la escuela católica que debe ser reconocida y ahondada. La formación requerida impone, por tanto, el considerar, además de los aspectos disciplinares y profesionales típicos de la función docente y directiva, los fundamentos culturales y pedagógicos que constituyen la identidad de la escuela católica.

**77** El itinerario formativo debe ser ocasión para reforzar la idea de una escuela católica vista como comunidad de relaciones fraternas y lugar de investigación, dedicada a profundizar y a comunicar la verdad en los distintos ámbitos científicos. Los responsables están obligados a garantizar a todo el personal una adecuada preparación, para un servicio calificado, coherente con la fe profesada, y capaz de interpretar las exigencias de la sociedad en la concreción de su configuración actual[69]. Con ello también se trata de favorecer la colaboración educativa de la escuela con los padres[70], dentro del respeto a la responsabilidad de éstos como primeros y naturales educadores[71].

**78** Respecto a una formación especialmente dedicada a promover sensibilidad, consciencia y competencia de tipo intercultural, el itinerario propuesto debería prestar atención a tres direcciones fundamentales:

a) la *integración*, que atañe a la capacidad de la escuela de equiparse de forma eficaz para acoger a estudiantes de diversas orígenes culturales, para responder a sus necesidades en orden al resultado escolar y a la valorización personal;



b) la *interacción*, que consiste saber facilitar buenas relaciones entre los iguales y con los adultos, a sabiendas de que la simple cercanía física no es suficiente, sino que se debe estimular una recíproca curiosidad, apertura y

[69] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Educación juntos en la escuela católica. Misión compartida de personas consagradas y fieles laicos*, nn. 34-37.

[70] Cfr. Código de Derecho Canónico, can. 796§1.

[71] Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Dimensión religiosa de la educación en la escuela católica*, n. 32; cfr. Código de Derecho Canónico, can. 799.



amistad, tanto en el aula como en los lugares y tiempos de la vida extraescolar, previniendo y sanando situaciones de distancia, discriminación, conflicto;

c) el *reconocimiento del otro*, evitando caer en el error de imponerse a él afirmando el propio estilo de vida y el propio pensamiento sin tener en cuenta su cultura y su particular situación afectiva.

**79** En el plano cultural debe trazarse el objetivo de promover la unidad entre los sa-

beres, superando fragmentación y abstracción, según un más amplio horizonte de sentido. No menos importante —antes bien, requisito previo indispensable— es el hecho de que la comunidad educativa trabaje por superar la fragmentación de las relaciones personales, comunitarias y colectivas. No puede existir elaboración de un saber integralmente “humano” y no sólo funcional, custodio de la tradición y, al mismo tiempo, abierto a la novedad, sin una conciencia de la dimensión unitaria, dentro de su variada riqueza, de la persona y la sociedad.

**80** Si ya es un dato consolidado el que el proceso formativo incluye toda la extensión de la experiencia profesional, no pudiéndose limitar a la fase de formación inicial o de los primeros años, esta realidad asume un valor muy especial en la escuela católica. En ella se requiere no sólo saber enseñar o saber dirigir una organización, sino también —a través del instrumento de la competencia profesional— saber dar testimonio de la autenticidad de cuanto se propone, y el propio y continuo esfuerzo por corresponder cada vez mejor, con el pensamiento y la vida, a los ideales que se enuncian con palabras.

De ahí la importancia de que la escuela sea comunidad de formación y estudio, en la que la relación entre las personas transmita el propio sello a la relación entre las disciplinas; y el saber, interiormente vivificado por esta unidad recuperada a la luz del Evangelio y de la doctrina cristiana, aporte su propia e indispensable contribución al crecimiento integral de la persona y de la sociedad planetaria que ya se entrevé.

## Ser profesor, ser dirigente

**81** La formación está siempre orientada por la definición de un perfil profesional y, por tanto, debe responder a la pregunta: ¿Qué significa ser profesor? ¿Qué significa ser un dirigente en la escuela católica? ¿Cuáles son las competencias que deben caracterizar su profesionalidad?

**82** Hoy día el profesor es miembro de una comunidad profesional, contribuye a la elaboración del currículo, tiene la responsabilidad de múltiples relaciones con otras personas, en primer lugar con las familias. Una buena escuela es aquella cuyo cuerpo docente sabe ser algo más que un simple colegio en el que sus miembros están ligados por vínculos burocráticos; una comunidad para experimentar relaciones profesionales y personales, no sólo superficiales, sino mucho más profundas, vinculadas por una preocupación educativa común.

**83** Un buen profesor sabe que su responsabilidad no termina dentro del aula o de la escuela, sino que está orientada también al territorio de pertenencia, y se manifiesta en la sensibilidad hacia los problemas sociales de su tiempo. La preparación profesional, la competencia técnica, son requisitos necesarios, pero no suficientes. La función educativa se manifiesta en acompañar a los jóvenes para que comprendan su tiempo y en suministrarles una convincente hipótesis para su proyecto de vida. Y dado que la dimensión multicultural y pluralista es un rasgo característico de nuestro tiempo, se re-

quiere del profesor la capacidad de proveer a los estudiantes de los instrumentos culturales necesarios para orientarse, y, aún más, la capacidad de hacerles experimentar en la cotidianidad de la vida del aula la práctica de la escucha al otro, la práctica del respeto, del diálogo, del valor de la diversidad.

**84** Poner en relación y transmitir experiencias diferentes, que requieren ser conocidas y reconocidas, es tarea del centro escolar, cada vez más multicultural. Se esperan del personal docente y dirigente escolar capacidades profesionales nuevas, orientadas a integrar y a poner en diálogo las diferencias, proponiendo horizontes comunes, respetando la singularidad de los itinerarios de desarrollo y de las distintas concepciones del mundo.

**85** Para quien ocupa una responsabilidad dirigente, puede ser fuerte la tentación de considerar el centro escolar a la manera de una hacienda o empresa. Sin embargo, el centro escolar que quiera ser comunidad educativa necesita que quien lo guíe sea capaz de centrarse en los valores de referencia y de orientar todos los recursos profesionales y humanos en esa dirección.

El dirigente escolar, más que *manager* de una organización, es un líder educativo cuando sabe ser el primero en asumirse esta responsabilidad, que se configura incluso como misión eclesial y pastoral fundada en la relación con los pastores de la Iglesia. Incumbe en especial al dirigente escolar facilitar el necesario apoyo para la difusión de la cultura del diálogo, del intercambio, del recíproco reconocimiento en-



**El dirigente escolar, más que manager de una organización, es un líder educativo cuando sabe ser el primero en asumirse esta responsabilidad, que se configura incluso como misión eclesial y pastoral fundada en la relación con los pastores de la Iglesia**

tre las distintas culturas, promoviendo dentro y fuera de la escuela todas las posibles y útiles colaboraciones para poner en acto la dimensión intercultural.

**86** Para que una escuela pueda desarrollarse como comunidad profesional es necesario que sus miembros aprendan a reflexionar y ahondar su estudio en equipo. Es, en efecto, una comunidad de prácticas compartidas, de comunidad de ideas y de estudio.



La unión de la comunidad educadora se alimenta, además, a través de un fuerte vínculo con la comunidad cristiana. La escuela católica, en efecto, es entidad eclesial. «La dimensión eclesial no constituye una característica yuxtapuesta, sino que es cualidad propia y específica, carácter distintivo que impregna y anima cada momento de su acción educativa, parte fundamental de su misma identidad y punto central de su misión»[72]. Por tanto, «toda la comunidad cristiana y, en particular, el Ordinario diocesano tienen la responsabilidad de “disponer todo de manera que todos los fieles puedan gozar de la educación católica” (can. 794 § 2 CIC) y, más exactamente, disponerlo todo de manera que haya “escuelas en las que se imparta una educación imbuida del

espíritu cristiano” (can. 802 CIC; cfr. can. 635 CCEO)»[73]. La eclesialidad de la escuela católica, que está escrita en el corazón mismo de su identidad escolar, es la razón del «vínculo institucional que mantiene con la jerarquía de la Iglesia, la cual garantiza que la enseñanza y la educación estén fundadas en los principios de la fe católica y que sean transmitidas por profesores de doctrina recta y vida honesta (cfr. can. 803 CIC; cc. 632 e 639 CCEO)»[74].

[72] CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, n. 11.

[73] CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Carta circular a los Presidentes de las Conferencias Episcopales*, n. 5.

[74] *Ibid.*, n. 6.

## CONCLUSIÓN

La dimensión intercultural resulta familiar a la tradición de la escuela católica. Sin embargo, hoy día, ante los retos de la globalización y del pluralismo cultural y religioso, se hace indispensable adquirir una mayor conciencia de su significado, para traducir mejor, mediante presencia, testimonio y enseñanza, la propia peculiaridad de ser, como *católica*, escuela abierta a la universalidad del saber.

Evitando todo fundamentalismo, como también todo relativismo uniformador, la escuela católica está llamada a progresar en su adecuación a la identidad recibida de su inspiración evangélica, e invitada a recorrer los senderos del encuentro, educándose y educando al diálogo que consiste en hablar y relacionarse con todos, con respeto, estima y actitud sincera de escucha; en expresarse con autenticidad, sin ofuscar o mitigar la propia visión para suscitar un consenso mayor; en dar testimonio, con las modalidades de la propia presencia, con coherencia entre las palabras y la vida.

A todas las educadoras y a todos los educadores queremos dirigirles las palabras estimulantes y orientadoras del Papa Francisco: «¡No os desalentéis ante las dificultades que presenta el desafío educativo. Educar no es una profesión, sino una actitud, un modo de ser; para educar es necesario salir de uno mismo y estar en medio de los jóvenes, acompañarles en las etapas de su crecimiento poniéndose a su lado. Donadles esperanza, optimismo para su camino por el mundo. Enseñad a ver la belleza y la bondad de la creación y del hombre, que conserva siempre la impronta del Creador. Pero so-

bre todo sed testigos con vuestra vida de aquello que transmitís. Un educador [...], con sus palabras, transmite conocimientos, valores, pero será incisivo en los muchachos si acompaña las palabras con su testimonio, con su coherencia de vida. Sin coherencia no es posible educar. Todos sois educadores, en este campo no se delega. Entonces, es esencial, y se ha de favorecer y alimentar, la colaboración con espíritu de unidad y de comunidad entre los diversos componentes educativos. El colegio puede y debe ser catalizador, lugar de encuentro y de convergencia de toda la comunidad educativa con el único objetivo de formar, ayudar a crecer como personas maduras, sencillas, competentes y honestas, que sepan amar con fidelidad, que sepan vivir la vida como respuesta a la vocación de Dios y la futura profesión como servicio a la sociedad»[75]. ■

*El Santo Padre Francisco ha dado su beneplácito a la publicación del presente documento.*

Roma, 28 de octubre de 2013, año cuadragésimo octavo desde la promulgación de la declaración *Gravissimum educationis* del Concilio Vaticano II.

**Zenon Cardenal Grocholewski**

*Prefecto*

**Arzobispo Angelo Vincenzo Zani**

*Secretario*

---

[75] PAPA FRANCISCO, *Discurso a los estudiantes de las escuelas dirigidas por los Jesuitas en Italia y Albania.*

# EDUCAR HOY Y MAÑANA UNA PASIÓN QUE SE RENUEVA *INSTRUMENTUM* *LABORIS* 2014

## PRESENTACIÓN

Los miembros de la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Educación Católica, convocados en el 2011, acogiendo la invitación del papa Benedicto XVI, confiaron al Dicasterio la preparación de los aniversarios del 50.º de la Declaración *Gravissimum educationis* y del 25.º de la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, los cuales se celebraron en el 2015, con motivo de relanzar el empeño de la Iglesia en el campo de la educación.

Dos son las etapas principales que marcaron el camino de preparación: un seminario de estudio con expertos provenientes de todo el mundo, desarrollado en junio de 2012 y la Asamblea Plenaria de los Miembros de la Congregación, reunidos en febrero de 2014.

Las reflexiones maduradas en estos encuentros tienen eco en el presente *Instrumentum la-*

*boris* “Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva”. En dicho Instrumento se subrayan los puntos de referencia esenciales de los dos documentos, las características fundamentales de las escuelas y de las universidades católicas, y se trazan los desafíos a los cuales las instituciones educativas católicas están llamadas a responder con un proyecto propio y específico.

En los años del postconcilio, el Magisterio de los Pontífices ha señalado con insistencia la importancia de la educación en general y la contribución que ella está invitada a ofrecer en medio de la comunidad cristiana. Sobre este argumento, también la Congregación para la Educación Católica ha intervenido con numerosos documentos. Las conmemoraciones del 2015 se convirtieron, entonces, en una oportuna y preciosa ocasión para recoger las indicaciones del Magisterio y trazar las orientaciones para los futuros decenios.



“ El Magisterio de los Pontífices ha señalado con insistencia la importancia de la educación en general y la contribución que ella está invitada a ofrecer en medio de la comunidad cristiana.

El *Instrumentum laboris* se preparó para tal fin. Traducido en varias lenguas, ha sido enviado, en primer lugar, a las Conferencias Episcopales, a las Uniones de los Superiores Generales y a las Uniones Internacionales de las Superiores Generales de las Congregaciones Religiosas, a las asociaciones nacionales e internacionales de docentes, padres, estudiantes y exalumnos, además de aquellas que gestionan, y a las comunidades cristianas para reflexionar sobre la importancia de la educación católica en el contexto de la nueva evangelización. Puede ser utilizado para efectuar una verificación pastoral en este ámbito del empeño de la Iglesia, como también para promover iniciativas de actualización y de formación de aquellos que están comprometidos con las escuelas y con las universidades católicas.

L'*Instrumentum laboris* se puede encontrar *on line* en las direcciones siguientes:

<http://www.educatio.va/content/cec/it/documentazione-e-materiali/documenti-della-congregazione.html>

[http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/ccatheduc/index\\_it.htm](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccatheduc/index_it.htm)

El *Instrumentum laboris* concluye con un cuestionario del cual se invita a todos a responder para aportar —a la Congregación para la Educación Católica— indicaciones, sugerencias y propuestas.

**Card. Zenon Grocholewski**, *Prefecto*  
Ciudad del Vaticano, 7 de abril de 2014



## INTRODUCCIÓN

La cultura actual está atravesando distintas problemáticas que provocan una difundida “emergencia educativa”. Con esta expresión nos referimos a las dificultades de establecer relaciones educativas que, para ser auténticas, tienen que transmitir a las jóvenes generaciones valores y principios vitales, no solo para ayudar a cada persona a crecer y a madurar, sino también para concurrir en la construcción del bien común.

La educación católica, con sus numerosas instituciones escolares y universitarias diseminadas en todo el mundo, ofrece una contribución relevante a las comunidades eclesiales comprometidas en la nueva evangelización, y ayuda a forjar en las personas y en la cultura los valores antropológicos y éticos que son necesarios para edificar una sociedad solidaria y fraterna[1].

### I. PUNTOS DE REFERENCIA ESENCIALES

En el 2015 se celebraron dos aniversarios: el quincuagésimo de la Declaración *Gravissimum educationis*[2], documento sobre la educación emanado por el Concilio Vaticano II el 28 de octubre de 1965 y el vigésimo quinto de la Constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae*[3], sobre la identidad y la misión de la universidad católica, promulgada por Juan Pablo II el 15 de agosto de 1990; ambos documentos, a pesar de tener una naturaleza diferente, constituyen un punto de referencia esencial para la Congregación para la Educación Católica.

Este *Instrumentum laboris* quiere, entonces, ser un documento-guía predispuesto para acompañar las iniciativas de estudio y los acontecimientos eclesiales y culturales de las Iglesias particulares y de las asociaciones. Al mismo tiempo, para estimular la elaboración de nuevos proyectos y de procesos educativos futuros..

### 1. La Declaración *Gravissimum educationis*

La Declaración *Gravissimum educationis* tenía el objetivo de llamar la atención a todos los bautizados sobre la importancia de la cuestión educativa. Tal documento, que ofreció algunas orientaciones de base en orden a los problemas educativos, debe ser contextualizado en el complejo de la enseñanza conciliar, y debe ser leído junto a los demás textos aprobados por el Concilio. La *Gravissimum educationis*, como declara en su introducción, no debe ser vista como la respuesta definitiva a todos los problemas de la educación, sino como un documento que fue entregado a una Comisión especial post-conciliar —convirtiéndose luego en la Oficina para las Escuelas de la Congregación para la Educación Católica— para

[1] “Es necesario recordar que somos hermanos y, por eso mismo, educar y educarse en no considerar al prójimo un enemigo o un adversario al que eliminar”, Francisco, *La Fraternidad, fundamento y camino para la paz, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1º de enero de 2014, n.8.*

[2] Concilio Vaticano II, *Declaración sobre la educación cristiana Gravissimum educationis*, 28 de octubre de 1965.

[3] Juan Pablo II, *Constitución apostólica Ex corde Ecclesiae sobre la Universidades católicas*, 15 de agosto de 1990.

desarrollar ulteriormente los principios de la educación cristiana, así como también, a las Conferencias Episcopales para aplicarlos a las distintas situaciones locales. Entre los numerosos elementos de enlace que la Declaración presenta con los documentos conciliares (referidos a la liturgia, el ministerio de los obispos, el ecumenismo, el rol de los laicos, las comunicaciones sociales...), quizás los más significativos conciernen con las dos Constituciones mayores, *Lumen gentium* (promulgada el 21 de noviembre de 1964) y *Gaudium et spes* (promulgada el 7 de diciembre de 1965). La *Gravissimum educationis* hace algunas referencias a la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, como también la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo *Gaudium et spes*, en el capítulo II de la Parte II, (dedicado a *La promoción del progreso y la cultura*), remite a la *Gravissimum educationis*. Por ello, un examen coordinado de los tres documentos se revela particularmente valioso puesto que ilumina las dos dimensiones que la educación, asumida en una perspectiva de fe, necesariamente debe tener presentes: la dimensión secular y la dimensión teológico-espiritual.

#### a) *Contexto histórico-social y rol de los cristianos*

Desde el tiempo del Concilio, el contexto histórico-social ha cambiado mucho, ya sea a nivel de las visiones del mundo que en las concepciones ético-políticas. Los años 60 fueron un tiempo de una confiada espera, gracias justamente a la convocación del Concilio, además de delinearse una mayor distensión



en las relaciones entre los Estados. Con respecto a esa época, el escenario ha cambiado profundamente. Se ha evidenciado un notable impulso hacia la secularización. El proceso de globalización, cada vez más acentuado, en vez de favorecer la promoción del desarrollo de las personas y una mayor integración entre los pueblos, al contrario parece que limita la libertad de los individuos y agudiza los contrastes entre los distintos modos de concebir la vida personal y colectiva (con posiciones oscilantes entre el más rígido fundamentalismo y el más escéptico relativismo). No menos significativos han sido algunos fenómenos de naturaleza



eminentemente económico-política como el ataque al *Welfare State* y a los derechos sociales, el triunfo del liberalismo con sus nefastas repercusiones a nivel educativo y escolar. No obstante, a pesar de los cambios ocurridos, con respecto a los años 60, no solo no han invalidado el magisterio expresado por el Concilio sobre las temáticas educativas, sino que han puesto en resalto el alcance profético. Ya sea la *Gravissimum educationis*, que la *Gaudium et spes* (nn. 59-60), contienen orientaciones de grande visión del futuro y fecundidad histórica, que pueden servir también para afrontar muchos de los desafíos actuales:

— La afirmación de la disponibilidad de la Iglesia para cumplir una obra de servicio en apoyo a la promoción de las personas y la construcción de una sociedad cada vez más humana.

— El reconocimiento de la instrucción como ‘bien común’.

— La reivindicación del derecho universal a la educación y a la instrucción para todos, que encuentra, además, amplio apoyo en las declaraciones de organismos internacionales como la Unesco (EFA: Education for All).

— El apoyo implícito a todos los hombres y a todas las instituciones internacionales que, combatiendo por tal derecho, se oponen al imperante liberalismo.

— La tesis según la cual la cultura y la educación no pueden estar sometidas al poder económico y a sus lógicas.

— La llamada al deber que tiene la comunidad y cada uno de sostener la participación de la mujer en la vida cultural.

— La delineación de un contexto cultural de “nuevo humanismo” (GS, n. 55), con el cual el Magisterio está en constante diálogo[4].

---

[4] Cf. *Benedicto XVI, Discurso a los participantes del encuentro de rectores y docentes de las universidades europeas sobre “Un nuevo humanismo para Europa. El rol de las Universidades”* (23 de junio de 2007).

### b) Visión teológico-espiritual

La ayuda que el magisterio conciliar ofrece a la dimensión de la educación cristiana no es menos importante, como formación espiritual y teológica del bautizado y su conciencia. El n. 2 de la *Gravissimum educationis* y los nn. 11 y 17 (además de los nn. 35 y 36) de la *Lumen gentium* contienen algunas relevantes perspectivas, de las cuales vale la pena notar:

— La presentación de la educación cristiana como obra de evangelización/misión (*Lumen gentium*, n. 17).

— El énfasis según el cual el perfil educativo fundamental para los bautizados puede ser solo de orden sacramental: debe ser centrado en el bautismo y en la Eucaristía (*Lumen gentium*, n. 11).

— La exigencia que, incluso respetando su especificidad, la educación cristiana proceda junto a la educación humana, para evitar que la vida de fe sea vivida o solo percibida separadamente con respecto a las otras actividades de la vida humana.

— La invitación a asumir la educación cristiana en el contexto de fe de una Iglesia pobre para los pobres (*Lumen gentium*, n. 8), según aquello que, además, resulta ser hoy uno de los puntos fuertes del mensaje eclesial..

## 2. LA CONSTITUCIÓN APOSTÓLICA EX CORDE ECCLESIAE

La *Gravissimum educationis* había dedicado una particular atención a las escuelas y a las universidades católicas, ofreciendo también algunas orientaciones significativas sobre estos puntos. El documento subrayaba que, en particular las universidades, debían estar al servicio de la sociedad y no solo de la Iglesia, y no distinguirse “por su número, sino por el prestigio de la ciencia” (*Gravissimum educationis*, n. 10), ya que mejor vale pocas universidades católicas excelentes que muchas mediocres. En la visión de los padres conciliares la finalidad esencial de una instrucción superior católica era poner a los estudiantes en la condición de asumir con plenitud las responsabilidades culturales, sociales y religiosas que les habrían sido solicitadas. En esta óptica, consideraban necesario que las universidades católicas se esforzaran en promover una auténtica investigación científica.

En 1990, Juan Pablo II promulgaba la Constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae*, dirigida a llamar la atención sobre la importancia de una universidad católica, como instrumento privilegiado para acceder a la verdad sobre la naturaleza, el hombre y Dios y para favorecer un diálogo sincero entre la Iglesia y todos los hombres de cualquier cultura. En línea con la Declaración conciliar, la Constitución confir-



maba que la universidad católica, en cuanto universidad, está llamada a cumplir de modo digno las funciones de investigación, enseñanza y servicio cultural propias de una institución académica y, en cuanto católica, debe a) poseer una inspiración cristiana no solo por parte de cada persona, sino también de la comunidad universitaria considerada como tal; b) promover una incesante reflexión, a la luz de la fe católica, sobre los procesos y las conquistas del estudio y del conocimiento, aportando, por otro lado, la propia original contribución; c) permanecer fiel al mensaje cristiano, tal como fue presentado por la Iglesia; d) ponerse al servicio del pueblo de Dios y de toda la sociedad humana en el esfuerzo por ellos perseguido para acceder a la verdad.

Juan Pablo II invitó, además, a los miembros de la universidad católica a tomar conciencia de las implicaciones éticas y morales de sus investigaciones; a favorecer el diálogo entre las distintas disciplinas para evitar una concepción cerrada y particularista; y a propiciar la elaboración de una visión sintética de las cosas, sin poner en discusión la integridad y las metodologías de la misma disciplina. Una especial relevancia fue dada al diálogo entre los distintos saberes y la teología, en el sentido que esta puede ayudar a las otras disciplinas a profundizar cada una las razones y el significado del propio obrar, así como los otros saberes, estimulando la investigación teológica para confrontarse con los problemas de la vida y realizando una mejor comprensión del

mundo. El Papa consideraba necesario que cada universidad católica tuviera una facultad de teología o, al menos, una cátedra de teología (cfr. *Ex corde Ecclesiae*, n.19).

Si pensamos a la situación de fragmentación en la que hoy se encuentra el saber académico, es evidente que la idea de Juan Pablo II de un centro de estudios superiores que, fiel a su originaria vocación, incentive la confrontación entre los distintos sectores disciplinares, se revelaría de urgente actualidad y podría ofrecer preciosas indicaciones a quien trabaja en el sector de la instrucción superior.

## II. ¿CUÁL ESCUELA Y UNIVERSIDAD CATÓLICA?

A la luz del Magisterio de la Iglesia y frente a las necesidades y a los desafíos de la sociedad de hoy, ¿cómo tienen que ser la escuela y la universidad católica?

Escuela y universidad son lugares de educación a la vida, al desarrollo cultural, a la formación profesional, al compromiso por el bien común; representan una ocasión y una oportunidad para comprender el presente y para imaginar el futuro de la sociedad y de la humanidad. Raíz de la propuesta formativa es el patrimonio espiritual cristiano, en constante diálogo con el patrimonio cultural y las conquistas de la ciencia. Escuelas y universidades católicas son comunidades educativas donde la experiencia de aprendizaje se nutre de la integración de investigación, pensamiento y vida..

### 1. Construir un contexto educativo

La escuela y la universidad católica educan, ante todo, a través del contexto de vida, el clima que los estudiantes y los enseñantes crean en el ambiente que desarrollan las actividades de instrucción y aprendizaje. Tal clima está entretejido por los valores no solo afirmados, sino experimentados en la calidad de las relaciones interpersonales que unen a los enseñantes y los alumnos, y a los alumnos entre ellos, por el cuidado que los profesores ponen con respecto a las necesidades de los estudiantes y a las exigencias de la comunidad local, por el límpido testimonio de vida ofrecido por los enseñantes y todo el personal de las instituciones educativas.

Más allá de la pluralidad de los contextos culturales y de la variedad de las posibilidades educativas y los condicionamientos en los que se obra, hay algunos elementos de calidad que una escuela y una universidad católica tienen que saber expresar:

- el respeto de la dignidad de cada persona y su unicidad (por lo tanto, el rechazo de una educación e instrucción de masa que hacen manipulable la persona humana o la reducen a número);
- el respeto de la dignidad de cada persona y su unicidad (por lo tanto, el rechazo de una educación e instrucción de masa que hacen manipulable la persona humana o la reducen a número);



- la riqueza de oportunidades ofrecidas a los jóvenes para crecer y desarrollar las propias capacidades y dotes;
- una equilibrada atención por los aspectos cognitivos, afectivos, sociales, profesionales, éticos, espirituales;
- el estímulo para que cada alumno pueda desarrollar sus talentos, en un clima de cooperación y solidaridad;
- la promoción de la investigación como compromiso riguroso frente a la verdad, con la

conciencia de los límites del conocimiento humano, pero también con una gran apertura mental y de corazón;

- el respeto de las ideas, la apertura a la confrontación, la capacidad de discutir y colaborar en un espíritu de libertad y atención por la persona.

## 2. Introducir a la investigación

La escuela y la universidad son lugares que introducen a los saberes y a la dimensión de la investigación científica. Una de las principales



responsabilidades de los enseñantes es acercar las jóvenes generaciones al conocimiento y a la comprensión de las conquistas del conocimiento y sus aplicaciones. Pero el compromiso por conocer e investigar no va separado del sentido ético y de lo trascendente. No hay verdadera ciencia que pueda descuidar sus consecuencias éticas y no hay verdadera ciencia que aleje de la trascendencia. Ciencia y eticidad, ciencia y trascendencia no se excluyen recíprocamente, pero se conjugan para una mayor y mejor comprensión del hombre y de la realidad del mundo.

### **3. Hacer de la enseñanza un instrumento de educación**

El “modo” de cómo se aprende pareciera ser hoy más relevante que el “qué” se aprende, como también el modo de enseñar parece más importante que los contenidos de la enseñanza. Una enseñanza que solo promueva el aprender repetitivo, que no favorezca la participación activa de los estudiantes, que no encienda su curiosidad, no es suficientemente desafiante para generar la motivación. Aprender a través de la investigación y la solución de problemas educa

capacidades cognitivas y mentales diferentes, más significativas de aquellas de una simple recepción de informaciones; también estimula a una modalidad de trabajo colaborativo. No va, en cambio, subestimado el valor de los contenidos del aprendizaje. Si no es indiferente el *cómo* un alumno aprende, no lo es tampoco el *qué*. Es importante que los enseñantes sepan seleccionar y proponer a la consideración de los alumnos los elementos esenciales del patrimonio cultural acumulados en el tiempo y el estudio de las grandes cuestiones que la humanidad debió y debe afrontar. De lo contrario, se corre el riesgo de una enseñanza orientada a ofrecer solo lo que hoy se considera *útil*, porque lo requiere una contingente demanda económica o social, pero que se olvida de lo que es para la persona humana *indispensable*.

La enseñanza y el aprendizaje representan los dos términos de una relación que no es solo entre un objeto de estudio y una mente que aprende, sino entre personas. Tal relación no puede basarse en relaciones solo técnicas y profesionales, más bien debe nutrirse de estima recíproca, confianza, respeto, cordialidad. El aprendizaje que se realiza en un contexto donde los sujetos perciben un sentido de pertenencia es muy diferente de un aprendizaje realizado en un entorno de individualismo, de antagonismo o de frialdad recíproca.

#### **4. La centralidad de la persona que aprende**

La escuela, particularmente la universidad, está comprometida para ofrecer a los estu-

diantes una formación que los habilite a entrar en el mundo del trabajo y en la vida social con competencias adecuadas. Sin embargo, por cuanto sea indispensable, no es suficiente. Una buena escuela y una buena universidad se miden también por su capacidad de promover a través de la instrucción un aprendizaje cuidadoso a desarrollar competencias de carácter más general y de nivel más elevado. El aprendizaje no es solo asimilación de contenidos, sino oportunidad de auto-educación, de compromiso por el propio perfeccionamiento y por el bien común, de desarrollo de la creatividad, de deseo de aprendizaje continuo, de apertura hacia los demás. Pero también puede ser una ocasión para abrir el corazón y la mente al misterio y a la maravilla del mundo y de la naturaleza, a la conciencia y a la autoconciencia, a la responsabilidad por la creación, a la inmensidad del Creador.

En particular, la escuela no sería un ambiente de aprendizaje completo, si cuanto el alumno aprende no se convirtiera también en ocasión de servicio a la propia comunidad. Aprender, todavía hoy, está considerado por muchos estudiantes una obligación o una imposición. Es probable que esto dependa también de la incapacidad de la escuela en comunicar a los alumnos, además de los conocimientos, la pasión que es el motor de la investigación. Cuando los estudiantes tienen la oportunidad de experimentar que cuanto aprenden es importante para su vida y para la comunidad a la cual pertenecen, su motivación cambia. Es oportuno que los enseñantes propongan a los estudiantes ocasiones para experimentar la re-

percusión social de cuanto están estudiando, favoreciendo en tal modo el descubrimiento del vínculo entre escuela y vida, y el desarrollo del sentido de responsabilidad y ciudadanía activa.

### 5. La diversidad de la persona que aprende

Los enseñantes están llamados a afrontar un gran desafío educativo, el reconocimiento, respeto, valorización de la diversidad. Las diversidades psicológicas, sociales, culturales, religiosas no deben ser escondidas o negadas, más bien deben ser consideradas como oportunidad y don.

Del mismo modo, las diversidades vinculadas a la presencia de situaciones de particular fragilidad bajo el perfil cognitivo o de la autonomía física, deben ser siempre reconocidas y acogidas, para que no se transformen en desigualdades problemáticas. No es fácil para la escuela y la universidad ser “inclusivas”, abiertas a las diversidades, ser capaces realmente de poder ayudar a quien está en dificultad.

Es necesario que los enseñantes sean disponibles y profesionalmente competentes a conducir clases donde la diversidad es reconocida, aceptada, apreciada como un recurso educativo para el mejoramiento de todos. Quien tiene más dificultades, es más pobre, frágil, necesitado, no tiene que ser percibido como un disturbio o un obstáculo, sino como el más importante de todos, al centro de la atención y de la ternura de la escuela.

### 6. El pluralismo de las instituciones educativas

Las escuelas y las universidades católicas llevan adelante su tarea, que es misión y servicio, en contextos culturales y políticos muy diferentes, en algunos casos viendo reconocida y apreciada su obra, en otros casos teniendo que enfrentar graves dificultades económicas y hostilidad, que algunas veces pueden desembocar en formas de violencia. Las modalidades de la presencia en los distintos Estados y regiones del mundo varía en cada situación, pero las razones de la acción educativa no cambian. Una comunidad escolar que se basa en los valores de la fe católica traduce en su organización y en su currículo la visión personalista propia de la tradición humanístico-cristiana, no en contraposición, sino en diálogo con las otras culturas y religiones.

Es realmente importante que las instituciones educativas católicas sepan dialogar con las otras instituciones escolares presentes en los países donde obran, en una dimensión de escucha y confrontación constructiva, para el bien común.

Hoy tales instituciones difundidas en el mundo son frecuentadas por una mayoría de alumnos que pertenecen a distintas religiones, a distintas nacionalidades y culturas. La característica confesional de ellos no tiene que ser una barrera, al contrario, tiene que ser condición de diálogo intercultural, ayudando a cada alumno a crecer en humanidad, responsabilidad cívica, además del aprendizaje.

## 7. La formación de los enseñantes

La importancia de las tareas educativas de la escuela y la universidad explica cuánto sea crucial el tema de la preparación de los enseñantes, de los dirigentes y de todo el personal que tiene responsabilidad en el campo de la instrucción. La competencia profesional representa la condición para que se pueda manifestar mejor la dimensión educativa de la acogida. A los docentes y a los dirigentes se les pide mucho. Se desea que tengan la capacidad de crear, de inventar y de gestionar ambientes de aprendizaje ricos en oportunidades; se quiere que ellos sean capaces de respetar las diversidades de las 'inteligencias' de los estudiantes

y de conducirlos a un aprendizaje significativo y profundo; se solicita que sepan acompañar a los alumnos hacia objetivos elevados y desafiantes, demostrar elevadas expectativas hacia ellos, participar y relacionar a los estudiantes entre de ellos y con el mundo... Quién enseña tiene que saber perseguir al mismo tiempo muchos objetivos diferentes, saber afrontar situaciones problemáticas que solicitan una elevada profesionalidad y preparación. Para poder responder a tales expectativas es necesario que dichas tareas no se dejen a la responsabilidad individual, sino que se ofrezca un adecuado apoyo a nivel institucional y que a la guía no haya burócratas sino líderes competentes.



### III. LOS DESAFÍOS EDUCATIVOS HOY Y MAÑANA

El corazón de la educación católica es siempre la persona de Jesucristo. Todo lo que sucede en la escuela católica y en la universidad católica debería conducir al encuentro del Cristo vivo. Si examinamos los grandes desafíos educativos que se presentan en el horizonte, tenemos que recordar que Dios se hizo hombre en la historia de los hombres, en nuestra historia.

La escuela y la universidad católica como sujetos de la Iglesia de hoy, son una realidad de presencia, de acogida, de propuesta de fe y acompañamiento espiritual de los jóvenes que lo desean; se abren a todas y a todos, y defienden ya sea la dignidad humana desde la difusión del conocimiento sobre bases sociales y no de mérito.

Tales instituciones son, ante todo, lugares donde la transmisión de los conocimientos es central. Sin embargo, el mismo conocimiento ha sufrido evoluciones importantes para nuestra pedagogía. En efecto, asistimos a una gran diferenciación, privatización y hasta a una expropiación del conocimiento.

La escuela y la universidad son, igualmente, ambientes de vida, donde se dona una educación integral, incluida aquella religiosa. El desafío consistirá en hacer ver a los jóvenes la belleza de la fe en Jesucristo y la libertad del creyente, en un universo multirreligioso. En cada ambiente, acogedor o menos, el educador católico será un testigo creíble.

Los que trabajan con tal fe, con la pasión y la competencia, no pueden ser olvidados; ellos merecen toda nuestra consideración y nuestro incentivo. Tampoco tenemos que olvidar que, en su mayoría, esta misión educativa e implicación profesional están sostenidas principalmente por las mujeres.

En primer lugar, tenemos que reformular la antropología que se encuentra en la base de nuestra visión de educación del siglo XXI. Se trata de una antropología filosófica que tiene que ser una antropología de la verdad. Una antropología social, es decir, donde se concibe el hombre en sus relaciones y en su modo de existir. Una antropología de la memoria y de la promesa. Una antropología que hace referencia al cosmos y que se preocupa por el desarrollo sostenible. Y aún más, una antropología que hace referencia a Dios. La mirada de fe y esperanza, que es su fundamento, escruta la realidad para descubrir en ella el proyecto escondido de Dios. Partiendo así de una reflexión profunda sobre el hombre moderno y nuestro mundo actual, nosotros deberíamos reformular nuestra visión sobre la educación.

Los jóvenes que nosotros educamos se preparan al liderazgo de los años 2050. ¿Cuál será la contribución de la religión a la educación a la paz, al desarrollo, a la fraternidad de la comunidad humana universal? ¿Cómo educaremos a la fe y en la fe? ¿Cómo podemos crear las condiciones preliminares para acoger el don, para educar a la gratitud, a la capacidad de asombrarse, a los interrogantes, para de-



sarrollar el deseo de justicia y de coherencia?  
¿Cómo educaremos a la oración?

La educación necesita una gran alianza entre los padres y todos los educadores para proponer una vida plena, buena, rica en sentido, abierta a Dios, a los demás y al mundo. Esta alianza es aún más necesaria porque la educación es una relación personal. Ella es un proceso que revela los trascendentales de la fe, de la familia, de la Iglesia y de la ética, insistiendo en la dimensión comunitaria.

La educación no es solo conocimiento, es también experiencia. Ella enlaza saber y actuar, establece la unidad de los saberes y busca la

coherencia del saber. Ella comprende el campo afectivo y emocional, también tiene una dimensión ética: saber hacer y saber lo que queremos hacer, osar transformar la sociedad y el mundo, y servir la comunidad.

La educación está basada en la participación. La inteligencia compartida y la interdependencia de las inteligencias, el diálogo, el don de sí mismo, el ejemplo, la cooperación, la reciprocidad son igualmente elementos importantes.

### **1. Los desafíos de la escuela católica**

La educación se encuentra hoy en un contexto de rápidos cambios. También la generación

a la que ella se dirige cambia velozmente, por lo tanto, cada educador se enfrenta continuamente a situaciones que, como afirmó el papa Francisco, “ponen desafíos nuevos que a veces hasta son difíciles de comprender”[5].

En el corazón de los cambios del mundo que estamos llamados a acoger, amar, descifrar y evangelizar, la educación católica tiene que contribuir al descubrimiento del sentido de la vida y hacer nacer nuevas esperanzas para hoy y el futuro.

#### a) *El desafío de la identidad*

Es urgente redefinir la identidad de la escuela católica para el siglo XXI. Para ello puede dar una notable contribución el redescubrimiento de los documentos de la Congregación para la Educación Católica[6], junto a la experiencia acumulada a lo largo del tiempo en la enseñanza católica, ya sea en las escuelas diocesanas que en las de las congregaciones religiosas. Esta experiencia se apoya en tres pilares: la tradición del Evangelio, la autoridad y la libertad.

El educador de nuestros tiempos ve renovada su misión, que tiene como gran objetivo ofrecer a los jóvenes una educación integral y un acompañamiento en el descubrimiento de su libertad personal, don de Dios.

La pobreza espiritual y la disminución del nivel cultural comienzan a pesar, inclusive dentro de las escuelas católicas. En muchos casos registramos un problema de autoridad.

No se trata tanto de una cuestión de disciplina —los padres aprecian mucho las escuelas católicas por su disciplina. ¿Pero los responsables de algunas escuelas católicas tienen todavía una palabra para decir? ¿La autoridad de ellos se basa en las reglas formales o en la autoridad de su testimonio? Si se quiere evitar un progresivo empobrecimiento es necesario que las escuelas católicas sean dirigidas por personas y equipos inspirados en el Evangelio, formadas en la pedagogía cristiana, unidos al proyecto educativo de la escuela católica, y no sometidos a la seducción de lo que está de moda, de lo que viene, por así decir, vendido mejor.

El hecho de que los alumnos de numerosas escuelas católicas pertenezcan a una pluralidad de culturas exige a nuestras institucio-

[5] “Despierten el mundo”. Coloquio del Papa Francisco con los Superiores Generales, en *La Civiltà Cattolica*, n. 3925, 4 de enero de 2014, p.17.

[6] Documentos: *La escuela católica* (1977); *El laico católico testigo de la fe en la escuela*(1982); *Orientaciones educativas sobre el amor humano. Pautas de educación sexual*(1983); *Dimensión religiosa de la educación en la escuela católica* (1988); *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio* (1997); *Las personas consagradas y su misión en la escuela. Reflexiones y orientaciones* (2002); *Educación juntos en la escuela católica. Misión compartida de personas consagradas y fieles laicos* (2007); *Educación al diálogo intercultural en la escuela católica. Vivir juntos para una civilización del amor* (2013). Además se han enviado algunas Cartas circulares: *A las Familias religiosas y a las Sociedades de vida apostólica con responsabilidad de escuelas católicas* (N. 483/96/13 del 15 de octubre de 1996); *A las Conferencias Episcopales sobre la educación sexual en las escuelas católicas* (N. 484/96 del 2 de mayo de 1997); *A las Conferencias Episcopales sobre la enseñanza de la religión en la escuela* (N. 520/2009 del 5 de mayo de 2009).



nes ampliar el anuncio más allá del círculo de los creyentes, no solo con palabras, sino con la fuerza de la coherencia de vida de los educadores. Enseñantes, dirigentes, personal administrativo, toda la comunidad profesional y educativa está llamada a ofrecer, con humildad y cercanía, una propuesta amable de la fe. El modelo es el de Jesús con los discípulos de Emaús: partir de la experiencia de vida de los jóvenes, pero también de aquella de los colegas, ponerse en una disposición de servicio incondicional. En efecto, una de las características distintivas de la escuela católica del mañana como también del pasado, tendrá que permanecer: la educación al servicio y al don gratuito de sí mismo.

#### *b) El desafío de la comunidad educativa*

Frente al individualismo que consume nuestra sociedad, se hace cada vez más importante que la escuela católica sea una verdadera comunidad de vida animada por el Espíritu Santo. El clima familiar, acogedor, de los docentes creyentes, a veces en minoría, junto al compromiso común de todos aquellos que tienen una responsabilidad educativa, de cualquier creencia o convicción que ellos sean, puede hacer superar los momentos de desorientación y desaliento, abriendo una perspectiva de esperanza evangélica. La red compleja de las relaciones interpersonales constituye la fuerza de la escuela cuando expresa el amor a la verdad, por ende, los educadores creyentes deben ser sostenidos para que puedan ser la levadura y la fuerza serena de la comunidad que se construye.

Para que esto sea posible se debe dar una particular atención a la formación y a la selección de los jefes de instituto. Ellos no son solo los responsables de la institución escolar son también el referente frente a su obispo de la preocupación pastoral. Los dirigentes tienen que ser los líderes que hacen vivir la educación como una misión compartida, que acompañan y organizan los docentes, que promueven estímulo y apoyo recíproco.

Otro terreno desafiante para las escuelas católicas es la relación con las familias. Una gran parte de ellas está en crisis y necesita acogida, solidaridad, participación, hasta formación.

Docentes, padres y jefes de instituto forman, juntos a los alumnos, una gran comunidad educativa llamada a cooperar con las instituciones de la Iglesia. La formación continua tiene que concentrarse en la promoción de una comunidad justa y solidaria, sensible con respecto a las necesidades de las personas, capaz de crear mecanismos de solidaridad con los jóvenes y las familias más pobres.

#### *c) El desafío del diálogo*

El mundo, en su pluralidad, espera más que nunca ser orientado hacia los grandes valores del hombre, de la verdad, del bien y de lo bello. Esta es la perspectiva que la escuela católica tiene que asumir con respecto a los jóvenes, a través del diálogo, proponiéndoles una visión del Otro y del otro, que sea abierta, pacífica, fascinante.

En la relación con los jóvenes, a veces, la asimetría crea distancia entre educador y educando. Hoy se aprecia más la circularidad que se establece en la comunicación entre el docente y el alumno, mucho más abierta de un tiempo, mucho más favorable a la escucha recíproca. Este no significa que los adultos deban renunciar a representar un punto de referencia de autoridad; pero es necesario saber distinguir entre una autoridad exclusivamente vinculada a un rol, a una función institucional, de la autoridad que deriva de la credibilidad de un testimonio.

La comunidad escolar es una comunidad que aprende a mejorarse, gracias al diálogo permanente que los educadores tienen entre ellos, que los docentes entretienen con sus alumnos, y que los mismos alumnos experimentan en sus relaciones.

#### *d) El desafío de la sociedad del aprendizaje*

No hay que olvidar que todo el aprendizaje no se realiza solo en la escuela. Al contrario, en el contexto actual, fuertemente caracterizado por la penetración de los nuevos lenguajes tecnológicos y de las nuevas oportunidades de aprendizaje informal, la escuela perdió su antigua primacía formativa. Nuestra época fue definida como la época del conocimiento. Hoy se habla de economía del saber. Por un lado se les solicita a los jóvenes un nivel de aprendizaje y una capacidad de aprender desconocidos en el pasado, por otro lado la escuela se enfrenta con una realidad donde las informaciones son cada vez más ampliamente disponibles, masivas y



no controlables. Se necesita cierta humildad para considerar lo que la escuela puede hacer, en un tiempo como el nuestro, donde las redes sociales son cada vez más importantes, las ocasiones de aprendizaje afuera de la escuela son siempre mayores y más incisivas. Desde el momento que, ya hoy, la escuela no es más el único ambiente de aprendizaje para los jóvenes, ni tampoco el principal, y las comunidades virtuales ganan una relevancia muy significativa, se le presenta a la educación escolar un nuevo desafío: ayudar a los estudiantes a construirse los instrumentos críticos indispensables para no dejarse dominar por la fuerza de los nuevos instrumentos de comunicación.

#### *e) El desafío de la educación integral*

Educar es mucho más que instruir. El hecho que la Unión Europea, la OECD y el Banco Mundial pongan el acento en la razón instrumental y la competitividad, que tengan una concepción puramente funcional de la educación, como si ella tuviera que legitimarse sólo si está al servicio de la economía de mercado y del trabajo; todo esto reduce fuertemente el contenido pedagógico de muchos documentos internacionales, algo que también encontramos en numerosos textos de los ministerios de la educación. La escuela no debería ceder a esta lógica tecnocrática y económica, inclu-

so si se encuentra bajo la presión de poderes externos y está expuesta a intentos de instrumentalización por parte del mercado, y esto vale mucho más para la escuela católica. No se trata de minimizar las solicitudes de la economía o la gravedad de la desocupación, sino de respetar la persona de los estudiantes en su integridad, desarrollando una multiplicidad de competencias que enriquecen la persona humana, la creatividad, la imaginación, la capacidad de asumirse responsabilidades, la capacidad de amar el mundo, de cultivar la justicia y la compasión.

La propuesta de la educación integral, en una sociedad que cambia tan rápidamente, exige una reflexión continua capaz de renovarla y de hacerla cada vez más rica en calidad. Se trata, en todo caso, de una toma de posición clara: la educación que la escuela católica promueve no tiene por objetivo la meritocracia de una elite. Aunque sea importante la búsqueda de la calidad y la excelencia, nunca hay que olvidar que los alumnos tienen necesidades específicas, a menudo viven situaciones difíciles, y merecen una atención pedagógica que responda a sus exigencias. La escuela católica tiene que introducirse en el debate de las instancias mundiales sobre la educación inclusiva y aportar[7], en este ámbito, su experiencia y su visión educativa.

Hay un número creciente de alumnos heridos en su infancia. El fracaso escolar aumenta y solicita una educación preventiva, como también una formación específica para los enseñantes.

Hoy se pide a los sistemas escolares de promover el desarrollo de las competencias, no sólo de transmitir conocimientos. El paradigma de la competencia, interpretado según una visión humanística, va más allá de la adquisición de conocimientos específicos o habilidades. Conciernen todo el desarrollo de los recursos personales del estudiante y crea un vínculo significativo entre la escuela y la vida. Es importante que la educación escolar valore no sólo las competencias relativas a los ámbitos del saber y del saber hacer, sino también aquellas del vivir junto a los demás y del crecer en humanidad. Hay competencias por ejemplo del tipo reflexivo, donde se es autor responsable de los propios actos, intercultural, deliberativa, de la ciudadanía, que aumentan de importancia en el mundo globalizado y nos conciernen directamente, como también las competencias en términos de conciencia, de pensamiento crítico, de acción creadora y transformadora.

#### f) *El desafío de la falta de medios y de recursos*

Las escuelas no subvencionadas por el Estado conocen dificultades financieras en aumento para asegurar el servicio a los más pobres en un momento marcado por una profunda crisis económica y en el cual la elección de nuevas tecnologías es inevitable pero costosa. Todas las escuelas, subvencionadas o no, tienen que

[7] Cf. 48° sesión de la Conferencia internacional sobre la educación de la UNESCO, Ginebra (27-28 de noviembre de 2008); cf. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), n. 186 ss.



afrontar una fractura social en aumento, como consecuencia de la crisis económica. Es cierto que se impone la adopción de una pedagogía diferenciada, que se dirija a todos. Pero esta elección necesita recursos financieros, que la hagan realizable, y recursos humanos, constituidos por enseñantes y dirigentes bien formados. De todos modos no hay dudas de que la apertura misionera hacia las nuevas pobrezas no solo hay que salvaguardar, también hay que estimular ulteriormente.

La “profesión de enseñante” es una vocación que tenemos que animar. Los enseñantes se ven solicitados por tareas cada vez más numerosas. En algunos países es difícil encontrar jefes de instituto. Para algunas materias, es difícil encontrar enseñantes: muchos jóvenes eligen un trabajo dentro de una empresa esperando ser mejor remunerados. Se suma a esto que los docentes no gozan más del aprecio social y que sus tareas se ven recargadas por los deberes administrativos cada vez más numerosos. Eso conduce a algunos jefes de instituto a estimular la disponibilidad y el servicio voluntario. Uno de los desafíos será motivar y animar a los voluntarios en su don incondicional.

#### *g) Desafíos pastorales*

Una parte creciente de los jóvenes se está distanciando de la Iglesia institucional. La ignorancia o el analfabetismo religioso crecen. Una educación católica es una misión contracorriente. ¿Cómo educar a la libertad de conciencia, tomando posición frente a un campo

inmenso de convicciones y valores de una sociedad globalizada?

En las escuelas católicas de muchos países faltan las orientaciones pastorales adecuadas para el clima multirreligioso en el cual están llamadas a evangelizar.

Con respecto a los educadores, nos encontramos frente al hecho de que la “desculturación” limita el conocimiento de ellos sobre las herencias culturales. El fácil acceso a las informaciones hoy abundantemente disponibles, no acompañado de una conciencia crítica en su selección, está favoreciendo una notable superficialidad ya sea entre los estudiantes que entre muchos docentes, un empobrecimiento no solo de la razón, sino también de la propia capacidad de imaginación, de pensamiento creativo.

El número de educadores y enseñantes creyentes disminuye, eso hace más raro el testimonio. ¿Cómo hacer nacer el vínculo con la persona de Cristo en esta nueva situación escolar?

En algunas Conferencias Episcopales la enseñanza católica no ha sido considerada entre las prioridades pastorales. Solo cuando la crisis alcanza a las parroquias que dichas Conferencias reconocen que la escuela católica, a menudo, es el único punto donde los jóvenes encuentran mensajeros de la Buena Nueva. En muchos casos, esta escuela se ha convertido en una escuela abierta al pluralismo cultural y religioso, y en algunos países, ahora faltan sacerdotes, religiosos y religiosas. Se trata

de una situación inédita, que solicita la presencia de laicos comprometidos, preparados, disponibles a un empeño muy exigente. Esta conciencia condujo, en muchos casos, a los laicos católicos a organizarse entre ellos, pero a menudo, junto a su compromiso, se encuentra una desconfianza hacia la Iglesia institucional, que se desinteresó de la escuela católica. Uno de los grandes desafíos será, por lo tanto, para algunas Conferencias Episcopales, redefinir con urgencia las relaciones con los laicos, en la perspectiva de un servicio del anuncio



del Evangelio. Es urgente que los obispos redescubran como, entre las modalidades de la evangelización, un puesto importante es la formación religiosa de las nuevas generaciones, y la escuela es un instrumento precioso de este servicio.

#### *h) El desafío de la formación religiosa de los jóvenes*

En algunos países, los cursos de religión católica están amenazados, corren el riesgo de



desaparecer del curso de estudios. Ya que tales cursos están bajo la competencia de los obispos, urge recordar la importancia de no descuidar tal enseñanza, que sin duda alguna debe ser continuamente renovada.

El curso de religión presupone un profundo conocimiento de las reales exigencias de los jóvenes, porque será este el conocimiento que representará la base sobre la cual construir el anuncio, si bien debe ser conocida y respetada la diferencia entre el “saber” y el “creer”.

Ya que en muchos países la población de las escuelas católicas está caracterizada por la multiplicidad de las culturas y las creencias, la formación religiosa en las escuelas tiene que partir de la conciencia del pluralismo existente y saber actualizarse constantemente. El panorama es muy diferente y las modalidades de presencia no pueden ser las mismas. En algunas realidades el curso de religión podrá constituir el espacio del primer anuncio; en otras situaciones, los educadores ofrecerán experiencias de interioridad, de oración, de preparación a los sacramentos para los estudiantes, y los invitarán a comprometerse en los movimientos juveniles o en un servicio social acompañado.

Ante las instancias internacionales que se ocupan cada vez más de temas religiosos, será importante que las Conferencias Episcopales sepan formular sus propuestas de cursos capaces de proporcionar un conocimiento y aprendizaje crítico de todas las religiones presentes en nuestra sociedad. Y que sepan distinguir

con claridad la especificidad de los cursos de religión y aquellos de educación a la ciudadanía responsable. De lo contrario, ¿serán los Gobiernos que harán sus propuestas, sin la contribución de la visión cristiana y católica en los currículos escolares, en vista de la formación del ciudadano libre, capaz de ser solidario, compasivo, responsable hacia la comprensión y los interrogantes humanos?

*i) Los desafíos específicos para una sociedad multireligiosa y multicultural*

El multiculturalismo y la multirreligiosidad de los estudiantes que frecuentan las escuelas católicas, interpelan a todos los responsables del servicio educativo. Cuando la identidad de las escuelas se debilita, emergen numerosos problemas, relacionados con la incapacidad de interactuar con estos nuevos fenómenos. La respuesta no puede ser refugiarse en la indiferencia, tampoco adoptar un tipo de fundamentalismo cristiano, menos todavía declarar la escuela católica como una escuela de valores 'genéricos'.

Uno de los desafíos más importantes, será pues, favorecer en los enseñantes una gran apertura cultural y, al mismo tiempo, una similar disponibilidad al testimonio, para que sepan trabajar conscientes y atentos del contexto que caracteriza la escuela y, sin tibiezas ni integrismo, enseñar lo que saben y testimoniar lo que creen. Para que sepan interpretar así su profesión, es importante que sean formados al diálogo entre fe y cultura y al diálogo interreligioso. No podría existir un verdadero diálogo si los mismos profesores no son for-

mados y acompañados en la profundización de su fe, de sus convicciones personales.

Una oportunidad que no hay que subestimar, para los alumnos que aprenden en contextos tan pluralistas, es la de promover la colaboración de los estudiantes de distintas convicciones religiosas, en iniciativas de servicio social. ¿No sería deseable, al menos como condición mínima, que todas las escuelas católicas propusieran a sus jóvenes estudiantes, la experiencia de un servicio social, acompañado por sus profesores o eventualmente por sus padres?

*j) El desafío de la formación permanente de los enseñantes*

En un contexto cultural de este tipo, la formación de los enseñantes es determinante y solicita rigor y profundización, sin los cuales la enseñanza sería considerada poco creíble, poco confiable y por lo tanto innecesaria. Tal formación es urgente, si queremos poder contar, en un futuro, con enseñantes comprometidos y preocupados por la identidad evangélica del Proyecto Educativo y de su realización. En efecto, no es deseable que en las escuelas católicas exista "una doble población" de enseñantes; se necesita, en cambio, que trabaje un cuerpo docente homogéneo, disponible a aceptar y a compartir una definida identidad evangélica y un coherente estilo de vida.

*k) Los lugares y los recursos de esta formación*

¿Quién puede garantizar este tipo de formación? ¿Se pueden localizar algunos lugares de-

dicados a esta tarea? ¿Dónde podemos encontrar formadores para este tipo de enseñantes?

Presentamos algunas posibles sugerencias:

— la estructura nacional y su oficina nacional;

— la estructura diocesana: los vicarios o los directorios diocesanos para la enseñanza en colaboración o en asociación con institutos de formación. Se debería reflexionar sobre la posibilidad de agrupar en una única estructura diocesana la formación de los laicos con cargos eclesiales y la formación de los enseñantes de religión. Si bien esta elección responde a una política de fortalecimiento de la identidad, pero deja abierto un interrogante no sim-

ple: ¿cómo adaptar una formación de este tipo a las exigencias presentes en el contexto de aprendizaje escolar? No se debe olvidar que los enseñantes tienen una específica dimensión profesional, con características peculiares que la formación debería tener en cuenta;

— las congregaciones religiosas;

— las universidades o los institutos católicos;

— las parroquias, los decanatos o los monasterios como centros para retiros y acompañamiento espiritual de los educadores;

— los network, la formación a distancia.



### l) Algunos desafíos de orden jurídico

Existe una fuerte tendencia por parte de algunos Gobiernos a marginar la escuela católica a través de una serie de reglas y leyes que a veces pisotean la libertad pedagógica de las escuelas católicas. En algunos casos los Gobiernos esconden su adversidad con el hecho de que cuentan con recursos insuficientes. En estas situaciones la existencia de las escuelas católicas no está garantizada.

Otra amenaza, que podría emerger nuevamente, se refiere a las reglas de la no discriminación. Bajo la cobertura de una discutible 'laicidad' se esconde la aversión hacia una educación explícitamente orientada a los valores religiosos, que debe ser reconducida a la esfera de la 'vida privada'.

## 2. Los desafíos de la educación superior católica

¿Los desafíos relativos a la educación superior católica, la educación universitaria, son completamente diferentes de aquellos encontrados en la escuela católica, en los distintos niveles primarios y secundarios? En la mayor parte coinciden con los desafíos mencionados anteriormente. También para las universidades, en efecto, se debe reconocer que las cuestiones fundamentales que debe confrontar hoy el mundo de la educación están principalmente vinculadas, en un modo o en otro, a los nuevos contextos culturales, hasta sociológicos, en las que viven nuestras sociedades y de donde provienen los estudiantes que son

acogidos en los distintos ambientes de la enseñanza católica.

Existen diversidades sistémicas y estructurales que se refieren a las diferencias entre las instituciones de la educación superior en términos de dimensiones, fundamentos históricos y legislativos, así como en términos de distintas modalidades de *governance* (gestión de gobierno). Hay, también, diversidades programáticas y de procedimiento, en los niveles formativos, en la investigación y en las modalidades que se desarrollan las actividades. Hay, por fin, diversidad de estatus y prestigio asociado a cada institución, como también diversidad en la tipología de estudiantes y personal académico.

Los procesos de diferenciación deben ser vistos como respuesta a los cambios y a los desafíos que han interesado a los sistemas de instrucción superior en los últimos treinta años. En tal período se pasó de una universidad de élite a una de "acceso generalizado", y aumentó fuertemente el pedido que la universidad responda a la exigencia social y sea factor de desarrollo económico. Por todos lados, el desafío que deriva de estas tendencias pone problemas comunes, es decir: ¿cómo conciliar estos cambios que conciernen el rol de la universidad con los valores que han caracterizado la tradición universitaria? ¿Cómo reafirmar la centralidad de la investigación científica y la formación del capital humano a elevada cualificación, teniendo presente que para responder a la exigencia social las universidades tienen que convertirse en lugar no solamente de elaboración sino también de circulación del



conocimiento, instrumentos de crecimiento económico y no solo cultural y civil?

La respuesta de los Gobiernos a tales cuestiones fue diferenciar los sistemas a nivel de currículo y títulos académicos o bien, creando nuevas funciones dentro de las instituciones, como también articulando los sistemas de instrucción superior en función de las exigencias cada vez más complejas del mercado del trabajo.

Ante estos procesos de cambio todavía en marcha, es natural la reconsideración de los objetivos y de las funciones de las mismas

universidades, quienes junto a las funciones puramente científicas, de investigación y de didáctica ven al lado también la función de servicio al territorio, convirtiéndose en un punto de referencia o un tipo de agencia de análisis que apoya a los que toman las decisiones socio-político-económicas.

Estos cambios hacen necesario redefinir la idea de universidad. También la educación superior católica no puede eximirse de este esfuerzo y en tal contexto, está llamada a precisar mejor la propia identidad y las propias tareas específicas, académicas y científicas..

### a) Internacionalización de los estudios universitarios

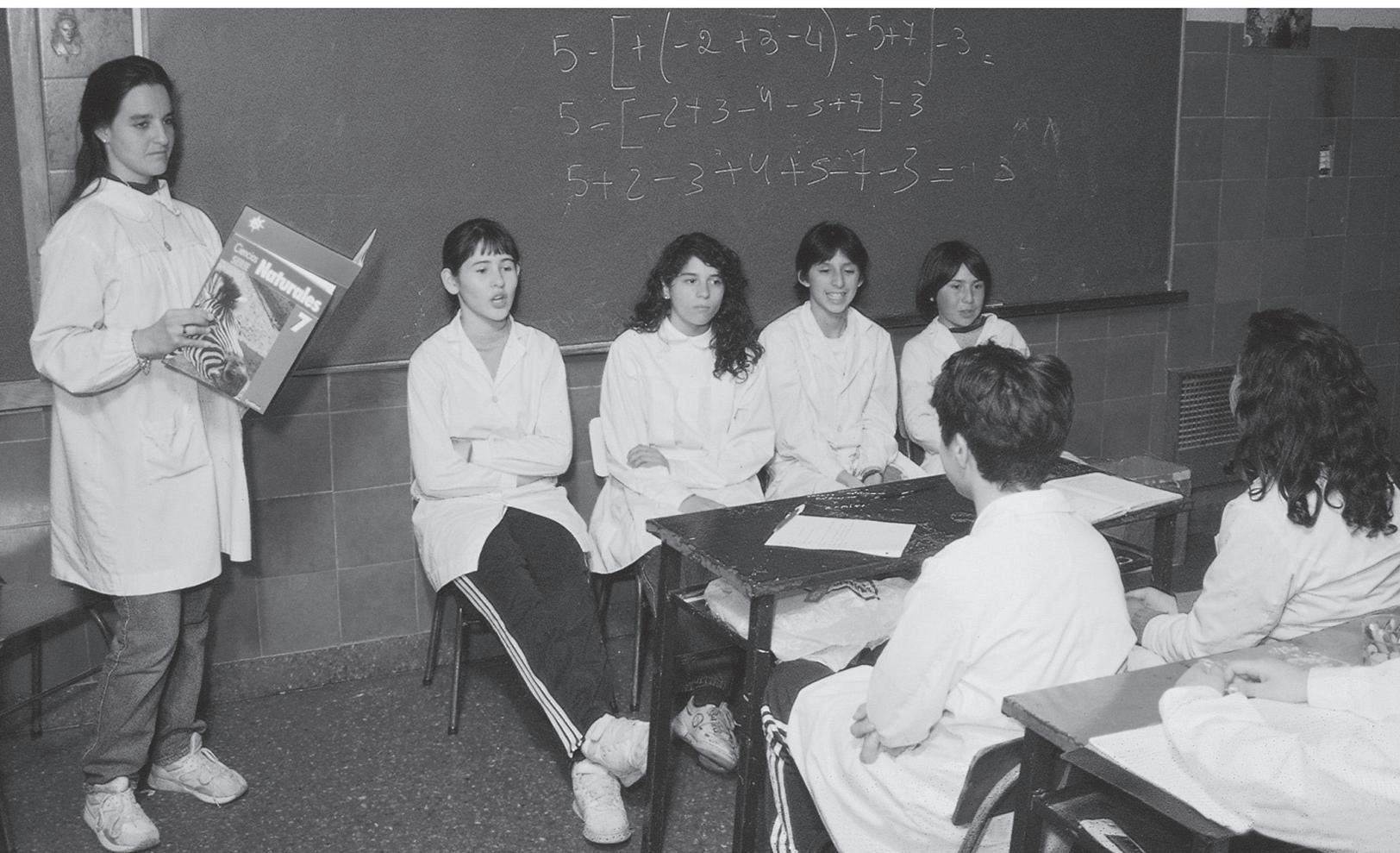
En los años recientes se fue acentuando cada vez más la dimensión internacional de la instrucción superior, con acuerdos entre países o universidades, respaldada por instrumentos y programas creados por los organismos internacionales a nivel de los distintos continentes o a nivel mundial. Las experiencias realizadas en este campo están caracterizadas por diferentes aspectos, como: una más amplia oferta formativa, el creciente número de estudiantes procedentes de otros países, la innovación de las metodologías didácticas, de los procedimientos de gestión de los procesos formativos y de la investigación. Los cursos de licenciatura conjuntos entre distintas universidades son un eficaz instrumento de internacionalización ya que permiten el intercambio de ideas y experiencias, favorece el encuentro de personas (estudiantes, docentes, investigadores, personal administrativo) procedentes de culturas y tradiciones diferentes, permiten desarrollar las experiencias aplicadas de universidades con diferentes misiones, visiones y perfiles. Este es un fenómeno nuevo en aumento que pone a las instituciones no pocos interrogantes con respecto a la acogida, los métodos de enseñanza, el aprendizaje y la investigación.

### b) La utilización de los recursos online en los estudios universitarios

En la sociedad contemporánea se hace una utilización intensa y omnipresente de las aplicaciones de red en la gestión personal del

conocimiento. En los últimos años el tema de la competencia digital, en sus diferentes aspectos, fue objeto de atención creciente. En varios documentos y comunicaciones, los organismos internacionales han subrayado la relevancia de esta competencia en el ámbito del *Lifelong Learning* (formación permanente) y de la participación a la llamada “sociedad de la información”. ¿Pero qué quiere decir ser una persona culta o, simplemente, instruida en el siglo XXI? La cuestión va más allá del preparar al futuro a los jóvenes del mañana para trabajos y desafíos que todavía no existen, sino que concierne el ser ciudadanos conscientes, independientemente del haber nacido o vivido digitales, y plenamente autónomos en el acceso y empleo de los recursos, contenidos, relaciones, instrumentos y potencialidad de la sociedad digital. En esta perspectiva, asumen notable relieve las competencias necesarias para gestionar y enriquecer el propio conocimiento de manera autónoma utilizando recursos *on line* y *off line*. Este conjunto de competencias, designado con la locución *Personal Knowledge Management*, asociado a los conceptos de aprendizaje personal o de red de aprendizaje personal, debería ayudar a cada persona a poder seleccionar y evaluar autónomamente las propias fuentes de información, a buscar datos *on line*, a saberlos archivar, reelaborar, transmitir y compartir.

Junto a estas competencias son necesarias otras, como por ejemplo: la *connectedness* (sentido de red), que implica no solo aspectos tecnológicos, sino también habilidades comunicativas, relacionales y de gestión de la propia



identidad en un contexto de comunicación global; la *critical ability* o bien el acercamiento crítico a la red, que se refiere a la habilidad de saber usar el network como base de recursos, finalizándolas al contexto del uso; la creatividad o bien el desarrollo de aptitudes *creativity* para el *Lifelong Learning* para poder beneficiarse con las experiencias formativas que entrecruzan momentos de aprendizaje formal con situaciones de aprendizaje informal.

### c) *Universidad, empresa y mundo del trabajo*

Uno de los problemas fundamentales de hoy es la falta de trabajo. ¿Cuáles oportunidades

puede ofrecer el mundo de la universidad a un futuro empresarial y al trabajo? Es necesario crear ocasiones que permitan encontrarse el mundo de las empresas, el de las distintas profesiones y el universitario, ofreciendo pistas de reflexión y oportunidades para los jóvenes que desean confrontarse con los distintos sistemas del 'start up', para experimentar las propias ideas y capacidades. Los estudiantes universitarios necesitan conocer con tiempo las distintas posibilidades en el mundo del trabajo, participando en proyectos y concursos, y teniendo acceso a becas de especialización. En tal perspectiva son de capital importancia las actividades de orientación en las escuelas

secundarias superiores y el acompañamiento en el período de los estudios universitarios.

Frente a los problemas del trabajo, de la desocupación y de la preparación de los futuros líderes de quienes también la educación superior tiene que hacerse cargo, es necesario recordar que la universidad, como dice la *Ex corde Ecclesiae*, tiene la misión fundamental de ponerse con confianza al servicio “de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad” (n. 30). La universidad católica contribuye a esta misión con su finalidad de ministerio de esperanza al servicio de los demás, formando personas dotadas de sentido de justicia y profunda preocupación por el bien común, educando a tener particular atención por los pobres, los oprimidos y tratando de enseñar a los estudiantes a ser ciudadanos globales responsables y activos.

#### d) *La calidad de las instituciones académicas*

Uno de los objetivos donde se concentró la atención a nivel internacional, en los distintos países y en las mismas instituciones, es garantizar la calidad de los propios sistemas académicos, localizando precisos criterios e instrumentos de evaluación para valorizar la responsabilidad y la transparencia de cada institución. Se trata de un objetivo plenamente acogido y compartido por todos, por el cual en muchos casos se establecen acuerdos entre realidades especializadas, a nivel nacional e internacional, para localizar y compartir indicadores de medición que no se limiten a evaluar



datos externos estadísticos y procedimientos, sino que consideren también la finalidad y los contenidos de la educación superior, encuadrándolos en un horizonte de valores.

Promover la calidad de un centro académico católico significa evidenciar el valor de las actividades desarrolladas, consolidar sus aspectos positivos y, donde sea necesario, mejorar aquellos carentes. Esta actividad de monitoreo y evaluación hoy es indispensable y desarrolla dos funciones fundamentales: ante todo una función pública, es decir hacer confiable y transparente el sistema de estudios, favoreciendo su conocimiento y una sana emulación entre distintas sedes de enseñanza; en segundo lugar, una función interior, dirigida a



ayudar a los actores del sistema a alcanzar los objetivos institucionales y a reflexionar sobre el resultado de su actividad para mejorarla y desarrollarla.

#### e) *La governance*

Las transformaciones ilustradas también conciernen la universidad católica como *institución* y su *governance*. Ella en cuanto realidad “imparcial” (es decir, no sometida a lógicas apartes) y no vinculada a la “soberanía popular” (ya que quien gobierna la universidad no es un representante del pueblo) puede ser vista bajo distintos aspectos, como: las condiciones de acceso a los estudiantes, las fuentes y los mecanismos de financiación, el grado de auto-

nomía, su rol en la sociedad moderna y la impostación de gobierno en cuanto institución académica.

¿En qué consiste la autonomía de las universidades? En muchos países el Estado tiene un peso relevante frente al cual las instituciones necesitan poder actuar con libertad para alcanzar sus objetivos académicos, sin ser condicionadas por la intervención financiera pública (que según los distintos países puede ser una cobertura total o prevalente).

Hoy los Estados, justamente porque financian las instituciones universitarias, están presentes en ellas ejerciendo un “control a distancia”, definiendo objetivos, instrumentos de evaluación e implicando de modo más consistente a las mismas universidades en la responsabilidad y sostenibilidad financiera.

Mientras se subraya la autonomía, las universidades están cada vez más solicitadas a satisfacer las exigencias del territorio de referencia, ofreciendo cursos de estudio, según la lógica del *lifelong learning*, a favorecer el progreso económico-social, a estar al servicio de la comunidad para respaldar los *decision-makers* públicos y privados. Esta creciente heterogeneidad de funciones que la universidad está desarrollando bajo la presión social, condujo a muchos países a prever distintos modelos organizativos de estudios superiores caracterizados, por un lado, de mayor autonomía y libertad académica y por el otro, por el incremento de responsabilidad hacia el Estado y hacia los *stakeholders* en general.

f) *El desafío del cambio y la identidad católica de la universidad*

La educación tiene que encaminar al estudiante a encontrar la realidad, a insertarse con conciencia y responsabilidad en el mundo y, para que esta sea posible, la adquisición del saber siempre es necesaria. Sin embargo, más que la información y el conocimiento, la *transformación* de la persona es el verdadero resultado esperado. En este sentido, la motivación no es solo una condición preliminar, ella se construye, es un resultado.

La instrucción superior católica se propone formar hombres y mujeres capaces de pensamiento crítico, dotados de elevada profesionalidad, pero también de una humanidad rica y orientada a poner la propia competencia al servicio del bien común. “Si es necesario, la Universidad Católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública, pero que son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad” (*Ex corde Ecclesiae*, n. 32). Investigación, enseñanza y distintas formas de servicios conformes a su misión cultural son las dimensiones fundamentales hacia las cuales dirigir la formación universitaria, dimensiones que tienen que dialogar entre ellas. La contribución de la educación católica alimenta el doble crecimiento, en ciencia y en humanidad. En una universidad católica la inspiración cristiana impregna la misma vida de la comunidad universitaria, alimenta el compromiso por la investigación, dándole una dirección a su sentido y sostiene la tarea de

la formación de los jóvenes, a quienes se les puede ofrecer un horizonte más amplio y significativo de aquel constituido por las legítimas expectativas profesionales.

Los docentes de las universidades católicas están llamados a ofrecer una original contribución para superar la fragmentación de los saberes disciplinares, favoreciendo el diálogo entre estos distintos puntos de vista especializados, buscando una reconstitución unitaria del saber, siempre aproximativa y en devenir, pero orientada por la conciencia del sentido unitario de las cosas. En este diálogo la teología ofrece una aportación esencial.

## CONCLUSIÓN

Hoy existe una particular atención por verificar los resultados de los procesos de aprendizaje de los estudiantes. Los estudios internacionales elaboran clasificaciones, comparan los países. La opinión pública es sensible a estos mensajes. La transparencia de los resultados, la costumbre de dar cuentas a la sociedad, el empuje a la mejoría de los estándares alcanzados son aspectos que denotan la tendencia hacia el aumento de la calidad de la oferta formativa. Sin embargo es importante no perder de vista un aspecto fundamental de la educación, dado por el respeto de los tiempos de las personas y por la conciencia que los verdaderos cambios solicitan tiempos no breves. La educación vive la metáfora del buen sembrador que se preocupa por sembrar, no siempre con la posibilidad de ver los resultados de su

obrar. Educar es actuar con esperanza y con confianza. La acción educativa y la enseñanza tienen que preocuparse por mejorarse continuamente y verificar la eficacia de los instrumentos, pero con la conciencia de no poder ver ni constatar todos los resultados deseados.

La formación de una persona se desarrolla en un proceso realizado durante años, por muchos educadores, comenzando por los padres. La experiencia escolar se sitúa en continuidad con un proceso de crecimiento ya encaminado, que puede ser positivo y rico, pero también problemático o limitante, y que en todo caso debe ser considerado. La educación católica se coloca en un momento de la historia personal, y es más eficaz cuanto más sabe conectarse con esta historia, sabe construir alianzas, compartir responsabilidad, construir comunidades que educan. Al interior de una dimensión de colaboración educativa, la enseñanza no es solo un proceso de transmisión de conocimientos o adiestramiento sino una guía al descubrimiento de los propios talentos, al desarrollo de la competencia profesional, a la asunción de importantes responsabilidades ya sean intelectuales, sociales o políticas en la comunidad. Aún más, enseñar es acompañar a los jóvenes en la búsqueda de la verdad, de la belleza, de lo que es justo y bueno. La eficacia de la acción colectiva del personal docente y no docente está dada por tener una visión de valores compartidos y ser una comunidad que *aprende*, no solo que *enseña*.

Los desafíos para la escuela y la universidad católica del futuro son inmensos. Sin embar-

go, las palabras del papa Francisco son de gran ánimo para renovar la pasión educativa: “No os desalentéis ante las dificultades que presenta el desafío educativo. Educar no es una profesión, sino una actitud, un modo de ser; para educar es necesario salir de uno mismo y estar en medio de los jóvenes, acompañarles en las etapas de su crecimiento poniéndose a su lado. Donadles esperanza, optimismo para su camino por el mundo. Enseñad a ver la belleza y la bondad de la creación y del hombre, que conserva siempre la impronta del Creador. Pero sobre todo sed testigos con vuestra vida de aquello que transmitís. Un educador [...] con sus palabras transmite conocimientos, valores, pero será incisivo en los muchachos si acompaña las palabras con su testimonio, con su coherencia de vida. Sin coherencia no es posible educar. Todos sois educadores, en este campo no se delega. Entonces, es esencial, y se ha de favorecer y alimentar, la colaboración con espíritu de unidad y de comunidad entre los diversos componentes educativos. El colegio puede y debe ser catalizador, lugar de encuentro y de convergencia de toda la comunidad educativa con el único objetivo de formar, ayudar a crecer como personas maduras, sencillas, competentes y honestas, que sepan amar con fidelidad, que sepan vivir la vida como respuesta a la vocación de Dios y la futura profesión como servicio a la sociedad”[8].

---

[8] Francisco, *Discurso a los estudiantes de las escuelas de los jesuitas de Italia y Albania* (7 de junio de 2013).

# EDUCAR AL HUMANISMO SOLIDARIO

## PARA CONSTRUIR UNA CIVILIZACIÓN DEL AMOR 50 AÑOS DESPUÉS DE LA *POPULORUM PROGRESSIO*

### INTRODUCCIÓN

Hace cincuenta años, con la encíclica *Populorum progressio*, la Iglesia anunciaba a los hombres y a las mujeres de buena voluntad el carácter mundial que la cuestión social había asumido[1]. Dicho anuncio no se limitaba a sugerir una mirada más amplia, capaz de abarcar porciones cada vez más grandes de humanidad, sino que ofrecía un nuevo modelo ético-social. En ella se debía trabajar por la paz, la justicia y la solidaridad, con una visión que supiera comprender el horizonte mundial de las opciones sociales. Los presupuestos de esta nueva visión ética surgieron unos años antes, en el Concilio Vaticano II, con la formulación del principio de interdependencia planetaria y del destino común de todos los

pueblos de la Tierra[2]. En los años sucesivos, la validez explicativa de tales principios encontró numerosas confirmaciones. El hombre contemporáneo experimentó en muchas ocasiones que lo que ocurre en una parte del mundo puede afectar a otras, y que nadie puede —*a priori*— sentirse seguro en un mundo donde existe sufrimiento o miseria. Si en aquel momento se intuía la necesidad de ocuparse del bien de los demás como si fuera el propio, hoy tal recomendación asume una clara prio-

[1] Pablo VI, Carta encíclica *Populorum progressio* (26 de marzo de 1967), 3.

[2] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución pastoral Gaudium et spes sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo* (28 de octubre de 1965), 4-5.



“La sabiduría que emana de sus enseñanzas continúa a guiar aún hoy el pensamiento y la acción de quienes quieren construir la civilización del humanismo pleno.

ridad en la agenda política de los sistemas civiles[3].

2 La *Populorum progressio*, en este sentido, puede ser considerada como el documento programático de la misión de la Iglesia en la era de la globalización[4]. La sabiduría que emana de sus enseñanzas continúa a guiar aún hoy el pensamiento y la acción de quienes quieren construir la civilización del «humanismo pleno»[5] ofreciendo —en el cauce del principio de subsidiariedad— “modelos practicables de integración social” surgidos del ventajoso encuentro entre “la dimensión individual y la comunitaria” [6]. Esta integración expresa los objetivos de la “Iglesia en salida”, que “acorta las distancias, se rebaja hasta la humillación si fuera necesario (...), acompaña la humanidad en todos sus procesos, por duros o prolongados que sean”[7].

Los contenidos de este humanismo solidario tienen necesidad de ser vividos y testimoniados, formulados y transmitidos[8] en un mundo marcado por múltiples diferencias culturales, atravesado por heterogéneas visiones del bien y de la vida y caracterizado por la convivencia de diferentes creencias. Para hacer posible este proceso —como afirma el papa Francisco en la encíclica *Laudato si'*— “es necesario tener presente que los modelos de pensamiento influyen realmente sobre los comportamientos. La educación será ineficaz y sus esfuerzos serán estériles si no se preocupa además por difundir un nuevo modelo respecto al ser humano, a la vida, a la sociedad y a las relaciones con la naturaleza”[9].

Con el presente documento la Congregación para la Educación Católica entiende proponer las líneas principales de una educación al humanismo solidario.

## 1. Escenarios actuales

3 El mundo contemporáneo, multifacético y en constante transformación, atraviesa múltiples crisis. Estas son de distintas naturalezas: crisis económicas, financieras, laborales; crisis políticas, democráticas, de participación; crisis ambientales y naturales; crisis demográficas y migratorias, etc. Los fenómenos producidos por dichas crisis revelan cotidianamente su carácter dramático. La paz está constantemente

[3] Pontificio Consejo Justicia y Paz, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia* (2004), 167.

[4] También por ello, la *Populorum progressio* a menudo fue comparada, por el alcance de su discurso social, con la *Rerum novarum* de León XIII: cf. Juan Pablo II, *Carta encíclica Sollicitudo rei socialis* (30 de diciembre de 1987), 2-3; Benedicto XVI, *Carta encíclica Caritas in veritate* (29 de junio de 2009), 8.

[5] *Populorum progressio*, 42.

[6] Cf. Papa Francisco, *Discurso a los Participantes al Congreso promovido por el Dicasterio para el Servicio al Desarrollo Humano Integral en el 50.º aniversario de la “Populorum Progressio”*, 4 de abril de 2017.

[7] Papa Francisco, *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium* (24 noviembre 2013), 24.

[8] “El amor en la verdad —*Caritas in veritate*— es un gran desafío para la Iglesia en un mundo en progresiva y penetrante globalización. El riesgo de nuestro tiempo es que la interdependencia de hecho entre los hombres y los pueblos no corresponda a la interacción ética de las conciencias y de las inteligencias, de la cual pueda emerger como resultado un desarrollo verdaderamente humano”. Benedicto XVI, *Carta encíclica Caritas in veritate* (29 junio 2009), 9.

[9] Papa Francisco, *Carta encíclica sobre el cuidado de la casa común Laudato si'* (24 de mayo de 2015), 215.

amenazada y, junto a las guerras tradicionales que combaten los ejércitos regulares, se difunde la inseguridad generada por el terrorismo internacional, bajo cuyos golpes se producen sentimientos de recíproca desconfianza y odio, favoreciendo el desarrollo de sentimientos populistas, demagógicos, corriendo el riesgo de agravar los problemas y fomentando la radicalización del enfrentamiento entre culturas diferentes. Guerras, conflictos y terrorismo son a veces la causa, a veces el efecto, de las inequi-

dades económicas y de la injusta distribución de los bienes de la creación.

**4** Estas inequidades generan pobreza, desempleo y explotación. Las estadísticas de las organizaciones internacionales muestran las connotaciones de la emergencia humanitaria en acto, que se refiere también al futuro, si medimos los efectos del subdesarrollo y de las migraciones en las jóvenes generaciones. Tampoco se encuentran exentas de tales pe-



ligros las sociedades industrializadas, donde aumentaron las áreas de marginalidad[10]. De particular importancia es el complejo fenómeno de las migraciones, extendido en todo el planeta, a partir del cual se generan encuentros y enfrentamientos de civilizaciones, acogidas solidarias y populismos intolerantes e intransigentes. Nos encontramos ante un proceso oportunamente definido como un cambio epocal[11]. Este pone en evidencia un humanismo decadente, a menudo fundado sobre el paradigma de la indiferencia.

5 La lista de problemas podría ser más larga, pero no debemos olvidarnos de las oportunidades positivas que presenta el mundo actual. La globalización de las relaciones es también la globalización de la solidaridad. Hemos tenido muchos ejemplos en ocasión de las grandes tragedias humanitarias causadas por la guerra o por desastres naturales: cadenas de solidaridad, iniciativas asistenciales y caritativas donde han participado ciudadanos de todas partes del mundo. Del mismo modo, en los últimos años han surgido iniciativas sociales, movimientos y asociaciones, a favor de una globalización más equitativa cuidadosa de las necesidades de los pueblos con dificultades económicas.

Quienes instauran muchas de estas iniciativas —y participan en ellas— son frecuentemente ciudadanos de las naciones más ricas que, pudiendo disfrutar de los beneficios de las desigualdades, luchan a menudo por los principios de justicia social con gratuidad y determinación.



6 Es paradójico que el hombre contemporáneo haya alcanzado metas importantes en el conocimiento de las fuerzas de la naturaleza, de la ciencia y de la técnica pero, al mis-

[10] Cf. *Unicef, Informe de la condición de la infancia en el mundo 2016*, Unicef, Florencia 2016; *Unicef, Hijos de la recesión. El impacto de la crisis económica en el bienestar de los niños en los países ricos*, Unicef-Office of Research Innocenti, Florencia 2014.

[11] Cf. *International Organization for Migration, World Migration Report 2015 – Migrants and Cities: New Partnerships to Manage Mobility*, IOM, Ginebra 2015.



mo tiempo, carezca de una programación para una convivencia pública adecuada, que haga posible una existencia aceptable y digna para cada uno y para todos. Lo que tal vez falta aún es un desarrollo conjunto de las oportunidades civiles con un plan educativo que pueda transmitir las razones de la cooperación en un mundo solidario. La cuestión social, como dijo Benedicto XVI, es ahora una cuestión antropológica[12], que implica una función educativa que no puede ser postergada. Por esta razón, es necesario «*un nuevo impulso del pensamiento para comprender mejor lo que implica ser una familia;*

*la interacción entre los pueblos del planeta nos urge a dar ese impulso, para que la integración se desarrolle bajo el signo de la solidaridad en vez del de la marginación».*[13]

## 2. Humanizar la educación

7 «Experta en humanidad», como subrayó hace cincuenta años la *Populorum progressio*[14], la Iglesia tiene ya sea la misión que la experiencia para indicar itinerarios educativos idóneos a los desafíos actuales. Su visión educativa está al servicio de la realización de los objetivos más altos de la humanidad. Dichos objetivos fueron evidenciados con visión de futuro en la Declaración conciliar *Gravissimum educationis*: el desarrollo armonioso de las capacidades físicas, morales e intelectuales, finalizadas a la gradual maduración del sentido de responsabilidad; la conquista de la verdadera libertad; la positiva y prudente educación sexual[15]. Desde esta perspectiva, se intuía que la educación debía estar al servicio de un nuevo humanismo, donde la persona social se encuentra dispuesta a dialogar y a trabajar para la realización del bien común[16].

[12] Benedicto XVI, *Carta encíclica Caritas in veritate* (29 de junio de 2009), 75.

[13] *Ibíd.*, 53

[14] *Populorum progressio*, 13; Cf. Pablo VI, *Discurso en las Naciones Unidas*, 4 de octubre de 1965.

[15] Cf. Concilio Ecuménico Vaticano II, *Declaración sobre la Educación Cristiana Gravissimum educationis* (28 de octubre de 1965), 1 B

[16] *Ibíd.*, 1.

8 Las necesidades indicadas en la *Gravissimum educationis* siguen siendo actuales. A pesar de que las concepciones antropológicas basadas en el materialismo, el idealismo, el individualismo y el colectivismo, viven una fase de decadencia, todavía ejercen una cierta influencia cultural. A menudo ellas entienden la educación como un proceso de adiestramiento del individuo a la vida pública, en la que actúan las diferentes corrientes ideológicas, que compiten entre sí por la hegemonía cultural. En este contexto, la formación de la persona responde a otras exigencias: la afirmación de la cultura del consumo, de la ideología del conflicto, del pensamiento relativista, etc. Es necesario, por lo tanto, humanizar la educación; es decir, transformarla en un proceso en el cual cada persona pueda desarrollar sus actitudes profundas, su vocación y contribuir así a la vocación de la propia comunidad. “Humanizar la educación”[17] significa poner a la persona al centro de la educación, en un marco de relaciones que constituyen una comunidad viva, interdependiente, unida a un destino común. De este modo se cualifica el humanismo solidario.

9 Humanizar la educación significa, también, reconocer que es necesario actualizar el pacto educativo entre las generaciones. De manera constante, la Iglesia afirma que «la buena educación de la familia es la columna vertebral del humanismo»[18] y desde allí se propagan los significados de una educación al servicio de todo el cuerpo social, basada en la confianza mutua y en la reciprocidad de los deberes[19]. Por estas razones, las instituciones

escolares y académicas que deseen poner a la persona al centro de su misión son llamadas a respetar la familia como primera sociedad natural, y a ponerse a su lado, con una concepción correcta de subsidiariedad.

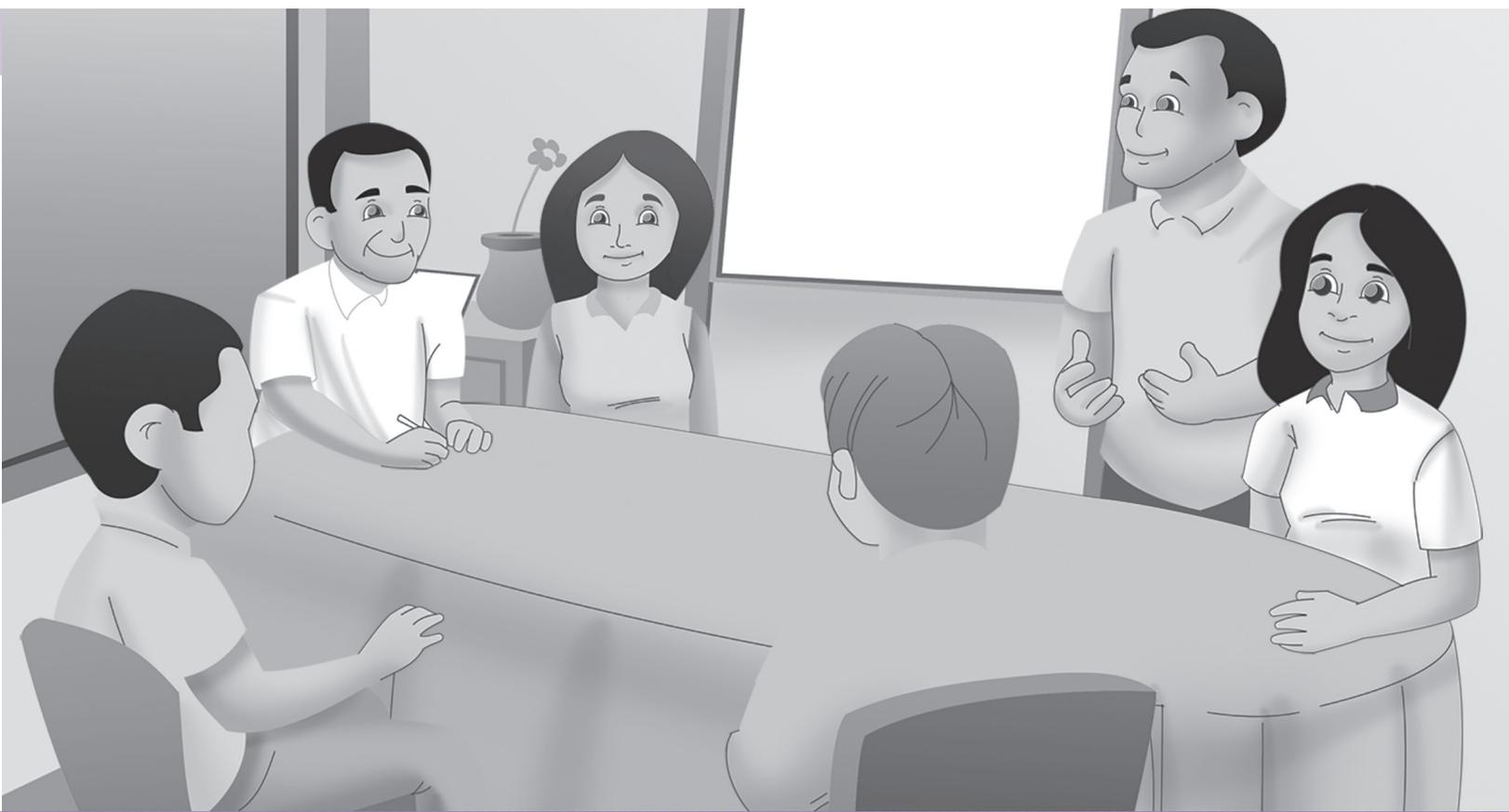
10 Una educación humanizada, por lo tanto, no se limita a ofrecer un servicio formativo, sino que se ocupa de los resultados del mismo en el contexto general de las aptitudes personales, morales y sociales de los participantes en el proceso educativo. No solicita simplemente al docente enseñar y a los estudiantes aprender, más bien impulsa a todos a vivir, estudiar y actuar en relación con las razones del humanismo solidario. No programa espacios de división y contraposición, al contrario, ofrece lugares de encuentro y de confrontación para crear proyectos educativos válidos. Se trata de una educación —al mismo tiempo— sólida y abierta, que rompe los muros de la exclusividad, promoviendo la riqueza y la diversidad de los talentos individuales y extendiendo el perímetro de la propia aula en cada sector de la experiencia social, donde la educación puede generar solidaridad, comunión y conduce a compartir[20].

[17] Papa Francisco, *Discurso a los participantes a la Asamblea plenaria de la Congregación para la Educación Católica*, 9 de febrero de 2017.

[18] Ver papa Francisco, *Catequesis del 20 de mayo de 2015 sobre la familia y la educación*.

[19] *Ibíd.*

[20] Papa Francisco, *Discurso a los participantes al Congreso mundial “Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva” promovido por la Congregación para la Educación Católica*, Roma, 21 de noviembre de 2015.



### 3. Cultura del diálogo

**1** La vocación a la solidaridad llama a las personas del siglo XXI a afrontar los desafíos de la convivencia multicultural. En las sociedades globales conviven cotidianamente ciudadanos de tradiciones, culturas, religiones y visiones del mundo diferentes, y a menudo se producen incomprensiones y conflictos. En tales circunstancias, las religiones frecuentemente son consideradas como estructuras de principios y de valores monolíticos, inflexibles, incapaces de conducir la humanidad hacia la sociedad global. La Iglesia católica, al contrario, «no rechaza nada que sea verdadero y santo en estas religiones» y es su deber «anunciar la cruz de Cristo como signo del amor universal de Dios y como fuente de toda gracia»[21].

Está también convencida de que, en realidad, las dificultades son a menudo el resultado de una falta de educación al humanismo solidario, basada en la formación a la cultura del diálogo.

**12** La cultura del diálogo no recomienda el simple hablar para conocerse, con el fin de amortiguar el efecto rechazante del encuentro entre ciudadanos de diferentes culturas. El diálogo auténtico se lleva a cabo en un marco ético de requisitos y actitudes formativas como así también de objetivos sociales. Los

[21] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas Nostra aetate* (28 de octubre de 1965), 2, 4.

requisitos éticos para dialogar son la libertad y la igualdad: los participantes al diálogo deben ser libres de sus intereses contingentes y deben ser disponibles a reconocer la dignidad de todos los interlocutores. Estas actitudes se sostienen por la coherencia con el propio específico universo de valores. Esto se traduce en la intención general de hacer coincidir acción y declaración, en otras palabras, de relacionar los principios éticos anunciados (por ejemplo, paz, equidad, respeto, democracia...) con las elecciones sociales y civiles realizadas. Se trata de una «gramática del diálogo», como lo indica el papa Francisco, que logra «construir puentes [...] y encontrar respuestas a los desafíos de nuestro tiempo»[22].

**13** En el pluralismo ético y religioso, por lo tanto, las religiones pueden estar al servicio de la convivencia pública, y no obstaculizarla. A partir de sus valores positivos de amor, esperanza y salvación, en un contexto de relaciones performativas y coherentes, las religiones pueden contribuir significativamente a alcanzar objetivos sociales de paz y de justicia. En dicha perspectiva, la cultura del diálogo afirma una concepción propositiva de las relaciones civiles. En lugar de reducir la religiosidad a la esfera individual, privada y reservada, y obligar a los ciudadanos a vivir en el espacio público únicamente las normas éticas y jurídicas del Estado, invierte los términos de la relación e invita a las creencias religiosas a profesar en público sus valores éticos positivos.

**14** La educación al humanismo solidario tiene la grandísima responsabilidad de

proveer a la formación de ciudadanos que tengan una adecuada cultura del diálogo. Por otra parte, la dimensión intercultural frecuentemente se experimenta en las aulas escolares de todos los niveles, como también en las instituciones universitarias; por lo tanto es desde allí que se tiene que proceder para difundir la cultura del diálogo. El marco de valores en el cual vive, piensa y actúa el ciudadano que tiene una formación al diálogo está sostenido por principios relacionales (gratuidad, libertad, igualdad, coherencia, paz y bien común) que entran de modo positivo y categórico en los programas didácticos y formativos de las instituciones y agencias que trabajan por el humanismo solidario.

**15** Es propio de la naturaleza de la educación la capacidad de construir las bases para un diálogo pacífico y permitir el encuentro entre las diferencias, con el objetivo principal de edificar un mundo mejor. Se trata, en primer lugar, de un proceso educativo donde la búsqueda de una convivencia pacífica y enriquecedora se ancla en un concepto más amplio de ser humano —en su caracterización psicológica, cultural y espiritual— más allá de cualquier forma de egocentrismo y de etnocentrismo, de acuerdo con una concepción de desarrollo integral y trascendente de la persona y de la sociedad[23].

[22] Papa Francisco, *Discurso a los participantes a la Asamblea plenaria de la Congregación para la Educación Católica*, 9 de febrero de 2017.

[23] Cf. *Congregación para la Educación Católica, Educar al diálogo intercultural en la escuela católica. Vivir juntos para una civilización del amor*, Ciudad del Vaticano 2013, n. 45.



#### 4. Globalizar la esperanza

**16** «El desarrollo es el nuevo nombre de la paz», concluía la *Populorum progressio*[24]. Dicha afirmación encontró apoyo y confirmación en las décadas sucesivas, y se clarificaron las direcciones del desarrollo sostenible desde el punto de vista económico, social y del medioambiente. Desarrollo y progreso, sin embargo, siguen siendo descripciones de procesos, no dicen mucho sobre los fines últimos del devenir histórico-social. Lejos de exaltar el mito del progreso inmanente de la razón y la libertad, la Iglesia católica relaciona el desarrollo con el anuncio de la redención cristiana, que no es una indefinida ni futurible utopía, sino que es ya «sustancia de la realidad», en

el sentido que por ella «ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan: el todo, la vida verdadera»[25].

**17** Es necesario, por lo tanto, a través de la esperanza en la salvación, ser desde ya signos vivos de ella. ¿En el mundo globalizado, cómo puede difundirse el mensaje de salvación en Jesucristo? «No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor»[26]. La caridad cristiana propone gramáticas sociales universalizantes e inclusi-

[24] *Populorum progressio*, 87.

[25] *Benedicto XVI, Carta encíclica Spe salvi (30 de noviembre de 2007)*, 7.

[26] *Ivi*, 26



vas. Tal caridad informa las ciencias que, impregnadas con ella, acompañarán al hombre que busca sentido y verdad en la creación. La educación al humanismo solidario, por lo tanto, debe partir de la certeza del mensaje de esperanza contenido en la verdad de Jesucristo. Compete a ella, irradiar dicha esperanza, como mensaje transmitido por la razón y la vida activa, entre los pueblos de todo el mundo.

**18** Globalizar la esperanza es la misión específica de la educación al humanismo solidario. Una misión que se cumple a través de la construcción de relaciones educativas y pedagógicas que enseñen el amor cristiano, que generen grupos basados en la solidaridad, donde el bien común está conectado virtuosamente al bien de cada uno de sus componen-

tes, que transforme el contenido de las ciencias de acuerdo con la plena realización de la persona y de su pertenencia a la humanidad. Justamente la educación cristiana puede realizar esta tarea primaria, porque ella «es hacer nacer, es hacer crecer, se ubica en la dinámica de dar la vida. Y la vida que nace es la fuente desde donde brota más esperanza»[27].

**19** Globalizar la esperanza también significa sostener las esperanzas de la globalización. Por una parte, en efecto, la globalización ha multiplicado las oportunidades de crecimiento y abrió las relaciones sociales a

---

[27] Papa Francisco, *Discurso a los participantes a la Asamblea plenaria de la Congregación para la Educación Católica*, 9 de febrero de 2017.

nuevas e inéditas posibilidades. Por otro lado, además de algunos beneficios, ella causó desigualdades, explotación e indujo de manera perversa a algunos pueblos a padecer una dramática exclusión de los circuitos de bienestar. Una globalización sin visión, sin esperanza, es decir sin un mensaje que sea al mismo tiempo anuncio y vida concreta, está destinada a producir conflictos, a generar sufrimientos y miserias.

## 5. Hacia una verdadera inclusión

**20** Para corresponder a su función propia, los proyectos formativos de la educación al humanismo solidario se dirigen hacia algunos objetivos fundamentales. Antes que nada, el objetivo principal es permitir a cada ciudadano que se sienta participante activo en la construcción del humanismo solidario. Los instrumentos utilizados deben favorecer el pluralismo, estableciendo espacios de diálogo finalizados a la representación de las instancias éticas y normativas. La educación al humanismo solidario debe tener una especial atención para que el aprendizaje de las ciencias corresponda a la conciencia de un universo ético donde la persona actúa. En particular, esta recta concepción del universo ético tiene que avanzar hacia la apertura de horizontes del bien común progresivamente más amplios, hasta llegar a toda la familia humana.

**21** Este proceso inclusivo supera los límites de las personas que viven actualmente en la tierra. El progreso científico y tecnológico demostró en los últimos años, cómo

las decisiones que se toman en el presente son capaces de influir en los estilos de vida y —en algunos casos— sobre la existencia de los ciudadanos de las futuras generaciones. «La noción de bien común incorpora también a las generaciones futuras»[28].

El ciudadano de hoy, de hecho, debe ser solidario con sus contemporáneos donde quiera que se encuentren, pero también con los futuros ciudadanos del planeta. Ya que «el problema es que no disponemos todavía de la cultura necesaria para enfrentar esta crisis [...] y hace falta construir liderazgos que marquen caminos, buscando atender a las necesidades de las generaciones actuales incluyendo a todos, sin perjudicar a las generaciones futuras»[29] entonces la tarea específica que puede realizar la educación al humanismo solidario es contribuir a edificar una cultura basada en la ética intergeneracional.

**22** Esto significa que la educación extiende el ámbito clásico del alcance de su acción. Si hasta ahora se consideraba la escuela como la institución que forma los ciudadanos del mañana, si las agencias formativas responsables de la educación permanente se ocupan de los ciudadanos del presente, a través de la educación al humanismo solidario se cuida la humanidad del futuro, la posteridad, con quienes se debe ser solidarios tomando decisiones responsables. Es aún más verdadero con res-

[28] Papa Francisco, *Carta encíclica sobre el cuidado de la casa común Laudato si'* (24 de mayo de 2015), 159.

[29] Ivi, 53

pecto a la formación académica, porque es a través de ella que se proporciona las competencias necesarias para tomar las decisiones decisivas del equilibrio de los sistemas humano-sociales, naturales, ambientales, etc.[30]. Los temas desarrollados en los cursos universitarios, en este sentido, deberían realizarse según un criterio decisivo para la evaluación de su calidad: la sostenibilidad con las exigencias de las generaciones futuras.

**23** Para que sea una verdadera inclusión es necesario hacer un paso ulterior, es decir construir una relación de solidaridad con las generaciones que nos precedieron. Lamentablemente, la afirmación del paradigma tecnocrático, en algunos casos, redimensionó el saber histórico, científico y humanístico —con su patrimonio literario y artístico— mientras que una visión correcta de la historia y del espíritu con el cual nuestros antepasados han enfrentado y superado sus desafíos, puede ayudar al hombre en la compleja aventura de la contemporaneidad. Las sociedades humanas, las comunidades, los pueblos, las naciones son el fruto del pasaje de la historia donde se revela una identidad específica en continua elaboración. Comprender la relación fecunda entre el devenir histórico de una comunidad y su vocación al bien común y al cumplimiento del humanismo solidario implica la formación de una conciencia histórica, basada en la conciencia de la indisoluble unidad que lleva a los antepasados, a los contemporáneos y a la posteridad a superar los grados de parentesco para reconocerse todos igualmente hijos del Padre, y por lo tanto en una relación de solidaridad universal[31].

## 6. Redes de cooperación

**24** Así como la encíclica *Populorum progressio* recomienda la elaboración de «programas concertados»[32], hoy es evidente la necesidad de hacer converger las iniciativas educativas y de investigación hacia los fines del humanismo solidario, con la conciencia que «no deberían permanecer dispersos o aislados, y menos aún opuestos por razones de prestigio o poder»[33]. Construir redes de cooperación, desde el punto de vista educativo, escolar y académico, significa activar dinámicas incluyentes, en constante búsqueda de nuevas oportunidades para introducir en el propio circuito de enseñanza y aprendizaje sujetos distintos, especialmente aquellos que les resulta difícil aprovechar un plan una formación adecuado a sus necesidades. Recordando también, que la educación sigue siendo un recurso escaso en el mundo, considerando que existen sectores de la humanidad que sufre por la falta de instituciones idóneas al desarrollo, el primer esfuerzo de educación al humanismo solidario es la socialización de sí mismo a través de la organización de redes de cooperación.

**25** Una educación al humanismo solidario desarrolla redes de cooperación en los distintos ámbitos donde se realiza la actividad educativa, particularmente en la educación

[30] Cf. Juan Pablo II, *Constitución Apostólica Ex corde Ecclesiae* (15 de agosto de 1990), 34.

[31] *Populorum progressio*, 17

[32] *Ivi*, 50

[33] *Ivi*.



académica. En primer lugar, solicita a los actores educativos que asuman una actitud que favorezca la colaboración. En particular, prefiere la colegialidad del cuerpo docente en la preparación de los programas formativos, y la cooperación entre los estudiantes en lo concerniente a las modalidades de aprendizaje y a los ambientes formativos. Aún más: como células del humanismo solidario, unidas por un pacto educativo y por una ética intergeneracional, la solidaridad entre quien enseña y quien aprende debe ser progresivamente incluyente, plural y democrática.

**26** La universidad debería ser el principal crisol para la formación a la cooperación en la investigación científica, prefiriendo —en el lecho del humanismo solidario— la organización de investigaciones colectivas en todas las áreas del conocimiento, cuyos resultados puedan ser corroborados por la objetividad científica de la aplicación de lógicas, métodos y técnicas idóneas, como también por la experiencia de solidaridad realizada por los investigadores. Se trata de favorecer la formación de grupos de investigación integrados entre el personal docente, jóvenes investigadores y estudiantes, y también solicitar la cooperación entre las instituciones académicas ubicadas en un contexto internacional. Las redes de cooperación deberán instituirse entre sujetos educativos y sujetos de otro tipo, por ejemplo, del mundo de las profesiones, de las artes, del comercio, de la empresa y de todos los cuerpos intermedios de las sociedades donde el humanismo solidario necesita propagarse.

**27** En muchos lugares se solicita una educación que supere las dificultades de los procesos de masificación cultural, que producen los efectos nocivos de nivelación, y con ella, de manipulación consumista. El surgimiento de redes de cooperación, en el marco de la educación al humanismo solidario, puede ayudar a superar estos desafíos, ya que ofrece descentralización y especialización. En una perspectiva de subsidiariedad educativa, tanto a nivel nacional como internacional, se favorece el intercambio de responsabilidad y de experiencia, esencial para optimizar los recursos y evitar los riesgos. De esta manera se construye una red no solo de investigación sino —sobre todo— de servicio, donde uno ayuda al otro y se comparten los nuevos descubrimientos, «intercambiando temporalmente los profesores y proveyendo en todo lo que pueda contribuir a una mayor ayuda mutua»[34].

## 7. Prospectivas

**28** La educación escolar y universitaria estuvieron siempre en el centro de la propuesta de la Iglesia católica en la vida pública. Ella defendió la libertad de educación cuando, en las culturas secularizadas y laicistas, parecían reducirse los espacios asignados a la formación de los valores religiosos. A través de la educación, continuó suministrando principios y valores de convivencia pública cuando las sociedades modernas, engañadas por los logros científicos y tecnológicos, jurídicos y culturales, creían insignificante la cultura católica. Hoy, como en todas las épocas, la Iglesia católica tiene todavía la responsabilidad de contribuir,

con su patrimonio de verdades y de valores, a la construcción del humanismo solidario, para un mundo dispuesto a actualizar la profecía contenida en la encíclica *Populorum progressio*.

**29** Para dar un alma al mundo global, atravesado por constantes cambios, la Congregación para la Educación Católica vuelve a lanzar la prioridad de la construcción de la “civilización del amor”[35], y exhorta a todos los que por profesión y vocación están comprometidos en los procesos educativos —en todos los niveles— a vivir con dedicación y sabiduría dicha experiencia, según los principios y los valores enucleados. Este Dicasterio —después del Congreso Mundial “Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva” (Roma-Castel Gandolfo, 18-21 de noviembre de 2015)— dio eco a las reflexiones y a los desafíos que surgieron ya sea por parte de los docentes, de los alumnos, de los padres, como de las iglesias particulares, las familias religiosas y las asociaciones comprometidas en el vasto universo de la educación.

**30** Estos lineamientos fueron entregados a todos los sujetos que trabajan con pasión para renovar cotidianamente la misión educativa de la Iglesia en los diferentes continentes. Se desea, también, proporcionar una herramienta útil para un diálogo constructivo

[34] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Declaración sobre la Educación Católica Gravissimum educationis*, 12

[35] La expresión “civilización del amor” fue usada por primera vez por Pablo VI el 17 de mayo de 1970, el día de Pentecostés (*Insegnamenti*, VIII/1970, 506), y retomada varias veces durante su pontificado.



con la sociedad civil y los Organismos Internacionales. Al mismo tiempo, el papa Francisco erigió la Fundación “*Gravissimum educationis*”[36] para aquellas “finalidades científicas y culturales dirigidas a promover la educación católica en el mundo”[37].

**31** En conclusión, los temas y los horizontes para explorar —a partir de la cultura del diálogo, de la globalización de la esperanza, de la inclusión y de las redes de cooperación— solicitan ya sea la experiencia formativa y de enseñanza que las actividades de estudio y de investigación. Será necesario, por lo tanto, favorecer la comunicación de dichas experiencias y los resultados de las investigaciones, con la finalidad de permitir que cada

sujeto comprometido en la educación al humanismo solidario comprenda el significado de su propia iniciativa en el proceso global de la construcción de un mundo fundado sobre valores de solidaridad cristiana.

*Roma, el 16 de abril de 2017, fiesta de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo*

Card. Giuseppe Versaldi *Prefecto.*

Arzbp. Angelo Vincenzo Zani *Secretario.*

[36] Papa Francisco, *Quirógrafo para la erección de la Fundación “Gravissimum educationis”* (28 de octubre de 2015).

[37] *Ibíd*

# VARÓN Y MUJER LOS CREÓ PARA UNA VÍA DE DIÁLOGO SOBRE LA CUESTIÓN DE GÉNERO EN LA EDUCACIÓN

## INTRODUCCIÓN

Se difunde cada vez más la conciencia de que estamos frente a una verdadera y propia *emergencia educativa*, en particular por lo que concierne a los temas de afectividad y sexualidad. En muchos casos han sido estructurados y propuestos caminos educativos que «transmiten una concepción de la persona y de la vida pretendidamente neutra, pero que en realidad reflejan una antropología contraria a la fe y a la justa razón». La desorientación antropológica, que caracteriza ampliamente el clima cultural de nuestro tiempo, ha ciertamente contribuido a desestructurar la familia, con la tendencia a cancelar las diferencias entre el hombre y la mujer, consideradas como simples efectos de un condicionamiento histórico-cultural.

En este contexto, la misión educativa enfrenta el desafío que «surge de diversas formas de una ideología, genéricamente llamada *gender*, que “niega la diferencia y la reciprocidad natural de hombre y de mujer. Esta presenta una sociedad sin diferencias de sexo, y vacía el fundamento antropológico de la familia. Esta ideología lleva a proyectos educativos y directrices legislativas que promueven una identidad personal y una intimidad afectiva radicalmente desvinculadas de la diversidad biológica entre hombre y mujer. La identidad humana viene determinada por una opción individualista, que también cambia con el tiempo”».

Es evidente que la cuestión no puede ser aislada del horizonte más amplio de la educación al



“ La desorientación antropológica, ha contribuido a desestructurar la familia, con la tendencia a cancelar las diferencias entre el hombre y la mujer, consideradas como simples efectos de un condicionamiento histórico-cultural.

amor, la cual tiene que ofrecer, como lo señaló el Concilio Vaticano II, «una positiva y prudente educación sexual» dentro del derecho inalienable de todos de recibir «una educación, que responda al propio fin, al propio carácter; al diferente sexo, y que sea conforme a la cultura y a las tradiciones patrias, y, al mismo tiempo, esté abierta a las relaciones fraternas con otros pueblos a fin de fomentar en la tierra la verdadera unidad y la paz». En este sentido, la Congregación para la Educación Católica ha ofrecido ulteriores profundizaciones en el documento: Orientaciones educativas sobre el amor humano. Pautas de educación sexual.

La *visión antropológica cristiana* ve en la sexualidad un elemento básico de la personalidad, un modo propio de ser, de manifestarse, de comunicarse con los demás, de sentir, de expresar y de vivir el amor humano. Por eso, es parte integrante del desarrollo de la personalidad y de su proceso educativo. «Verdaderamente, en el sexo radican las notas características que constituyen a las personas como hombres y mujeres en el plano biológico, psicológico y espiritual, teniendo así mucha parte en su evolución individual y en su inserción en la sociedad».

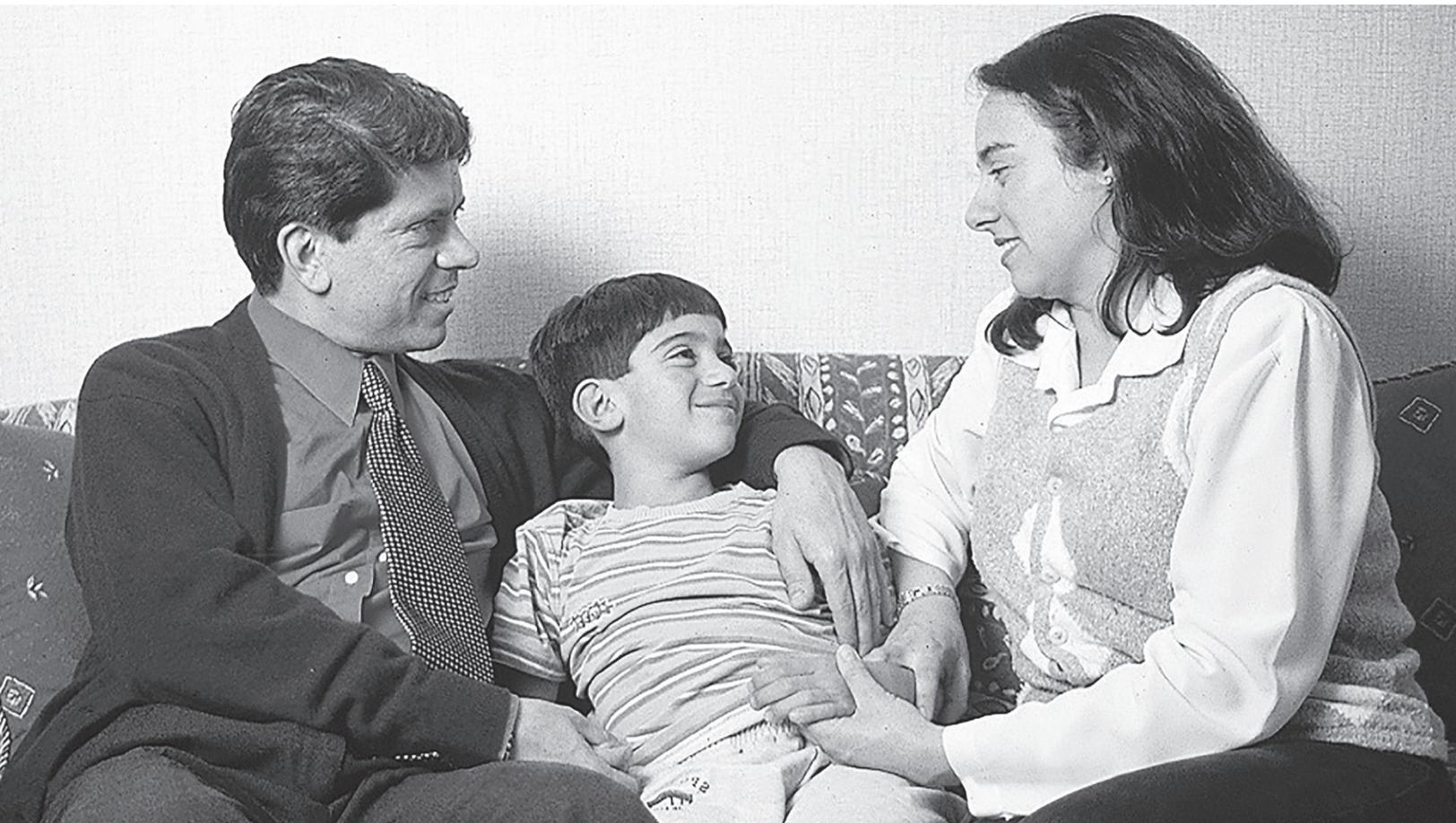
En el proceso de crecimiento «esta diversidad, aneja a la complementariedad de los dos sexos, responde cumplidamente al diseño de Dios en la vocación enderezada a cada uno». «La educación afectivo-sexual considera la totalidad de la persona y exige, por tanto, la integración de los elementos biológicos, psico-afectivos, sociales y espirituales».

La Congregación para la Educación Católica, dentro de sus competencias, tiene la intención de ofrecer algunas reflexiones que puedan orientar y apoyar a cuantos están comprometidos con la educación de las nuevas generaciones a abordar metódicamente las cuestiones más debatidas sobre la sexualidad humana, a la luz de la vocación al amor a la cual toda persona es llamada. De esta manera se quiere promover una metodología articulada en las tres actitudes de *escuchar*, *razonar* y *proponer*, que favorezcan el encuentro con las necesidades de las personas y las comunidades. De hecho, escuchar las necesidades del otro, así como la comprensión de las diferentes condiciones lleva a compartir elementos racionales y a prepararse para una educación cristiana arraigada en la fe que «todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre».

Al emprender el camino del diálogo sobre la cuestión del *gender* en la educación, es necesario tener presente la diferencia entre la *ideología del gender* y las diferentes investigaciones sobre el *gender* llevadas a cabo por las ciencias humanas. Mientras que la ideología pretende, como señala el papa Francisco, «responder a ciertas aspiraciones a veces comprensibles» pero busca «imponerse como un pensamiento único que determine incluso la educación de los niños» y, por lo tanto, excluye el encuentro, no faltan las investigaciones sobre el *gender* que buscan profundizar adecuadamente el modo en el cual se vive en diferentes culturas la diferencia sexual entre hombre y mujer. Es en relación con estas investigaciones que es posible abrirse a escuchar, razonar y proponer.

Por lo tanto, la Congregación para la Educación Católica encomienda este texto —especialmente en los contextos implicados por este fenómeno— a quienes se preocupan de corazón por la educación, en particular a las comunidades educativas de las escuelas católicas y a cuantos, animados por la visión cristiana de la vida, trabajan en otras escuelas, a los padres, alumnos, directivos y personal, así como a los obispos, sacerdotes, religiosas y religiosos, movimientos eclesiales, asociaciones de fieles y otras organizaciones del sector.

**Escuchar las necesidades del otro, así como la comprensión de las diferentes condiciones lleva a compartir elementos racionales y a prepararse para una educación cristiana arraigada en la fe que «todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre».**



## ESCUCHAR

### Breve historia

La primera actitud de quien desea entrar en *diálogo* es escuchar. Se trata, antes que nada, de escuchar y comprender lo que ha sucedido en las últimas décadas. El advenimiento del siglo XX, con sus visiones antropológicas, trae consigo las primeras concepciones del *gender*, por un lado basadas en una lectura puramente sociológica de la diferenciación sexual y por el otro con un énfasis en las libertades individuales. De hecho, a mediados del siglo, nace una línea de estudios que insistía en acentuar el condicionamiento externo y sus influencias en las determinaciones personales. Aplicados a la sexualidad, estos estudios querían mostrar cómo la identidad sexual tenía más que ver con una construcción social que con una realidad natural o biológica.

Estos enfoques convergen en negar la existencia de un don originario que nos precede y es constitutivo de nuestra identidad personal, formando la base necesaria de nuestras acciones. En las relaciones interpersonales, lo que importa sería solamente el afecto entre los individuos, independientemente de la diferencia sexual y la procreación, consideradas irrelevantes en la construcción de la familia. Se pasa de un modelo institucional de familia —que tiene una estructura y una finalidad que no dependen de las preferencias subjetivas individuales de los cónyuges— a una visión puramente contractualista y voluntarista.



Con el tiempo, las teorías del *gender* han ampliado el campo de su aplicación. A principios de los años noventa del siglo pasado, se fueron concentrando en la posibilidad de los individuos de autodeterminar sus propias inclinaciones sexuales sin tener en cuenta la reciprocidad y la complementariedad de la relación hombre-mujer, así como la finalidad procreativa de la sexualidad. Además, incluso se llega a teorizar una separación radical entre género (*gender*) y sexo (*sex*), con la prioridad del primero sobre el segundo. Este logro es visto como una etapa importante en el progreso de



**En las relaciones interpersonales, lo que importa sería solamente el afecto entre los individuos, independientemente de la diferencia sexual y la procreación, consideradas irrelevantes en la construcción de la familia.**

la humanidad, en la cual se «presenta una sociedad sin diferencias de sexo».

En este *contexto cultural* se comprende que sexo y género han dejado de ser sinónimos, es decir, conceptos intercambiables, ya que describen dos entidades diferentes. El sexo define la pertenencia a una de las dos categorías biológicas que derivan de la díada originaria, femenina y masculina. El género, en cambio, es el modo en el cual se vive en cada cultura la diferencia entre los dos sexos. El problema no está en la distinción en sí, que podría ser interpretada rectamente, sino en una separación entre sexo y *gender*. De esta separación surge la distinción entre diferentes “orientaciones sexuales” que no están definidas por la diferencia sexual entre hombre y mujer, sino que pueden tomar otras formas, determinadas únicamente por el individuo radicalmente autónomo. Asimismo, el mismo concepto de *gender* va a depender de la actitud subjetiva de la persona, que puede elegir un género que no corresponde con su sexualidad biológica y, de consecuencia, con la forma en que lo consideran los demás (*transgender*).

En una creciente contraposición entre naturaleza y cultura, las propuestas de género convergen en el *queer*, es decir, en una dimensión fluida, flexible, *nómada* al punto de defender la emancipación completa del individuo de cada definición sexual dada *a priori*, con la consiguiente desaparición de las clasificaciones consideradas rígidas. Se deja así el espacio a diversos matices, variables por grado e intensidad en el contexto tanto de la orientación sexual como de la identificación del propio género.

La dualidad de la pareja entra también en conflicto con los “poliamoríos” que incluyen a más de dos personas. Por lo tanto, se observa que la duración del vínculo —y su naturaleza vinculante— se estructura como una variable de acuerdo con el deseo contingente de las personas, con consecuencias en el nivel de compartir responsabilidades y obligaciones inherentes a la maternidad y la paternidad.

Toda esta gama de relaciones se convierte en “parentesco” (*kinships*), basada en el deseo o el afecto, a menudo caracterizada por un tiempo determinado, éticamente flexible o incluso consensuada sin planificación alguna. Lo que vale es la absoluta *libertad de autodeterminación* y la elección circunstancial de cada individuo en el contexto de cualquier relación emocional.

De esta manera, se apela al reconocimiento público de la libertad de elección del género y la pluralidad de uniones en oposición al matrimonio entre hombre y mujer, considerado una herencia del patrimonio patriarcal. Por lo tanto, se quisiera que cada individuo pudiera elegir su propia condición y que la sociedad se limite a garantizar tal derecho, también mediante un apoyo material, de lo contrario, nacerían formas de discriminación social contra las minorías.

La reivindicación de dichos derechos ha entrado en el debate político de hoy día, obteniendo aceptación en algunos documentos internacionales e integrándose en algunas legislaciones nacionales.

## Puntos de encuentro

En el contexto de las investigaciones sobre el *gender*, emergen, todavía, algunos posibles puntos de encuentro para crecer en la mutua comprensión. De hecho, a menudo los proyectos educativos tienen la necesidad, compartida y apreciable, de luchar contra cualquier expresión de injusta discriminación. Persiguen una acción pedagógica, sobre todo con el reconocimiento de los retrasos y las carencias. Ciertamente no se puede negar que a lo largo de los siglos se han asomado formas de injusta subordinación, que tristemente han marcado la historia y han influido también al interior de la Iglesia. Esto ha dado lugar a rigidez y fiijeza que demoraron la necesaria y progresiva inculturación del mensaje genuino con el que Jesús proclamó *igual dignidad entre el hombre y la mujer*, dando lugar a acusaciones de un cierto machismo más o menos disfrazado de motivaciones religiosas.

Un punto de encuentro es la educación de niños y jóvenes *a respetar a cada persona* en su particular y diferente condición, de modo que nadie, debido a sus condiciones personales (discapacidad, origen, religión, tendencias afectivas, etc.) pueda convertirse en objeto de acoso, violencia, insultos y discriminación injusta. Se trata de una educación a la ciudadanía activa y responsable, en la que todas las expresiones legítimas de la persona se acogen con respeto.

Otro punto de crecimiento en la comprensión antropológica son los valores de la feminidad



que se han destacado en la reflexión del *gender*. En la mujer, por ejemplo, la «capacidad de acogida del otro» favorece una lectura más realista y madura de las situaciones contingentes, desarrollando «el sentido y el respeto por lo concreto, que se opone a abstracciones a menudo letales para la existencia de los individuos y la sociedad». Se trata de una aportación que enriquece las relaciones humanas y los valores del espíritu «a partir de las relaciones cotidianas entre las personas». Por esta razón, la sociedad está en gran parte en deuda con las mujeres que están «comprometidas en los más diversos sectores de la actividad educativa, fuera de la familia: guarderías, escuelas, universidades, instituciones asistenciales, parroquias, asociaciones y movimientos».

La mujer es capaz de entender la realidad en modo único: sabiendo cómo resistir ante la adversidad, haciendo «la vida todavía posible incluso en situaciones extremas» y conservando «un tenaz sentido del futuro». De hecho, no es una coincidencia que «donde se da la exigencia de un trabajo formativo se puede constatar la inmensa disponibilidad de las mujeres a dedicarse a las relaciones humanas, especialmente en favor de los más débiles e indefensos. En este cometido manifiestan una forma de *maternidad afectiva, cultural y espiritual*, de un valor verdaderamente inestimable, por la influencia que tiene en el desarrollo de la persona y en el futuro de la sociedad. ¿Cómo no recordar aquí el testimonio de tantas mujeres católicas y de tan-

tas congregaciones religiosas femeninas que, en los diversos continentes, han hecho de la educación, especialmente de los niños y de las niñas, su principal servicio?».

### Crítica

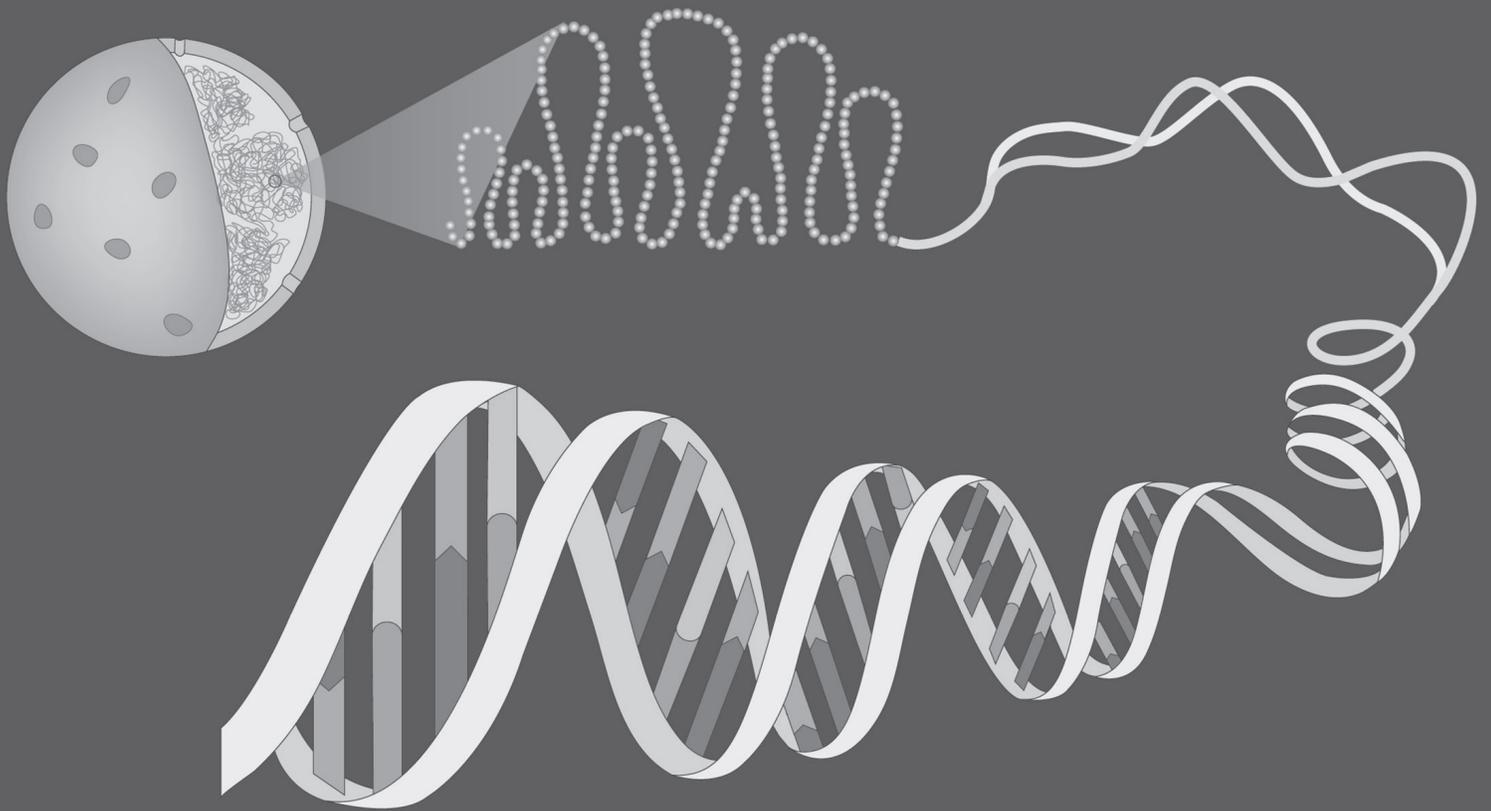
Sin embargo, hay algunos puntos críticos que se presentan en la vida real. Las teorías del *gender* indican —especialmente las más radicales— un proceso progresivo de desnaturalización o alejamiento de la *naturaleza* hacia una opción total para la decisión del sujeto emocional. Con esta actitud, la identidad sexual y la familia se convierten en dimensiones de la “liquidez” y la “fluidez” posmodernas: fundadas solo sobre una mal entendida libertad del sentir y del querer, más que en la verdad del ser; en el deseo momentáneo del impulso emocional y en la voluntad individual.

Las presuposiciones de estas teorías son atribuibles a un dualismo antropológico: a la separación entre cuerpo reducido y materia inerte y voluntad que se vuelve absoluta, manipulando el cuerpo como le plazca. Este fisicismo y voluntarismo dan origen al relativismo, donde todo es equivalente e indiferenciado, sin orden y sin finalidad. Todas estas teorizaciones, desde las más moderadas hasta las más radicales, creen que el *gender* (género) termina siendo más importante que el *sex* (sexo). Esto determina, en primer lugar, una revolución cultural e ideológica en el horizonte relativista y, en segundo lugar, una revolución jurídica, porque estos casos promueven derechos individuales y sociales específicos.

En realidad, sucede que la defensa de diferentes identidades a menudo sea perseguida afirmando que son perfectamente *indiferentes entre sí* y, por lo tanto, negándolas en su relevancia. Esto asume una particular importancia según en términos de diferencia sexual: a menudo, de hecho, el concepto genérico de “no discriminación” oculta una ideología que niega la diferencia y la reciprocidad natural del hombre y la mujer. «En vez de combatir las interpretaciones negativas de la diferencia sexual, que mortifican su valencia irreductible para la dignidad humana, se quiere cancelar, de hecho, esta diferencia, proponiendo técnicas y prácticas que hacen que sea irrelevante para el desarrollo de la persona y de las relaciones humanas. Pero la utopía de lo “neutro” elimina, al mismo tiempo, tanto la dignidad humana de la constitución sexualmente diferente como la cualidad personal de la transmisión generativa de la vida». Se vacía —de esta manera— la base antropológica de la familia.

Esta ideología induce proyectos educativos y pautas legislativas que promueven una identidad personal y una intimidad afectiva radicalmente libres de la *diferencia biológica* entre el hombre y la mujer.

La identidad humana se entrega a una opción individualista, también cambiante con el tiempo, una expresión de la forma de pensar y actuar, muy difundida en la actualidad, que confunde «la genuina libertad con la idea de que cada uno juzga como le parece, como si más allá de los individuos no hubiera verdades, valores, principios que nos orienten, como si



todo fuera igual y cualquier cosa debiera permitirse».

El Concilio Vaticano II, al cuestionarse sobre lo que la Iglesia piensa de la persona humana, afirma que «en la unidad de cuerpo y alma, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima y alza la voz para la libre alabanza del Creador». Por esta dignidad, «no se equivoca el hombre al afirmar su superioridad sobre el universo material y al no considerarse ya como partícula de la naturaleza o como elemento anónimo de la ciudad humana».

Por lo tanto, «no ha de confundirse *orden de la naturaleza* con *orden biológico* ni identificar lo que

**Todas las teorizaciones, desde las más moderadas hasta las más radicales, creen que el *gender* (género) termina siendo más importante que el *sex* (sexo).**

esas expresiones designan. El orden biológico es orden de la naturaleza en la medida en que este es accesible a los métodos empíricos y descriptivos de las ciencias naturales; pero, en cuanto orden específico de la existencia, por estar relacionado manifiestamente con la Causa primera, con Dios Creador, el de la naturaleza ya no es un orden biológico».



## RAZONAR

### Argumentos racionales

Escuchar el perfil histórico, de los puntos de encuentro y las cuestiones críticas en la cuestión de *gender* lleva a consideraciones a la luz de la razón. De hecho, hay argumentos racionales que aclaran la centralidad del cuerpo como un elemento integral de la identidad personal y las relaciones familiares. El cuerpo es la subjetividad que comunica la identidad del ser. En este sentido, se entienden los datos de las ciencias biológicas y médicas, según los cuales el “dimorfismo sexual” (es decir, la diferencia sexual entre hombres y

mujeres) está probado por las ciencias, como por ejemplo, la genética, la endocrinología y la neurología. Desde un punto de vista genético, las células del hombre (que contienen los cromosomas XY) son diferentes a las de las mujeres (cuyo equivalente es XX) desde la concepción. Por lo demás, en el caso de la indeterminación sexual, es la medicina la que interviene para una terapia. En estas situaciones específicas, no son los padres ni mucho menos la sociedad quienes pueden hacer una elección arbitraria, sino que es la ciencia médica la que interviene con fines terapéuticos, operando de la manera menos invasiva sobre la base de parámetros objetivos para explicar la identidad constitutiva.

El *proceso de identificación* se ve obstaculizado por la construcción ficticia de un “género” o “tercer género”. De esta manera, la sexualidad se oscurece como una calificación estructurante de la identidad masculina y femenina. El intento de superar la diferencia constitutiva del hombre y la mujer, como sucede en la intersexualidad o en el *transgender*, conduce a una ambigüedad masculina y femenina, que presupone de manera contradictoria aquella diferencia sexual que se pretende negar o superar. Al final, esta oscilación entre lo masculino y lo femenino se convierte en una exposición solamente “provocativa” contra los llamados “esquemas tradicionales” que no tienen en cuenta el sufrimiento de quienes viven en una condición indeterminada. Tal concepción busca aniquilar la naturaleza (todo lo que hemos recibido como fundamento previo de nuestro ser y de todas nuestras acciones en el mundo), mientras que lo reafirmamos implícitamente.

El análisis filosófico muestra también cómo la *diferencia sexual* masculino/femenino sea constitutiva de la identidad humana. En las filosofías greco-latinas, la esencia se pone como un elemento trascendente que recompone y armoniza la diferencia entre lo femenino y lo masculino en la singularidad de la persona humana. En la tradición hermenéutica-fenomenológica, tanto la distinción como la complementariedad sexual se interpretan en una clave simbólica y metafórica. La diferencia sexual constituye, en la relación, la identidad personal ya sea horizontal (diádica: hombre-mujer) o vertical (triádica: hombre-mujer-Dios), tanto en el contexto de la relación interpersonal entre

hombre y mujer (yo/tú) que dentro de la relación familiar (tú/yo/nosotros).

La *formación de la identidad* se basa precisamente en la alteridad: en la confrontación inmediata con el “tú” diferente de mí, reconozco la esencia de mi “yo”. La diferencia es la condición de la cognición en general y del conocimiento de la identidad. En la familia, la comparación con la madre y el padre facilita al niño la elaboración de su propia identidad/diferencia sexual. Las teorías psicoanalíticas muestran el valor tripolar de la relación padre/hijo, afirmando que la identidad sexual emerge completamente solo en la comparación sinérgica de la diferenciación.

La *complementariedad* fisiológica, basada en la diferencia sexual, asegura las condiciones necesarias para la procreación. En cambio, el recurso a las tecnologías reproductivas puede consentir la generación a una persona, pareja de una pareja del mismo sexo, con “fertilización *in vitro*” y maternidad subrogada: pero el uso de tecnología no es equivalente a la concepción natural, porque implica manipulación de embriones humanos, fragmentación de la paternidad, instrumentalización o mercantilización del cuerpo humano, así como reducción del ser humano a objeto de una tecnología científica.

Por lo que concierne en particular al sector escolar, es propio en la naturaleza de la educación la capacidad de construir las bases para un diálogo pacífico y permitir un encuentro fructífero entre las personas y las ideas. Además, la

perspectiva de una extensión de la razón a la *dimensión trascendente* parece no secundaria. El diálogo entre fe y razón «si no quiere reducirse a un estéril ejercicio intelectual, debe partir de la actual situación concreta del hombre, y desarrollar sobre ella una reflexión que recoja su verdad ontológico-metafísica». En esta dimensión se coloca la misión evangelizadora de la Iglesia sobre el hombre y la mujer.

## PROPONER

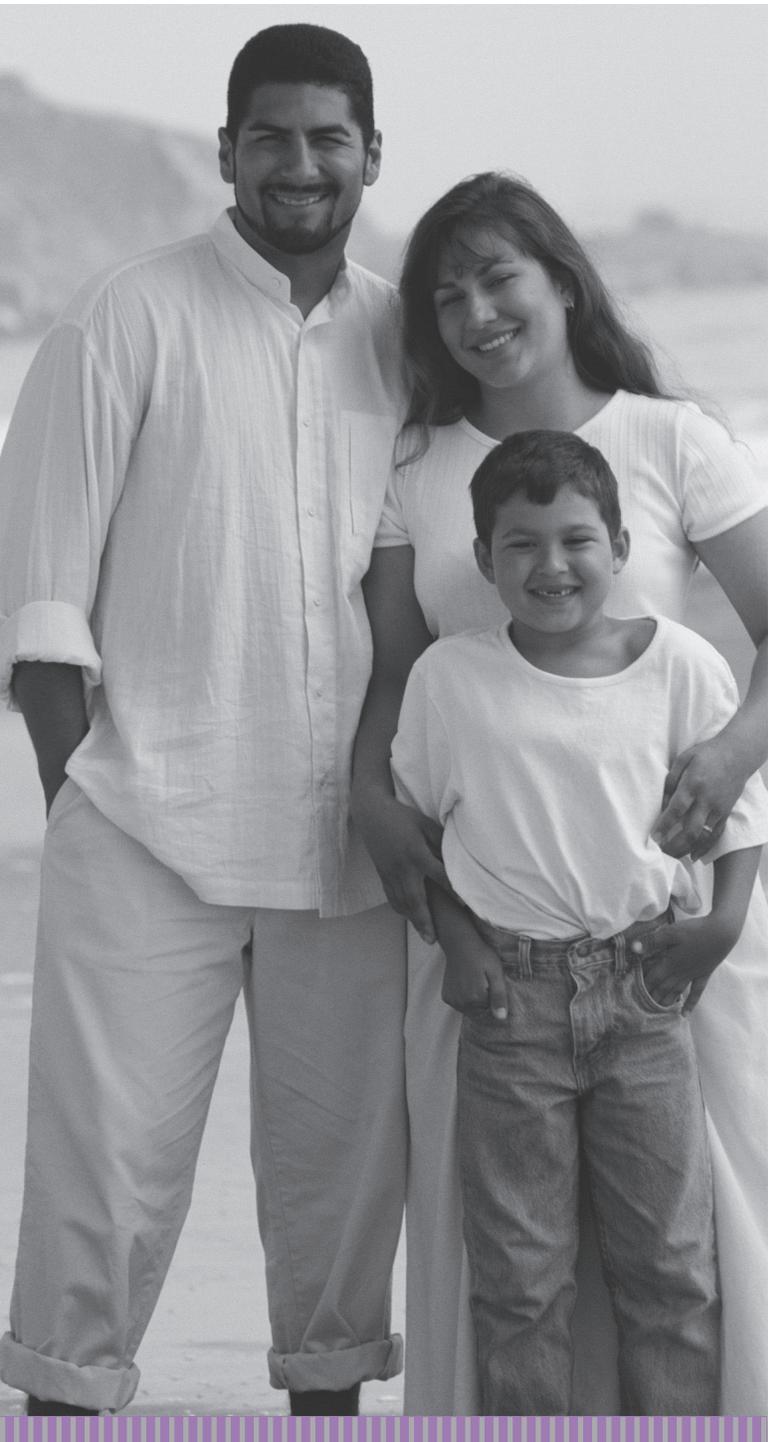
### Antropología cristiana

La Iglesia, madre y maestra, no solo escucha, sino que, fortalecida por su misión original, se abre a la razón y se pone al servicio de la comunidad humana, ofreciendo sus propuestas. Es evidente que sin una aclaración satisfactoria de la antropología sobre la cual se base el significado de la sexualidad y la afectividad, no es posible estructurar correctamente un camino educativo que sea coherente con la naturaleza del hombre como persona, con el fin de orientarlo hacia la plena actuación de su identidad sexual en el contexto de la vocación al don de sí mismo. Y el primer paso en esta aclaración antropológica consiste en reconocer que «también el hombre posee una naturaleza que él debe respetar y que no puede manipular a su antojo». Este es el núcleo de esa ecología del hombre que se mueve desde el «reconocimiento de la dignidad peculiar del ser humano» y desde la necesaria relación de su vida «con la ley moral escrita en su propia naturaleza».

La antropología cristiana tiene sus raíces en la narración de los orígenes tal como aparece en el libro del Génesis, donde está escrito que «Dios creó al hombre a su imagen [...], varón y mujer los creó» (*Gen 1,27*). En estas palabras, existe el núcleo no solo de la creación, sino también de la relación vivificante entre el hombre y la mujer, que los pone en una unión íntima con Dios. El sí mismo y el otro de sí mismo se completan de acuerdo con sus específicas identidades y se encuentran en aquello que constituye una dinámica de reciprocidad, sostenida y derivada del Creador.

Las palabras bíblicas revelan el sapiente diseño del Creador que «ha asignado al hombre como tarea el cuerpo, su masculinidad y feminidad; y que en la masculinidad y feminidad le ha asignado, en cierto sentido, como tarea su humanidad, la dignidad de la persona, y también el signo transparente de la “comunidad” interpersonal, en la que el hombre se realiza a sí mismo a través del auténtico don de sí». Por lo tanto, la *naturaleza humana*, para superar cualquier fisicismo o naturalismo, debe entenderse a la luz de la *unidad del alma y el cuerpo*, «en la unidad de sus inclinaciones de orden espiritual y biológico, así como de todas las demás características específicas, necesarias para alcanzar su fin».

En esta «totalidad unificada» se integran la dimensión vertical de la comunión con Dios y la dimensión horizontal de la comunión interpersonal, a la que son llamados el hombre y la mujer. La identidad personal madura auténticamente en el momento en que está abierta a los demás,



**En la *totalidad unificada* se integran la dimensión vertical de la comunión con Dios y la dimensión horizontal de la comunión interpersonal, a la que son llamados el hombre y la mujer.**

precisamente porque «en la configuración del propio modo de ser, femenino o masculino, no confluyen solo factores biológicos o genéticos, sino múltiples elementos que tienen que ver con el temperamento, la historia familiar, la cultura, las experiencias vividas, la formación recibida, las influencias de amigos, familiares y personas admiradas, y otras circunstancias concretas que exigen un esfuerzo de adaptación». De hecho, «para la persona humana es esencial el hecho de que llega a ser ella misma solo a partir del otro, el “yo” llega a ser él mismo solo a partir del “tú” y del “vosotros”; está creado para el diálogo, para la comunión sincrónica y diacrónica. Y solo el encuentro con el “tú” y con el “nosotros” abre el “yo” a sí mismo».

Es necesario reiterar la raíz metafísica de la diferencia sexual: de hecho, hombre y mujer son las dos formas en que se expresa y se realiza la realidad ontológica de la persona humana. Esta es la respuesta antropológica a la negación de la dualidad masculina y femenina a partir de la cual se genera la familia. El rechazo de esta dualidad no solo borra la visión de la creación, sino que delinea una persona abstracta «que después elige para sí mismo, autónomamente,

una u otra cosa como naturaleza suya. Se niega a hombres y mujeres su exigencia creacional de ser formas de la persona humana que se integran mutuamente. Ahora bien, si no existe la dualidad de hombre y mujer como dato de la creación, entonces tampoco existe la familia como realidad preestablecida por la creación. Pero, en este caso, también la prole ha perdido el puesto que hasta ahora le correspondía y la particular dignidad que le es propia».

En esta perspectiva, educar a la sexualidad y a la afectividad significa aprender «con perseverancia y coherencia lo que es el significado del cuerpo» en toda la verdad original de la masculinidad y la femineidad; significa «aprender a recibir el propio cuerpo, a cuidarlo y a respetar sus significados [...]. También la valoración del propio cuerpo en su femineidad o masculinidad es necesaria para reconocerse a sí mismo en el encuentro con el diferente [...], y enriquecerse recíprocamente». Por lo tanto, a la luz de una *ecología plenamente humana e integral*, la mujer y el hombre reconocen el significado de la sexualidad y la genitalidad en aquella intrínseca intencionalidad relacional y comunicativa que atraviesa su corporeidad y los envía mutuamente el uno hacia el otro.

### La familia

La familia es el lugar natural en donde esta relación de reciprocidad y comunión entre el hombre y la mujer encuentra su plena actuación. En ella, el hombre y la mujer unidos en la elección libre y consciente *del pacto de amor* conyugal, realizan «una totalidad en la que entran

todos los elementos de la persona: reclamo del cuerpo y del instinto, fuerza del sentimiento y de la afectividad, aspiración del espíritu y de la voluntad». La familia es «una realidad antropológica, y, en consecuencia, una realidad social, de cultura» de lo contrario «calificarla con conceptos de naturaleza ideológica, que tienen fuerza solo en un momento de la historia y después decaen» significa traicionar su valor. La familia, como sociedad natural en la que se realizan plenamente la reciprocidad y la complementariedad entre el hombre y la mujer, precede al mismo orden sociopolítico del Estado, cuya libre actividad legislativa debe tenerlo en cuenta y darle el justo reconocimiento.

Es racionalmente comprensible que en la naturaleza misma de la familia se fundan dos derechos fundamentales que siempre deben ser respaldados y garantizados. El primero es el derecho de la familia a ser reconocida como el principal espacio pedagógico primario para la formación del niño. Este «derecho primario» después se traduce concretamente en la «obligación gravísima» de los padres de hacerse responsables de la «educación íntegra personal y social de los hijos», también en lo que respecta a su educación sobre la identidad sexual y la afectividad, «en el marco de una educación para el amor, para la donación mutua». Es un derecho-deber educativo que «se califica como esencial, relacionado como está con la transmisión de la vida humana; como original y primario, respecto al deber educativo de los demás, por la unicidad de la relación de amor que subsiste entre padres e hijos; como insustituible e



**La familia, como sociedad natural en la que se realizan plenamente la reciprocidad y la complementariedad entre el hombre y la mujer, precede al mismo orden sociopolítico del Estado, cuya libre actividad legislativa debe tenerlo en cuenta y darle el justo reconocimiento.**

inalienable y que, por consiguiente, no puede ser totalmente delegado o usurpado por otros».

Otro derecho no secundario es el del niño «a crecer en una familia, con un padre y una madre capaces de crear un ambiente idóneo para su desarrollo y su madurez afectiva. Seguir madurando en relación, en confrontación, con lo que es la masculinidad y la femineidad de un padre y una madre, y así armando su madurez afectiva». Y es dentro del mismo *núcleo familiar* que el niño puede ser educado para reconocer el valor y la belleza de la diferencia sexual, de

la igualdad, de la reciprocidad biológica, funcional, psicológica y social. «Ante una cultura que “banaliza” en gran parte la sexualidad humana, [...] el servicio educativo de los padres debe basarse sobre una cultura sexual que sea verdadera y plenamente personal. En efecto, la sexualidad es una riqueza de toda la persona —cuerpo, sentimiento y espíritu— y manifiesta su significado íntimo al llevar la persona hacia el don de sí misma en el amor». Estos derechos se acompañan naturalmente a todos los demás derechos fundamentales de la persona, en particular a aquel de la libertad de pensamiento, conciencia y religión. En estos espacios se pueden hacer nacer experiencias fructíferas de colaboración entre todos los sujetos involucradas en la educación.

### La escuela

A la acción educativa de la familia se une la de la escuela, que interactúa de manera subsidiaria. Fortalecida por su fundación evangélica, «la escuela católica se configura como *escuela para la persona y de las personas*. “La persona de cada uno, en sus necesidades materiales y espirituales, es el centro del magisterio de Jesús: por esto el fin de la escuela católica es la promoción de la persona humana”. Tal afirmación, poniendo en evidencia la relación del hombre con Cristo, recuerda que en su persona se encuentra la plenitud de la verdad sobre el hombre. Por esto, la escuela católica, empeñándose en promover al hombre integral, lo hace, obedeciendo a la solicitud de la Iglesia, consciente de que todos los valores humanos encuentran su plena realización y, también su



unidad, en Cristo. Este conocimiento manifiesta que la persona ocupa el centro en el proyecto educativo de la escuela católica».

La escuela católica debe convertirse en una comunidad educativa en la que la persona se exprese y crezca humanamente en un proceso de relación dialógica, interactuando de manera constructiva, ejercitando la tolerancia, comprendiendo los diferentes puntos de vista y creando confianza en un ambiente de auténtica armonía. Se establece así la verdadera «comunidad educativa, espacio agápico de las diferencias. La escuela-comunidad es lugar de intercambio, promueve la participación, dialoga con la familia, que es la primera comuni-



dad a la que pertenecen los alumnos; todo ello respetando su cultura y poniéndose en actitud profunda de escuchar respecto a las necesidades que le salen al paso y a las expectativas de que es destinataria». De esta manera, las niñas y los niños son acompañados por una comunidad que «los estimula a superar el individualismo y a descubrir, a la luz de la fe, que están llamados a vivir, de una manera responsable, una vocación específica en un contexto de solidaridad con los demás hombres. La trama misma de la humana existencia los invita, en cuanto cristianos, a comprometerse en el servicio de Dios en favor de los propios hermanos y a transformar el mundo para que venga a ser una digna morada de los hombres».

Asimismo los educadores cristianos que viven su vocación en las escuelas no católicas dan testimonio de la verdad sobre la persona humana y están al servicio de su promoción. De hecho, «la formación integral del hombre como finalidad de la educación, incluye el desarrollo de todas las facultades humanas del educando, su preparación para la vida profesional, la formación de su sentido ético y social, su apertura a la trascendencia y su educación religiosa». El *testimonio personal*, unido con la profesionalidad, contribuye al logro de estos objetivos.

La *educación a la afectividad* necesita un lenguaje adecuado y moderado. En primer lugar, debe tener en cuenta que los niños y los jóvenes aún no han alcanzado la plena madurez y empiezan a descubrir la vida con interés. Por lo tanto, es necesario ayudar a los estudiantes a desarrollar «un sentido crítico ante una invasión de propuestas, ante la pornografía descontrolada y la sobrecarga de estímulos que pueden mutilar la sexualidad». Ante un bombardeo de mensajes ambiguos y vagos —cuyo final es una desorientación emocional y el impedimento de la madurez psico-relacional— «ayudarles a reconocer y a buscar las influencias positivas, al mismo tiempo que toman distancia de todo lo que desfigura su capacidad de amar».

### La sociedad

En el proceso educativo no puede faltar una visión unificada sobre la sociedad actual. La *transformación de las relaciones interpersonales* y sociales «ha ondeado con frecuencia la “bande-

ra de la libertad”, pero en realidad ha traído devastación espiritual y material a innumerables seres humanos, especialmente a los más vulnerables. Es cada vez más evidente que la decadencia de la cultura del matrimonio está asociada a un aumento de pobreza y a una serie de numerosos otros problemas sociales que azotan de forma desproporcionada a las mujeres, los niños y los ancianos. Y son siempre ellos quienes sufren más en esta crisis».

Por estas razones, no se puede dejar a la familia sola frente al desafío educativo. Por su parte, la Iglesia continúa ofreciendo apoyo a las familias y a los jóvenes en las comunidades abiertas y acogedoras. Las escuelas y las comunidades locales, en particular, están llamadas a llevar a cabo una gran misión, si bien no reemplacen a los padres, puesto que son complementarias de ellos. La importante urgencia del desafío educativo puede hoy constituir un fuerte estímulo para reconstruir *la alianza educativa entre la familia, la escuela y la sociedad*.

Como ampliamente se reconoce, este pacto educativo ha entrado en crisis. Es urgente promover una alianza sustancial y no burocrática, que armonice, en el proyecto compartido de «una positiva y prudente educación sexual», la responsabilidad primordial de los padres con la tarea de los maestros. Se deben crear las condiciones para un encuentro constructivo entre los distintos sujetos a fin de establecer un clima de transparencia, interactuando y manteniéndose constantemente informados sobre las actividades para facilitar la participación y evitar tensiones innecesarias que puedan surgir a causa

de malentendidos debido a la falta de claridad, información y competencia.

En el marco de esta alianza, las acciones educativas deben ser informadas del *principio de subsidiariedad*. «Porque cualquier otro colaborador en el proceso educativo debe actuar en nombre de los padres, con su consentimiento y, en cierto modo, incluso por encargo suyo». Procediendo juntos, la familia, la escuela y la sociedad pueden articular caminos de educación a la afectividad y la sexualidad dirigidos a respetar el cuerpo de los demás y respetar los tiempos de su propia maduración sexual y emocional, teniendo en cuenta las especificidades fisiológicas y psicológicas, así como las fases de crecimiento y maduración neurocognitiva de niñas y niños para acompañarlos en su crecimiento de manera saludable y responsable.

### La formación de los formadores

Con gran responsabilidad, todos los formadores están llamados a la realización real del proyecto pedagógico. Su personalidad madura, su preparación y equilibrio psíquico influyen fuertemente sobre los educandos. Por lo tanto, es importante tener en cuenta su formación, además de los aspectos profesionales, también aquellos culturales y espirituales. La *educación de la persona*, especialmente en la era evolutiva, requiere un cuidado particular y una actualización constante. No se trata solamente de una simple repetición de argumentos disciplinarios. Se espera que los educadores sepan «acompañar a los alumnos hacia objetivos



elevados y desafiantes, demostrar elevadas expectativas hacia ellos, participar y relacionar a los estudiantes entre de ellos y con el mundo».

La responsabilidad de los dirigentes, el personal docente y el personal escolástico es aquella de garantizar un servicio coherente con los principios cristianos que constituyen la identidad del proyecto educativo, así como interpretar los desafíos contemporáneos a través de un testimonio diario de comprensión, objetividad y prudencia. De hecho, es

**La educación de la persona, especialmente en la era evolutiva, requiere un cuidado particular y una actualización constante. No se trata solamente de una simple repetición de argumentos disciplinarios.**

comúnmente compartido que «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, [...] o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio». La *autoridad del educador*, por lo tanto, se configura como la confluencia concreta «de una formación general, fundada en una concepción positiva y constructiva de la vida, y en el esfuerzo constante por realizarla. Una tal formación rebasa la necesaria preparación profesional y penetra los aspectos más íntimos de la personalidad, incluso el religioso y espiritual».

La formación de formadores —cristianamente inspirada— tiene como objetivo tanto la persona del solo maestro como la construcción y consolidación de una *comunidad educativa* a través de un ventajoso intercambio educativo, emocional y personal. De esta manera se genera una relación activa entre los educadores donde el crecimiento personal integral enriquece aquella profesional, viviendo la enseñanza como un servicio de humanización. Por lo tanto, es necesario que los maestros católicos reciban una preparación adecuada sobre el contenido de los diferentes aspectos de la cuestión del *gender* y sean informados sobre las leyes vigentes y las propuestas que se están discutiendo en sus propios países con la ayuda de personas calificadas de manera equilibrada y en nombre del diálogo. Las instituciones universitarias y los centros de investigación están llamados a ofrecer su contribución específica para garantizar una capacitación adecuada y actualizada durante toda su vida.

**La autoridad del educador, se configura como la confluencia concreta «de una formación general, fundada en una concepción positiva y constructiva de la vida, y en el esfuerzo constante por realizarla.**

Con referencia a la tarea específica de la educación al amor humano —«teniendo en cuenta el progreso de la psicología, de la pedagogía y de la didáctica»— se requiere a los formadores «una preparación psicopedagógica adaptada y seria, que le permita captar situaciones particulares que requieren una especial solicitud». Por lo tanto, «se impone un conocimiento claro de la situación, porque el método utilizado no solo condiciona grandemente el resultado de esta delicada educación, sino también la colaboración entre los diversos responsables».

Hoy en día, muchas legislaciones reconocen la autonomía y la libertad de enseñanza. En este contexto, las escuelas tienen la oportunidad de colaborar con las instituciones católicas de educación superior para profundizar los diversos aspectos de la educación sexual a fin de obtener subvenciones, guías pedagógicas y manuales educativos establecidos en la «visión cristiana del hombre». En este sentido, tanto los pedagogos como los docentes, así como los expertos en literatura infantil y



juvenil pueden contribuir a ofrecer herramientas innovadoras y creativas para consolidar la educación integral de la persona desde la primera infancia frente a visiones parciales y distorsionadas. A la luz de un pacto educativo renovado, la cooperación entre todos los responsables —a nivel local, nacional e internacional— no puede agotarse únicamente mediante el intercambio de ideas y el intercambio exitoso de buenas prácticas, sino que se ofrece como un medio importante de formación permanente de los propios educadores.

## CONCLUSIÓN

En conclusión, el *camino del diálogo* —que escucha, razona y propone— parece ser el camino más efectivo para una transformación positiva de las inquietudes e incomprensiones en un recurso para el desarrollo de un entorno relacional más abierto y humano. Por el contrario, el enfoque ideológico a las delicadas cuestiones de género, al tiempo que declara respeto por la diversidad, corre el riesgo de considerar las diferencias mismas de forma estática, dejándolas aisladas e impermeables entre sí.

La propuesta educativa cristiana enriquece el diálogo por la finalidad de «conseguir la realización del hombre a través del desarrollo de todo su ser, espíritu encarnado, y de los dones de naturaleza y gracia de que ha sido enriquecido por Dios». Esto requiere un sentido y acogedor *acercamiento hacia el otro* comprendiéndose como un antídoto natural contra “la cultura del descarte” y el aislamiento. De esta manera, se

promueve «una dignidad originaria de todo hombre y mujer irreprimible, indisponible a cualquier poder o ideología».

Más allá de cualquier reduccionismo ideológico o relativismo uniformador, las educadoras y educadores católicos —en su adecuación a la identidad recibida de su inspiración evangélica— están llamados a *transformar positivamente los desafíos actuales en oportunidades*, siguiendo los senderos de la escucha, de la razón y la propuesta cristiana, así como a dar testimonio, con las modalidades de la propia presencia, con coherencia entre las palabras y la vida. Los formadores tienen la fascinante misión educativa de «enseñar un camino en torno a las diversas expresiones del amor, al cuidado mutuo, a la ternura respetuosa, a la comunicación rica de sentido. Porque todo eso prepara un don de sí íntegro y generoso que se expresará, luego de un compromiso público, en la entrega de los cuerpos. La unión sexual en el matrimonio aparecerá así como signo de un compromiso totalizante, enriquecido por todo el camino previo».

Esta cultura de diálogo no contradice la legítima aspiración de las escuelas católicas de mantener su propia visión de la sexualidad humana en función de la libertad de las familias para poder basar la educación de sus hijos en una *antropología* integral, capaz de armonizar todas las dimensiones que constituyen su identidad física, psíquica y espiritual. Un Estado democrático no puede, de hecho, reducir la propuesta educativa a un solo pensamiento, especialmente en un asunto tan delicado que



toca la visión fundamental de la naturaleza humana y el derecho natural de los padres a tener una opción de educación libre, siempre de acuerdo con la dignidad de la persona humana. Por lo tanto, cada institución escolar debe estar equipada con herramientas organizativas y programas didácticos que hagan que este derecho de los padres sea real y concreto. De esta manera, la propuesta pedagógica cristiana se concretiza en una respuesta sólida a las antropologías de la fragmentación y de lo provisional.

Los centros educativos católicos que ofrecen programas de formación afectiva y sexual deben tener en cuenta las diferentes edades de



**Cada institución escolar debe estar equipada con herramientas organizativas y programas didácticos que hagan que el derecho de los padres sea real y concreto.**

los alumnos, así como dar ayuda en el pleno respeto a cada persona. Esto se puede lograr a través de un *camino de acompañamiento* discreto y confidencial, con el que también se acoge a quien se encuentran viviendo una situación compleja y dolorosa. La escuela debe, por lo tanto, proponerse como un ambiente de con-

fianza, abierto y sereno, especialmente en aquellos casos que requieren tiempo y discernimiento. Es importante crear las condiciones para una escucha paciente y comprensiva, lejos de las discriminaciones injustas.

Consciente de la solicitud educativa y del trabajo diario que realizan las personas empeñadas en la escuela y en los diversos contextos de la actividad pedagógica formal e informal, la Congregación para la Educación Católica alienta a continuar con la misión formativa de las nuevas generaciones, especialmente de quien sufre la pobreza en sus diversas expresiones y necesita del amor de los educadores y las educadoras, de modo que «los jóvenes no solo sean amados, sino que también sepan que son amados» (San Juan Bosco). Este Dicasterio también expresa gratitud agradecida y, con las palabras del papa Francisco, alienta a «los maestros cristianos, que trabajan tanto en escuelas católicas como públicas, [...] a estimular en los alumnos la apertura al otro como rostro, como persona, como hermano y hermana por conocer y respetar, con su historia, con sus méritos y defectos, riquezas y límites. La apuesta es la de cooperar en la formación de chicos abiertos e interesados en la realidad que los rodea, capaces de tener atención y ternura».

*Ciudad del Vaticano, 2 de febrero de 2019, Fiesta de la Presentación del Señor.*

Giuseppe Card. Versaldi. Prefecto

Arciv. Angelo Vincenzo Zani. Secretario

Las ideas expresadas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Los artículos pueden ser enviados en portugués, francés o inglés. La dirección de la revista se hace responsable de la traducción o su respectiva publicación en versión original.

**EDUCACIÓN HOY** recoge y disemina un pensamiento educativo no excluyente y procura una aproximación anticipatoria de fenómenos y escenarios para rutas de viaje. Nuestra publicación será inacabada porque siempre habrá nuevas situaciones, posibilidades nuevas y nuevos intentos de solución.

Si desea participar activamente como escritor, sugerir temas o hacer propuestas, puede dirigirse a: [asistente@ciec.edu.co](mailto:asistente@ciec.edu.co)

**EDUCACIÓN HOY** collects and disseminates educational thinking inclusive and seeks a proactive approach to phenomena and scenarios for travel routes. Our publication will always be incomplete because there will always be new situations, new possibilities and new attempts at solution.

To participate actively as a writer, suggest topics or make suggestions, please contact: [asistente@ciec.edu.co](mailto:asistente@ciec.edu.co)

**EDUCACIÓN HOY** recueille et diffuse la pensée pédagogique inclusive et cherche une approche proactive à des phénomènes et des scénarios pour les itinéraires de voyage. Notre publication sera toujours incomplète, car il y aura toujours des situations nouvelles, de nouvelles possibilités et de nouvelles tentatives de solution.

Pour participer activement en tant qu'écrivain, proposer des sujets ou faire des suggestions, s'il vous plaît contacter: [asistente@ciec.edu.co](mailto:asistente@ciec.edu.co)

**EDUCACIÓN HOY** reúne e divulga inclusive pensamento educacional e procura uma abordagem pró-ativa aos fenômenos e cenários para rotas de viagem. Nossa publicação será sempre incompleta porque novas situações, novas possibilidades e novas tentativas de solução.

Para participar ativamente como escritor, sugerir temas ou fazer sugestões, entre em contato: [asistente@ciec.edu.co](mailto:asistente@ciec.edu.co)

TARIFAS 2019	COLOMBIA	AMÉRICA	EUROPA
SUSCRIPCIÓN ANUAL	\$ 85.000	US \$ 55	US \$ 75
NÚMERO SUELTO	\$ 25.000	US \$ 15	US \$ 20